

A woman with long, wavy blonde hair and a braided crown stands in a garden, looking at a fountain. The garden is lush with greenery, flowers, and a stone path. The scene is bathed in warm, golden light, suggesting a sunset or sunrise. The title 'El corteja del VIZCONDE' is written in a mix of cursive and bold serif fonts at the top. The author's name 'Las Lawson' is in cursive on the right. The publisher's name 'ZOE SCOTLAND' is in bold serif at the bottom.

El corteja del
VIZCONDE

Las Lawson

ZOE SCOTLAND

El cortejo del vizconde

Las lawson

ZOE SCOTLAND

Copyright © AGOSTO 2024 ZOE SCOTLAND

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter

Library of Congress Control Number: 2018675309

Printed in the United States of America

Contents

[Title Page](#)
[Copyright](#)
[El cortejo del vizconde](#)
[Gracias por comprar esta novela](#)
[El cortejo del](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Epílogo](#)
[Nota de la autora](#)
[Books In This Series](#)
[Books By This Author](#)

El cortejo del vizconde

Las Lawson #3

ZOE SCOTLAND

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Esta es una obra de ficción, los nombres, caracteres o lugares reflejados en la historia son producto de la imaginación de la autora, o utilizados ficticiamente.

Copyright © 2024, Zoe Scotland
Diseño y portada: Zoe Scotland
Contacto:
Instagram [Zoe_scotland_autora](#)
Facebook [Zoe Scotland](#)

Gracias por comprar esta novela

Gracias por leerme, un escritor no es nada sin lectores como tú, por eso siempre tendrás mi agradecimiento. Si te ha gustado la serie Lawson y estás interesada en continuar leyendo las siguientes novedades, puedes seguirme en mi página de autora de Amazon, este año vienen sorpresas.

Te dejo el link al final del libro.

El cortejo del



vizconde

(Las Lawson)

Zoe Scotland

Prólogo

Escocia, año 1820



, Edimburgo

Emma acababa de llegar a Edimburgo, y caminaba por los amplios terrenos de la casa de aquel profesor progresista que estaba dispuesto a ayudarla, dándole esas clases privadas que tanto ansiaba después de que asistiera a la universidad como una simple oyente. Pero eso ocurriría siempre y cuando ella cumpliera con la parte del trato propuesto. Uno que aunque no era cómodo de aceptar, lo había hecho sin dudarlo ni un segundo para así lograr cumplir un sueño.

Emma disfrutaba de la suave brisa y de aquel día soleado. A pocos metros se extendían las aguas más turquesas que había podido apreciar jamás.

Aquella propiedad era dotada con un jardín precioso, y aunque caminar con sus pies descalzos por el lugar la llenaba de paz y le recordaba a la casa familiar de Suffolk en Inglaterra, ella lo que de verdad deseaba era meterse en las aguas, y notar el frío al subir por sus pies hasta sus pantorrillas, eso era lo único que le sacudía aquellos pensamientos del pasado.

Se tumbó sobre la hierba, apoyó el peso de su cuerpo sobre los codos y contempló la naturaleza. Estaba convencida de que nunca se cansaría de Edimburgo. En cuanto a lo que tuviese que ver con George, de aquello estaba del todo segura de que sería bien distinto.

Emma Lawson y George Mugreen se habían casado. Aquel doctor le prometió enseñarle todo cuanto sabía de medicina a cambio del matrimonio. Y de no haber sido por su estado, quizá aquel trato le hubiese resultado más difícil de aceptar.

Emma conocía que una mujer de su época jamás podría atreverse a pensar que actuaría más allá de lo que hace una simple enfermera, en cambio, Emma Lawson no se conformaría con eso, así es que aceptó el trato y comenzó con sus estudios.

Por el día asistía a clases de medicina como oyente. Si resultaba tener la suerte de su lado, quizá alguna silla alcanzaba a ocupar al final de la sala, de no ser así, debería de conformarse a

escuchar desde el pasillo.

Por la tarde era su esposo quien diseccionaba cadáveres para enseñar anatomía. En aquellas clases ella lo acompañaba para suministrarle todo el material necesario. Al ser su esposa no había inconvenientes al estar presente.

La diferencia de edad era significativa, pero no era un obstáculo para ninguno de ellos. Lo más importante para Emma era el respeto y el cuidado que le brindaba el profesor, y para él, satisfacer uno de los deseos más puros que jamás había logrado conseguir. Ser padre.

Una mañana la tranquilidad de Emma se vio alterada con el mensaje de sus hermanas pidiendo que regresara tan pronto como le fuese posible a Inglaterra. A pesar de llevar más de dos años lejos de su hogar, la vuelta a casa no se le hacía nada fácil después del secreto que guardaba.



Inglaterra, Norfolk

Al bajar del carro que la llevó hasta la casa de su tía Rose, el espectáculo con el que se encontró no fue el esperado. Muchas flores y ropas oscuras. Aquello era más que un presagio de que nada bueno la había conducido hasta allí.

Capítulo 1

Inglaterra, año 1820, Norfolk

—Emma, has llegado justo a tiempo —dijo Eliza sacándome de mi ensoñación y apretándome fuerte entre sus brazos.

Caminaba entre muchas personas desconocidas, aunque no todas, para mi desgracia.

—Deberíais haberme dicho lo que ocurría, ¿cómo pasó? —le recriminé.

—Ella no quiso que te hiciéramos regresar. No dejaba de repetir que por fin una Lawson iba a ser feliz tomando sus propias decisiones.

Si tía Rose hubiera sabido de mi desdicha no hubiese pronunciado aquellas palabras en alto.

Una lágrima resbaló por mi mejilla. No pude pensar en otra cosa que no fuese en aquella mañana en la que esa mujer casi desconocida para mis hermanas y para mí, entraba en nuestro hogar después de que nos comunicasen la muerte de nuestros padres. Para mí, tía Rose nunca fue un ángel que vino a salvarnos, aunque con el paso de los años aprendí a quererla. No tenía maldad, eso era cierto, pero nunca había engendrado hijos y tal vez fuera ese el motivo por el que era tan fría con nosotras, no sabía cómo darnos amor.

—Ven, vayamos dentro, todos esperan para dar comienzo al funeral.

Habían pasado tres años desde que marché a Escocia, mucho tiempo sin ver a mis hermanas. Un tiempo en el que quizás aquí habían ocurrido muchas cosas. Pero sin duda, allí también.

—Espera, no vine sola —dije tomándome mi tiempo.

—Claro, qué tonta he sido, el viaje es largo, ¿alguna amiga te acompañó? —preguntó Eliza.

—No, vine con mi esposo. —No dudé al decirlo.

Debía de contarle cuanto antes, no soportaba más llevar el peso de aquel secreto. Ya pesaba demasiado el otro.

George bajó del carro con cierta dificultad, las rodillas no le permitían moverse con facilidad debido a su artritis en estado avanzado.

Eliza se cubrió la boca rápidamente con ambas manos dejando clara su sorpresa al verle. Tuve que arremeterle un codazo para que cambiara su semblante, él no merecía nada de aquello después de todo lo que había hecho por mí y por...

Hice las presentaciones adecuadas, y dejé a ambos charlando de forma entretenida después de varios minutos de mi compañía. Me disculpé para acercarme hasta donde se encontraban Jane y Oliver, a quienes acababa de ver a lo lejos.

La abracé desde atrás y rápidamente se dio la vuelta para mirarme de frente.

—¡Estás radiante! —dijo, y continuó—. Siento que hayas tenido que volver por este motivo. La tía se negaba a hacerte llamar. No puedes imaginar lo contenta que estaba. No había nadie en toda Londres que no supiese que su sobrina, la hija más pequeña de su hermana, la que había nacido con los cabellos dorados, los ojos azul mar, y la tez más bonita que hasta los ángeles la envidiaban, se había marchado a Escocia para estudiar medicina. ¡Qué orgullosa se sentía!

Volvió a abrazarme, y no pude ignorar sus palabras y pensar en él. Le echaba tanto de menos...

—No te preocupes por mi regreso, me marcharé pronto, aunque debíais haberme hecho llamar antes. ¿Puedo verla? —pregunté.

—¿Estás segura? —Se sorprendió.

—Jane, he visto decenas de cadáveres. Desearía despedirme de ella.

Oliver me abrazó después, y cuando me soltó de tan cálido abrazo, me sorprendió la figura robusta de alguien a su lado.

Russell Baxter, estaba allí, él de nuevo frente a mí, con su mirada inescrutable, con su semblante sombrío, pero a la vez tan guapo, tan atractivo, tan fuerte, tan seductor, tan elegante, tan joven.

Enmudecí al verle, y él aprovechó aquello para tomar ventaja.

—Me alegra verla, la última vez me dejó plantado usted el día en el que iba a pedir su mano, espero poder tener de nuevo una oportunidad —dijo aquello y sentí un fuerte dolor en mi estómago obligándome a recordar todo lo que ocurrió.

Russell era un auténtico seductor, ya lo era hace tres años y no le imaginaba ahora reprimiendo sus artes.

Habían pasado más de dos años, jamás imaginé que le vería en el entierro de mi tía, y de haberlo sospechado, no hubiese regresado nunca. ¡Qué descaro jugar de esa manera diciéndome ahora que pensaba pedir mi mano! Pensé mientras me mordía la lengua.

—Señor Baxter, le veo bien, y me alegro de que acompañe a nuestra familia en estos momentos tan difíciles. En cuanto a su atrevimiento, como puedo observar, no cambia su actitud de intentar llevarse a la cama a cualquier dama que se pone en su camino. —Aprovechando que mi hermana y Oliver estaban presentes, aproveché que todos escuchaban para dar la noticia a los que todavía no lo sabían—. Lamento decirle, señor Baxter, que he regresado casada, puede sacarme de su lista de damas a las que cortejar de inmediato.

No sé quién abrió más la boca en aquel momento, si mi hermana y Oliver, o el mismísimo Russell Baxter.

—¡Emma! Espero que no lo digas en serio, te fuiste a estudiar, para casarte podrías haber continuado junto a tu familia aquí en Londres.

—Parece que las Lawson son todas una caja de sorpresas —dijo Oliver mientras miraba a Sebastian con una sonrisa en su rostro.

—Buenas tardes, damas, caballeros —se presentó George al acercarse al grupo—, lamento terriblemente su pérdida. Emma nunca me dijo que estuviese enferma su tía, de haberlo sabido hubiéramos venido antes.

No era la aflicción lo que enmudeció a todos, fue la sorpresa de ver a un hombre tan mayor colocarse junto a mí y besar mi cabeza.

Russell le ofreció su mano para presentarse, y en ese instante un nudo se formó en mi garganta que impedía que pudiera respirar de forma normal.

—Un placer conocerle, su esposa y yo somos viejos amigos. Mi nombre es Russell. —dijo atrevidamente.

A mí me entraron ganas de darle una paliza en aquel momento. Sobre todo porque mientras estrechaba la mano de George, me miraba con su seductora ceja levantada, y me pareció que esbozaba una medio sonrisa.

—Un placer, señor Baxter. Creo que Emma me habló de usted en el pasado.

George no ignoraba quien era Russell Baxter. Conocía bien cada detalle de mi historia en el pasado con él, y por esa razón fue que se casó conmigo, para intentar arreglar algo que aquel hombre, al que le encantaba saltar de una cama a otra y que ahora estaba frente a nosotros, había estropeado.

Capítulo 2

Inglaterra, año 1818, Norfolk
Baile de presentación de la temporada

Pasado



—¿Puedes estarte quieta de una vez? Así es imposible que te recojamos el cabello de forma correcta.

—No deseo que me lo recojáis, no escucháis nunca lo que yo quiero. Solo una trenza en media melena, el resto suelto. Llevo diciendo lo mismo más de dos semanas, tampoco quiero vestir de crudo, deseo lucir el rosa. Y no insistáis en que baile con quien me lo pida, solo lo haré con quien yo elija. Esto es un error, no deseo casarme, así es que veo estúpido y una pérdida de tiempo presentarme ante la sociedad, daré un mensaje erróneo.

Tía Rose suspiró, aunque después sonrió y abandonó mi alcoba. Eliza y Jane continuaron allí, pero en esta ocasión parecía que iban a hacerme algo más de caso.

—¿Tampoco bailarás con Russell? —preguntó Jane.

Vi cómo se miraban de reojo las dos intentando disimular.

—Me lo pensaré.

—Es un caballero apuesto, además de que se convertirá en vizconde dentro de poco —pronunció Eliza extremadamente contenta intentando hacer un comentario desinteresado mientras sacaba del armario el vestido rosa que iba a ponerme.

—Lamentable que te alegres de la futura muerte de su padre —respondí.

—Toda Londres sabe que el vizconde de Hertfordshire fallecerá en cualquier momento, y que será Russell Baxter quien heredará todo. Es un buen partido, no lo niegues.

Que hablasen de esa manera de la familia Baxter me hacía sentir incómoda, y más desde que Russell se hiciese daño en su tobillo mientras disfrutaba de aquella partida de Polo y pudiera conocerle mejor a él y a su madre los días continuos cuando me ofrecí a visitarle en su casa.

—El señor Robert Baxter no merece la enfermedad que sufre, ni que decir tiene que tampoco su esposa y su hijo merecen verle postrado en su cama cada día. Debe ser muy doloroso.

Parece que les rocé un poco el corazón con mis palabras, o al menos callaron porque no tenían más que decir. Y el silencio permaneció en el ambiente hasta que estuve preparada para mi debut en la sociedad Británica minutos más tarde.

Acompañada de mis dos hermanas salí de la alcoba sin hacerme esperar ni un segundo más.

Pero aquello que estaba a punto de suceder no lo esperaba, juro por Dios que de haber imaginado que pasaría lo que pasó, hubiese retrasado mi salida frente al tumulto un par de años más.

Pero así lo quiso el destino, y de aquella manera, nuestras miradas se cruzaron. Como si yo me tratase de una estrella fugaz en lo alto del cielo, y él fuesen los ojos que no parpadean para no perderselo.

Estremecedor, esa fue la palabra que retumbaba en mi mente.

El suelo temblaba bajo mis pies en ese instante en el que puse un pie en el primer escalón, me sujeté a la barandilla de madera, y miré al final de las escaleras.

Russell Baxter, pronuncié entre dientes. El corazón me dio un vuelco al verle, y su mirada clavada en mí me dejó sin aliento.

¿Cómo estaba ocurriendo aquello? Si ya nos habíamos visto en decenas de ocasiones, además de forma menos acompañada, teniendo en cuenta de que en ese momento éramos rodeados por decenas de personas. Incluso habíamos estado muy cerca en esos días en los que cuidaba de su tobillo, y jamás había sentido nada parecido a lo que estaba sintiendo ahora. ¿Quién estaba haciendo aquella especie de brujería conmigo?

Descendí con calma, intentando apaciguar los latidos de mi pobre corazón, el que no había palpitado tan rápido y torpe jamás.

Al llegar abajo, Russell todavía permanecía allí, en pie, con sus dos brazos cruzados por la espalda. Intentaba disimular la sorpresa de antes al vernos, enfocaba con su mirada al suelo, y a la vez, parecía que esperaba a alguien.

Tosió exageradamente al colocarme a su lado, de esa manera hizo que girase mi rostro para mirarlo, y en aquel momento tomó mi mano con destreza.

—Está usted radiante, señorita Lawson —pronunció mientras besaba mi mano educadamente.

Hubiese notado sus labios si no fuera por los guantes de seda que llevaba puestos en ese momento y que cubrían mi piel hasta mis antebrazos.

Respiré profundamente mientras lo observaba hacerlo. Sus labios jugosos chocaban suavemente sobre el dorso de ellas, y yo sentí que el rostro me ardía.

Solté el aire tan despacio para no llamar su atención que una especie de gemido salió por mis labios sin poder esconderlo.

Miró mi boca y sonrió, y yo agradecí que no se pronunciase sobre aquello, que aunque viniendo de Russell Baxter, era toda una muestra de caballerosidad.

—Usted también luce elegante —dije.

En ese momento en el que ninguno de los dos sabía qué añadir se acercó a nosotros una joven. Concretamente, Iselda Carrington, debutante al igual que yo en esta temporada. Hija de lord Carrington, el mayor terrateniente del condado. Su sonrisa brillante llenaba toda la sala, y eso también era porque no cerraba la boca enseñando al mundo sus perfectos y alineados dientes.

—Buenas tardes señor Baxter —le dijo colocándose entre nosotros.

Parece ser que me había vuelto invisible, y después de pasar en la más cruel ignorancia por parte de Iselda, decidí desaparecer del lugar sin hacer ruido. O esa era mi intención, de no ser por el agarre inesperado de Russell.

—No se marche, señorita Emma, estoy seguro de que puede aconsejar a la señorita Iselda. Acaba de mencionar que sufre un terrible dolor de cabeza. Ella insiste en que la acompañe a salir a tomar el aire a los jardines, pero yo creo que existe algo para el dolor que puede ayudarla mejor y usted sabe qué es.

—Claro, puede tomar agua de lavanda, señorita Iselda —le dije con una amable sonrisa en mi rostro—. Aunque, sin duda, alejarse del barullo también le vendría bien —Miré a Russell con otra sonrisa y con mi ceja ligeramente levantada—. Si el señor Baxter es tan amable como parece, estará dispuesto a acompañarla.

Russell entendió rápido lo que acababa de hacer, y lejos de incomodarse, dibujó una amplia sonrisa en su perfecto rostro y se retiró haciendo una breve reverencia. Con Iselda, claro.

Bastaron diez minutos exactos para que Iselda Carrington cruzase el salón llorando. Ahí iba otra pobre dama a la que Russell Baxter le rompía el corazón, pensé al verla.

El día que conocí al señor Baxter, sus intereses hacia mí eran otros que los que acostumbraba a tener por el sexo opuesto.

Pie hinchado, tobillo doblado, dolor, mucho dolor era lo único que se le pasaba en ese instante por su cabeza. Y a Emma Lawson no la miraba con otros ojos que no fuesen los de alguien que

tiene esperanza en que le sanen en ese momento. ¿Fue elegante? Lo fue, ¿educado? también, pero sin duda lo que no fue, es ser indiferente. Debí de imaginar que un seductor siempre lo es aunque no se lo proponga, y eso es lo que ocurrió. Me sedujo sin ser su intención. Porque el primer roce de mis manos con sus manos fue pura sensualidad. Aunque en ese momento Oliver, el esposo de mi hermana Jane, que aún no lo era, le prohibió que me viera como una mujer, ya que todavía era una niña.

Yo estuve presente en esa ocasión. Que jamás hubiese imaginado que el arte de la seducción era un juego tan divertido como peligroso. Pude escuchar a Oliver cuando me alejé después de vendar su tobillo. Le gritaba pidiendo respeto y cordura. Y me respetó, lo hizo. Todo fue bien hasta la misma tarde en la que mi debut en la sociedad se hizo realidad.

De nuevo escuché aquella tos, la misma que minutos atrás me había hecho girar.

—Miel y limón —le dije al darme la vuelta dibujando una sonrisa en mis labios.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—Mezcle miel con limón en un vaso con agua tibia, puede tomársela, o incluso hacer gárgaras. Suavizará esa tos seca que tiene esta tarde y parece molestarle.

—Es usted muy inteligente —dijo colocando su rostro frente al mío.

—No crea, aun me queda mucho que descubrir y aprender.

—Será una mujer increíble el día de mañana, pero...

Sus ojos azules se clavaron en los míos, de una forma diferente esta vez. Aunque lo hubiese intentado no hubiera conseguido dejar de mirarle. Sentí que mis rodillas comenzaban a tiritar con fuerza, mis piernas flaqueaban y a penas me mantenían en pie, y de nuevo el ritmo de mi corazón entorpecía mis respiraciones. Un ejército de mariposas se instalaron en mi vientre, haciéndome pensar que en aquel momento iba a volar. Porque mis pies no tocaban el suelo, y si lo hacían, yo no sentía estar allí.

Agradecí que Russell pronunciase aquella invitación, y sin esperar a que le respondiera me sacase tomándome de la mano hasta el balcón más próximo del salón.

Había mucha gente charlando animadamente. Pero era como si se encontrasen a miles de millas de nosotros.

—Hacía calor dentro —dijo Baxter.

—Mucha. —Traté de abanicarme con la mano.

—Eres preciosa —dijo y miró al suelo.

¿Por qué alguien te decía aquello y después inmediatamente se avergonzaba?

No supe qué era lo que debía de responder a eso, así es que permanecí en silencio.

Muchos de los invitados comenzaron a despejar aquel balcón en el que nos encontramos hasta quedarnos prácticamente a solas. Entonces, después de un silencio que duraba demasiado, me atreví por fin a hablar.

—Creo que debería de regresar dentro, aquí empieza a refrescar.

—¿Puedo visitarte mañana?

Estaba tan extraño que no le reconocía. Russell Baxter era un hombre seguro de si mismo, gracioso, inteligente, un buen conversador, y aquella tarde parecía ocurrirle algo.

—Solo si promete comunicarse conmigo, este silencio me incomoda un poco.

—En ocasiones el silencio es necesario, nos ayuda a ordenar nuestros pensamientos, a decidarnos sobre algo.

—Pues espero que le haya ayudado y que esa decisión esté ahora más cerca de ser solventada. Y que a partir de ahora pueda entretenerme con sus conversaciones.

Entonces levantó una mano y la acercó a mi mejilla. Deslizó suavemente los dedos por mi

mandíbula, y después bajó de nuevo la mano.

—Ya lo creo que sí.

No gemí por vergüenza, y porque pude controlarme, porque si aquella caricia hubiese durado un segundo más habría enloquecido.

—Tengo que irme —dije y caminé delante de él.

Capítulo 3

Año 1818, Norfolk



—Parece que alguien se ha despertado algo inquieta —dijo Jane al entrar en casa de la tía Rose y ver el despliegue de vestidos que había por en medio.

—Solo los he sacado porque hay algunos que casi no me vienen —me excusé.

—Señorita Emma, llevamos más de dos horas para elegir el vestido que se pondrá hoy. —Mi doncella me descubrió.

Le lancé una mirada reprobatoria para hacerle saber que me había enfadado.

—¿Qué ocurre hoy, por qué estás tan nerviosa y parece que ninguno de tus vestidos te sirve? —dijo Jane acercándose a mí.

—El señor Russell Baxter la visitará hoy. Su tía me mandó ayudar a la señorita Emma en todo lo que necesitase, pero ni teniendo todos los vestidos de Londres disponibles para ella tendría suficiente. —De nuevo mi doncella no podía permanecer callada por más de un minuto.

—¡Vete ahora mismo! ¡Sal de mi vista! —le grité para que se marchara.

—¿Russell? Creí que no te interesaba nada el futuro vizconde, habías dejado bien claro que os unía una extraña amistad desde que curaste su pie.

Jane decía todo aquello, pero por dentro estaba dando saltos de alegría al enterarse de que iba a acompañarme aquel día, en su interior se escuchaban campanas de boda, y además estaba deseando salir de la casa para contárselo a cualquier persona con la que se cruzase en su camino.

—Para. Y no le curé el pie, fue más bien su tobillo, y es solo una visita como amigos. Ayer estuvimos hablando en el baile, y hoy, es solo eso, un almuerzo y nada más.

Mientras yo verbalizaba aquellas palabras, trataba de creerme lo que escuchaba. ¿Éramos amigos? ¿Veía yo a Baxter como siempre lo había visto? ¿Y él, sentía él lo mismo que estaba empezando a sentir yo?

—Está bien, pues el verde.

—¿Qué?

—Que te pongas ese —dijo señalando un vestido color esmeralda—, de todos los que tienes expuestos es el que más resalta el color de tus cabellos.

La abracé con fuerza y me separé de ella para luego darle empujones y sacarla de allí.

Hice llamar a mi doncella para que me ayudase a recoger aquel desastre, me coloqué el vestido que tanto le había gustado a Jane, y caminé nerviosa por la estancia donde recibiría a Russell Baxter en pocos minutos.

Después de esperar más de tres horas, estaba enfadada, y el almuerzo se había convertido en la hora del té. Ya no confiaba en verlo aparecer, así es que me recosté sobre el sillón grande de la sala, y levanté mis piernas sobre el apoyabrazos. Estiré mi mano hasta llegar a la bandeja donde bizcochitos de chocolate y nata formaban una perfecta pirámide, y comencé a comérmelos todos, sin control. Mi tía entró en varias ocasiones en la salita y comprendiendo lo que ocurría no se atrevió a hablarme.

—Señorita, tiene una visita —dijo la doncella una hora más tarde que se sumaban ya a cuatro horas de larga espera.

De forma rápida me erguí, dejando caer sobre mi vestido minúsculos restos de chocolate de los bizcochos que había ingerido para apaciguar mi aburrimiento. Traté de quitármelos de encima con tan mala suerte que al pasar mis manos sobre la suave tela, manché todo sin poder evitarlo.

—Hágale pasar —dije nerviosa.

Russell Baxter se presentó aquel día, intentando pedir perdón por el retraso. No aplaqué mi ira, y me limité a intentar incomodarle todo el tiempo.

A su despedida me invitó al día siguiente a cenar con su familia, con la excusa de que ya les conocía imaginé que quiso decir que aquello no era una cita, así es que acepté. Si él no lo veía como una cita, yo tampoco lo haría.

No importaba lo que había sentido en el baile al verlo, tampoco lo que experimenté cuando nos quedamos a solas en aquel balcón, solo debía concentrarme en una cosa, y estaba bien lejos de Inglaterra. En pocas semanas me marcharía a Escocia, tía Rose había aceptado dejarme marchar para lograr ser feliz haciendo algo que amaba, iba a intentar estudiar medicina. No me resultaría fácil siendo mujer, pero no cesaría en mi empeño por intentarlo, costase lo que costase.

Capítulo 4

Año 1818, Hertfordshire Abby



El lacayo se detuvo frente a la magnificencia señorial, sí, el hogar de los Baxter era una de las abadías de Londres más antiguas y elegantes de las que se podía presumir.

El servicio me esperaba en la puerta, pero mi lacayo ya estaba avisado de que debía de ser él quien me ayudase a bajar del carro. Había imaginado a Russell Baxter intentando ayudarme a descender, y rápidamente le ordené al lacayo que fuera él quien hiciera ese trabajo al llegar. Pues bajo ningún pretexto Russell Baxter volvería a tocar mi mano. Ni mi mano ni ninguna parte de mi cuerpo, porque en cada ocasión que lo hacía me hacía estremecer.

Tras pasar la puerta de la mansión, un viento inexplicable hizo que el sombrero que cubría mi cabeza saliera volando hasta los mismísimos pies de Russell, quien lo cogió con sus manos y con una sonrisa en su rostro me lo puso en las mías. Nuestros dedos se rozaron en ese momento y un escalofrío me recorrió la espalda. Agradecí que lady Baxter, la vizcondesa de Hertfordshire apareciera para recibirme.

Deposité mis guantes sobre la bandeja de plata que sostenía una de las sirvientas, mientras que el sombrero que me acababa de entregar Russell, lo deposité en un perchero que se levantaba justo a mi derecha.

—Qué alegría verla de nuevo, Emma, hacía mucho tiempo que no disfrutábamos de su compañía.

Me abrazó con cariño.

—¿Qué tal se encuentra su esposo? —pregunté.

—Cada día peor como ya imagina. Hace unas horas que el doctor se marchó de aquí, viene cada pocos días. No hay buenas noticias nunca.

—Lo lamento mucho —le tomé la mano y saqué de un bolso pequeño que colgaba de mi hombro un frasco con un elixir de plantas medicinales que le había traído—, coja esto, si siente dolor, adminístrele dos gotas debajo de la lengua, no tema, tan solo se trata de plantas medicinales. No es tan fuerte como el opio, así podrá estar un poco lúcido por si desea conversar con él.

—No sabes lo que te lo agradezco, Emma, eres un ángel caído del cielo para esta familia.

Durante la cena ya me había resultado difícil evitar cualquier roce o mirada prolongada con

Russell todo el tiempo que duró, y me temía lo peor cuando su madre insistió en que su hijo me enseñara la fuente que había mandado colocar en mitad del invernadero.

Intenté que no tuviese lugar el paseo, mis excusas no surtieron efecto para ninguno de ellos, y la sirvienta de la familia también puso empeño para que saliese a admirar la magnífica obra de arte que según ella, era lo más bonito que habían visto sus ojos jamás.

Finalmente accedí, y reconozco que tuve que tragar saliva al ver aquella escultura perfectamente esculpida justo en el centro de aquel maravilloso invernadero. A nadie le faltaba razón al convencerme de llegar hasta allí.

—¿Qué, se ha quedado sin palabras? —dijo Russell.

Pestañee un par de veces de manera rápida para evitar que las lágrimas que se acumulaban en mis ojos salieran sin mi permiso en ese momento.

—Es...

—Sí, mi madre mandó construirla, fue una sorpresa para todos. Lástima que mi padre no pueda verla. Es impresionante.

—Es algo extraordinario. ¿El mismísimo John Flaxman fue quien hizo el trabajo?

Bajo la fuente, un grabado con su nombre fue lo que me impresionó, él había esculpido las esculturas en la Catedral de San Pablo en Londres.

Me sorprendió lo mucho que el vizconde se parecía a aquella escultura, era algo increíble, y me senté en un banco de piedra que se había colocado frente a la fuente, que imaginé que sería para admirarla.

—Siento lo que le ocurre a tu padre —le dije volviendo mi rostro hacia él, ahora sentado a mi lado.

—Yo solo siento que su enfermedad no se lo haya llevado antes. Es doloroso verla llorar a escondidas, al igual que no ver en esa persona que está postrada en esa cama a mi padre, porque él ya no está ahí.

Sentí la necesidad de apoyar mi mano en su pierna, en ese momento el consuelo era lo único que quedaba, la compañía, la escucha.

Russell colocó su mano sobre la mía y al mirarme sonrió.

—Te ves tan guapo cuando sonríes.

—Tú en cambio lo eres hasta cuando te muestras enfadada.

Un fuego abrasador cubrió mis mejillas de repente. Y Russell levantó su mano de la mía para colocar sus dedos sobre mi boca lentamente. Paseó uno de los dedos por el labio inferior y lo acarició hasta llegar a la comisura y después rozar mi mejilla con destreza. Yo cerré los ojos al

sentir aquello, me temblaron los labios, y suspiré sacando de mi boca el aliento ardiente que él seguro percibió en el momento. Noté como acercó su boca a la mía y abrí mis ojos de forma inmediata. Y sin dejar de mirar a mis ojos, me dio un beso cálido y suave. Susurró mi nombre despacio y comenzó a acariciar mi hombro con su mano para después ir bajando por el escote de mi vestido. Se detuvo justo en la costura que delimitaba con mis pechos, y después de mirarme de nuevo a los ojos, volvió a besarme con deseo.

—Perdóname, no debí hacer eso —se disculpó.

—No pidas perdón por algo que yo no he detenido —respondí.

Fue en ese momento que Russell me levantó del banco estirando de mí suavemente de mi mano y me llevó casi corriendo al lugar más bonito que adornaba aquel invernadero, el lugar de las rosas.

Al llegar se apoyó en una de las paredes, y tiró de mí hasta dejar mi cuerpo pegado al suyo.

Sentía el latido de su corazón golpear con fuerza contra mi pecho, su respiración era tan agitada como la mía, y un bulto comenzaba a crecer en su entrepierna obligándome a separarme de él al notarlo de forma repentina.

Emitió un gruñido excesivo que lejos de asustarme me hizo arder en deseo, y me dio las fuerzas suficientes para coger sus cabellos y enredarlos entre mis dedos. Comencé a besar su boca, a lamer sus labios, mordisquearla incansablemente. Mi lengua paseaba por el interior descubriendo cada rincón de ese lugar en el que me sentía tan viva.

Russell Baxter era un hombre grande, fuerte, con su cabello castaño y sus ojos del color del mar más bravo. Su mandíbula apretada, y nariz y boca notables. Un apuesto caballero.

Se retiró, me miró a mis ojos y preguntó.

—¿Puedo?

¿Que si podía qué?, no sabía qué iba a hacer, pero no me importaba tampoco, lo único que deseaba en ese instante era que no se detuviese. Que hiciera lo que deseaba hacer, pero conmigo, que no se alejase de mí.

Afirmé con la cabeza dando mi consentimiento, y él colocando sus manos sobre mi espalda empezó a desabrochar mi vestido, mientras me daba suaves besos por el cuello, y me hacía arder de pasión.

¿Con cuantas mujeres habría hecho lo mismo? Me preguntaba.

—¿Te gusta esto? —me dijo después de mordisquear mi pezón endurecido.

De nuevo no podía hablar, mi respiración era jadeante, y solo pude que asentir con la cabeza.

Dejó que mi vestido cayese al suelo después de haberlo desabrochado al completo, y siguió recorriendo mi cuerpo, esta vez por el abdomen. Besaba y lamía mi vientre hasta llegar a mi excitado sexo. Se detuvo justo en ese momento en el que yo no deseaba que lo hiciera, pero él lo hizo. Subió de nuevo a mi boca, y bajó otra vez. Con sus manos iba retirando de mi cuerpo las medias. Yo movía mi cuerpo para ayudarle a hacerlo, y con mi ayuda las saqué por mis pies.

—¿Tu camisa? —le pregunté.

Él sonrió y se la quitó sacándosela por encima de la cabeza en un santiamén, para más tarde hacer lo propio con sus pantalones.

No dejaba de besarme, de acariciarme, de susurrarme lo que me deseaba, y yo con cada palabra, me excitaba más y más.

Cuando estuvimos desnudos, se acercó tanto a mí con su enorme miembro que gemí de placer solo con sentir su roce. Piel con piel, aquello era tan excitante como vergonzoso.

Sabía que era un hombre bien experimentado, más de diez años de diferencia hacían que supiera mucho más que yo, una señorita de excelente reputación. O al menos hasta ese momento.

—¿Tienes miedo? —me preguntó.

—Un poco.

—Si no deseas hacerlo, dímelo ahora.

—Lo deseo.

Vi un brillo en su mirada, como fuego, su mirada ardía de deseo, parecía otro hombre en ese momento. Y entonces todo cambió.

Me besaba, pero no lo hacía como antes, ahora todo era más rápido, más fuerte, más... violento. Eso era, todo se había transformado, y ya no sentía lo mismo, ahora todo era más instintivo, como si él fuese una bestia que quiere comerse a su presa. Como si dos animales se aparearan sin importar nada más que eso.

Abrió mis piernas, y sin avisarme de lo que iba a sentir, se introdujo en mí. Ya no sabía si seguía siendo placer lo que sentía. Yo quería estar allí, pero él no parecía ya el mismo.

Quemaba, ardía, y no era en placer, sino más bien en dolor. Tras aguantar varias embestidas en las que parecía que poco importaba yo, él terminó, exhaló un gruñido grave y dejó caer su cabeza sobre mi hombro. Lo besó, sí, recuerdo que lo besó. Y ese es el único recuerdo cariñoso que mi mente alberga de ese momento, aquel beso, aquel premio, la más que justa recompensa por haber soportado ese terrible dolor. El dolor que Russell Baxter me había hecho.

Qué ingenua haber pensado que mis planes de marcharme a Edimburgo podrían verse nublados por el amor. Porque sí, reconozco que antes de aquel beso sobre mi hombro, antes de aquel dolor, se me pasó un par de veces la idea de quedarme en Londres y aparentar que era

como el resto de damas de aquella sociedad que poco tenía que ver conmigo. Inteligencia media o al menos eso era lo que mostraban para que sus maridos no se sintiesen inferiores, sumisas a sus esposos, sin poder de decisión ni importancia de ello, y deseosas de tener vástagos a los que educar mientras los hombres discuten algo tan simple como la fecha de inicio de la siguiente cacería del zorro.

—Quiero volver a verte. —Sí, eso fue lo que pronunció Russell Baxter después de hacerme suya, de robar mi reputación, mi inocencia.

Yo recogía mis ropas del suelo antes de que la húmeda tierra la mojase. Hice como que no le había escuchado, pero la verdad era que no quería responderle, porque de haberlo hecho, la ira más cruel la hubiese arrojado sobre él.

—¿Qué haces en los próximos años? —pronunció después.

¿Estaba ocurriendo así? ¿Era esa la manera de pedir mi mano? Después de aquel intenso momento lo dudaba.

Me quedé perpleja, sí. No sabía si me estaba pidiendo que me casara con él, o tan solo era una treta para llamar mi atención. Fuera lo que fuese, captó mi atención, pero por su reacción, no respondí lo que él esperaba.

Capítulo 5

Año 1818, Hertfordshire Abby



—En pocos días marchó a Edimburgo. —Quise sonar seca, y creo que lo logré.

—¿Edimburgo? ¿Vacaciones con vuestra tía? —preguntó.

—No. Voy a instalarme allí, por fin nuestra tía ha entendido que el sueño de una mujer no es contraer matrimonio y vivir a la sombra de su esposo mientras cuida de varios niños a la vez.

—¿Entonces? Tu debut... —Parecía descolocado.

—Quizá ella pensó que saborear ese día sería lo que me haría cambiar de opinión, pero ha sido justo al revés, ahora tengo más claro que este no es mi lugar.

Russell se quedó paralizado, y solo me dijo una cosa más antes de salir de aquel invernadero.

—Concédeme solo un baile, solo eso. Una oportunidad.

No accedí, tampoco le dije que no, era más bien una cuestión de la organización de mi viaje. Si estaba aquí para el próximo baile, no me importaría darle ese gusto, pero si me había marchado, sería difícil de hacerlo. Me gustaba, Russell era un hombre atractivo, y lo que me hacía sentir estando cerca de él era claramente un signo de que sentía algo, pero después de lo sucedido no estaba dispuesta a dejar a un lado mi sueño por soportar ese dolor siempre que él quisiera hacerme suya.

Y así ocurrió, mi viaje se planeó justo antes que aquel baile que la familia Bromker daba para el anuncio de la pedida de su hija. Aquella joven que debutaba en su primera temporada. Todo un éxito que celebrar, pero tendría que ser sin la presencia de Emma Lawson, porque para entonces, yo ya me encontraría en tierras escocesas.

El fiel amigo de la tía Rose me había ayudado más de lo necesario, me había encontrado un lugar donde quedarme cerca de la universidad en la que se impartían las clases de medicina. La tía había cubierto los gastos para todo el año, incluso si hubiese deseado vivir sola, lo hubiera podido costear, pero mi experiencia soñada era bien distinta a la que me empezaba a encontrar allí.

Las mujeres no pueden acceder a las clases, las mujeres estudian para ayudar a los médicos, no hacen mucho más que limpiar y administrar sueros, y de ninguna manera podría operar a un ser vivo.

Allí era de lo más normal encontrarse a algunas señoritas a las puertas de la universidad, porque con algo de suerte a la salida de esta, algunos caballeros alardeaban de todo lo que habían aprendido delante de ellas para embelesarlas, y ellas escuchaban atentas.

No era suficiente para mí, yo había llegado hasta allí para estudiar medicina, y costase lo que costase, iba a conseguirlo.

Uno de los días me quedé a las puertas de la universidad con la única intención de esperar al maestro, él era quien podría ayudarme, y solo él.

Con un golpe de vista lo intuí enseguida, y corrí tras él antes de que se subiese a aquel carro que le devolvería a donde fuese que vivía.

—Un momento, doctor, solo un momento, mi nombre es Emma Lawson...

No se giró ni uno de los más de sesenta días en los que yo insistí en que lo hiciese, hasta que aquella mañana me armé de valentía y decidí subirme en aquel carro que le esperaba a las puertas de la universidad todos los días para llevarlo de regreso a su hogar.

No tenía nada preparado para aquel momento en el que al subir el doctor me encontrase allí, así es que esperé pacientemente a que pusiera su cuerpo en el carro y le pedí que no se asustara. Necesitaba que comprendiera que yo estaba dispuesta a cualquier cosa por ser médico.

—Por Dios bendito, me ha dado un susto de muerte, debe ser muy importante lo que desea decirme, señorita, ¿Lawson? —dijo sonriendo.

Estaba claro que sabía quién era, al menos había conseguido llamar su atención apareciendo tras él todos los días a mi llegada a Edimburgo.

Era un hombre regordete, bajito, medio calvo, con un bigote bien largo, ojos color marrón oscuro, y una tez blanca como el algodón más puro. Olía a jabón, sus manos estaban limpias, y desprendía elegancia y calma con cada movimiento.

—Así es, soy Emma Lawson, y yo solo quiero ser médico. Tiene usted que ayudarme.

Se carcajeó como era de esperar, pero yo no reaccioné ante eso, me quedé quieta y fui paciente esperando a que terminase de reírse.

—Veamos jovencita, las mujeres no pueden ser médico, no gozan de la misma fuerza que los hombres, ni tampoco la sabiduría necesaria.

—Poca fuerza necesitaría para extirpar un apéndice, o incluso para operar furúnculos, o ligar arterias. ¿No cree?

—Entonces cuando haya que amputar una pierna, ¿llamaría a un hombre? Porque si su respuesta es afirmativa, usted ya conoce lo que le diré a continuación.

—Y si se tratase de cualquier cirugía en pacientes de corta edad, donde las estructuras anatómicas son más pequeñas, podría beneficiarse de la precisión de manos más pequeñas...

Vi al doctor pensar mientras entrecerraba sus ojos, pero duró poco tiempo.

—Mire, lamento mucho decirle esto, pero, nuestra sociedad nunca aceptará a una mujer que salve la vida de un hombre, no al menos si existe un hombre que pueda hacerlo sin la ayuda de una mujer.

La rabia me invadía, pero más aún la angustia que estaba sintiendo en aquel instante, y no pude evitarlo, solo alcancé a retirarme rápido de su lado, asomar mi cabeza por la ventana del carro y vomitar todo el desayuno que había ingerido aquella mañana.

—¿Se encuentra usted bien? —Se preocupó por mí.

—No es nada, llevo unos días con el estómago algo revuelto, deben ser los nervios de saber que al fin iba a poder hablar con usted.

Aquel doctor no dejaba de observarme, o más bien observar mis pechos mientras yo hablaba.

—Siéntese un momento, descanse, la llevaré a su casa —dijo.

No me fiaba de nadie de aquel lugar, todos eran simples desconocidos para mí, y por mucho título de doctor que albergara no iba a dejar que me mirase de aquella forma.

—Es usted un depravado, deje de mirarme los pechos.

—Disculpe mi atrevimiento. ¿Señorita, dijo? Porque tengo mis dudas, quizá esté equivocado, pero puede que usted esté en estado de buena esperanza.

Mi cuerpo se agarrotó, no conocía esa sensación, pero lo único que conseguía hacer era respirar, y de pronto, perdí la conciencia.

Capítulo 6

Año 1818, Edimburgo



Qué miedo pasé al despertarme en aquella alcoba desconocida para mí. Lo último que recordaba antes de ese momento, era la voz del doctor frente a la fachada de la universidad cuando estábamos en el interior de su carruaje.

Instintivamente me pasé la mano por mi vientre, aquel doctor debía estar equivocado, porque no estaba abultado, y unas angustias matutinas no eran motivo suficiente como para darle a alguien la absurda noticia de que esperaba un hijo. Además solo había ocurrido una vez. Russell y yo solo habíamos intimado una sola vez, y era bien sabido que las señoras para quedarse en estado lo intentaban infinitas veces, y aun así no era fácil para algunas.

—Buenos días, por fin ha despertado, señorita —dijo una amable mujer que entró en la alcoba con pasos cuidadosos.

—¿Qué me ha ocurrido? Necesito marcharme, llame al señor de la casa.

—Mr. George salió temprano para dar sus clases en la universidad, me pidió que si se despertaba, le pidiese que tuviese el decoro de esperar a que él regresara para despedirse.

Aquello me hizo conocer que no estaba retenida, o al menos eso era lo que parecía. De todos modos, comencé a vestirme con la ropa que descansaba sobre un mueble en la alcoba.

—¿Quién me desvistió? —pregunté a la sirvienta.

—Oh, no dude de eso, mi señor es un caballero, jamás osaría a hacer tal cosa que usted piensa. Mi hermana y yo nos encargamos de quitarle la ropa, y le pusimos ese camisón para que se sintiera más cómoda.

Aquella misma noche quedó patente que mi terrible experiencia había dado como fruto un embarazo. Sí, esperaba un hijo de aquel desalmado de Russell Baxter. El hombre que había empezado haciéndome el amor de la forma más bonita que jamás hubiese imaginado una mujer, y terminó tratándome como a una a la que se le paga.

El doctor llegó antes de que me hubiese marchado, y después de hacerme un simple y nada minucioso reconocimiento, me dijo.

—Bien, como imaginé al ver sus senos abultados, y usted manifestó después hablando de sus indisposiciones en las mañanas... Me temo señó... Emma Lawson, que está en cinta.

—¡Señorita! —grité al ver la reticencia que mostraba al pronunciarlo.

—Disculpe, una señorita soltera en cinta no es lo común.

—Debe de haberse equivocado, repita de nuevo sus pruebas.

—Como ya le he dicho antes, todo se debe a mi experiencia y conocimientos, pero ya le digo que no me he equivocado nunca. —El médico se puso en pie y me invitó a tumbarme de nuevo en la camilla que ocupaba un iluminado lugar en su despacho.

—Ponga más atención que antes, puede que antes palpase gases, o tenga alguna otra cosa...

Hubiese preferido una hernia en el abdomen y ser operada de urgencia, que aquello que me decía que tenía.

Me tumbé sobre la camilla, levantó mi vestido hasta dejar completamente al descubierto mi vientre nada abultado, y comenzó a palpar.

—Lo lamento, está usted en cinta.

—¡Pero si no ha tardado más de dos minutos!

—Tiene usted un útero tan agrandado, señorita Lawson, que es inequívoco mi diagnóstico.

Rompí a llorar como era lo normal, al menos lo normal para una joven de diecisiete años a la que el mundo se le acababa de apagar.

El doctor me miraba desde su posición, sin decir nada, tan solo me observaba.

Carraspeó un par de veces para intentar detener mi llanto, pero a pesar de que lo escuchaba, no podía dejar de llorar a la vez que me lamentaba de mi mala suerte.

—No llore, un niño siempre es una alegría en la vida.

—Yo no lo quiero, yo deseo ser médico.

—Mujer, no diga eso, no sabe la de mujeres que no consiguen albergar en sus entrañas esa vida que crece en su interior ahora mismo. Es el milagro de la vida.

—No me importa, yo no deseo que este niño nazca. —De repente dejé de llorar.

Había dicho algo espantoso, e inmediatamente me tapé la boca del susto.

—No habrá venido hasta aquí con la excusa de no saber nada de su embarazo para que yo lo haga desaparecer... —Se le veía enfadado.

—Desconozco que pueda hacer tal cosa, pero si alguna vez lo ha hecho es que no es mejor persona que yo por decir esa barbaridad que salió de mi boca sin pensarla.

Miré una última vez a aquel doctor que me acusaba de una espantosa atrocidad, y me

marché de su despacho.

Me despedí de aquella señora que servía en el hogar al cruzarme con ella en mi camino y que tan amable había resultado ser conmigo, y antes de que la puerta se cerrase tras de mí, el doctor George Mugreen sujetó la puerta y pronunció mi nombre.

—No se marche, Emma—dijo con voz fuerte.

—Disculpe ya he perdido mucho tiempo aquí, y yo solo pretendía convencerlo de que puedo ser un médico excepcional.

—Y estoy seguro de que es algo que desea con todas sus fuerzas, yo solo le digo que nuestra sociedad no la aceptará, ni a usted ni a ninguna otra mujer.

—¿Qué quiere entonces? Ya me ha dejado claro eso antes, y además se ha encargado de darme la noticia que arruinará el resto de mi vida.

—Estoy dispuesto a enseñarle medicina, que llegue a ser médico no puedo prometérselo, eso será algo que suceda, o más bien estoy seguro de que no.

Estaba decidida a continuar caminando, ignorar lo que iba a seguir diciéndome, pero aquel experimentado caballero supo cómo captar toda mi atención.

—Hable. No se detenga.

—Mejor dentro, no acostumbro a hacer tratos en la calle.

Capítulo 7

Año 1818, Edimburgo



Poco me queda que recordar, sí, estáis en lo cierto si habéis pensado que lo que vino después fue aquella proposición. Un hijo a cambio de conocimiento médico.

George Mugreen había enviudado a la larga edad de setenta y dos años, y su esposa acababa de cumplir los setenta cuando se marchó de este mundo.

Durante buena parte de su vida fue inmensamente feliz junto a ella, y todo hubiese sido lo más parecido a un cuento de hadas, de no ser porque en cada ocasión que Regina Mugreen se quedaba embarazada, a las semanas o pocos meses acababa perdiéndolo sin que ni tan si quiera su esposo, uno de los mejores doctores de entonces, pudiese hacer nada por salvarles la vida a todos aquellos hijos que ambos deseaban con tanta fuerza.

El peor de todos fue el último embarazo, ese fue el que puso punto y final a todos los intentos fallidos de ser padres.

Regina se pasó todo su embarazo en el más absoluto reposo, y así fue como consiguió que el parto se presentase a su día. Todos en el hogar celebraban el nacimiento del hijo del doctor, y se hacía palpable aquel sueño en el momento en que sostuvo la cabeza de la criatura y lo agarró entre sus brazos.

Sin vida, sin un aliento de vida. George Mugreen intentó todo lo que en sus manos estaba para devolverle el latido a su hijo, pero enseguida comprendió que no era posible, el bebé lucía un tono más azulado que el mismísimo cobalto, probablemente fuesen horas las que llevaba muerto, o quizá días.

El dolor más intenso que se pueda sentir en el corazón de una persona sumió a su esposa en la mayor de las locuras.

Los días siguientes a su recuperación no fueron mejores para George, pues tuvo que tratarla hasta dejarla en un estado donde no era reconocida. Pasaba horas durmiendo, después tan solo paseaba sin rumbo por la propiedad, y si en algún momento la medicación no se la tomaba como era debido, cometía locuras intentando arrancarse la vida, pues ella sentía que su cuerpo estaba maldito, y todos aquellos hijos habían sido asesinados. La única culpable era ella y debía de pagarlo. Aun así, el doctor la amaba tanto que dejó durante muchos años de enseñar medicina para ocuparse de ella, hasta que una fatídica mañana descubrió el cuerpo sin vida de su esposa. Había ingerido todos los medicamentos que había encontrado en el despacho de su esposo. Y aunque le dejó una nota de amor, George no pudo soportar estar entre aquellas paredes por más tiempo, y decidió esconder todo su dolor entre el bullicio de la universidad, pasando así el mínimo tiempo en la casa.

Así es que, el día que aparecí en su carro para lograr lo que me había propuesto, para él fue un regalo caído del cielo. Eso sí, no solo quería a mi hijo. Él era un hombre respetado en Escocia, y no deseaba esconder a su hijo entre los muros de su hogar, con lo cual, la mejor de las ideas era que, me casara con él, y después al llegar el bebé, compartiese una vida en familia junto a ellos.

Las dudas llegaron sin hacerse esperar, porque siendo madre, ¿qué tiempo me quedaría para poder dedicarme a la medicina? George dijo que todo el que él viviese. Él sería quien se encargaría de la educación y protección en todo momento, lo único que tendría que hacer es ocultarle al niño, o niña que naciese, quien era su padre de verdad. Y evidentemente al padre la existencia del niño.

Eso no era un problema, no volvería a ver en mi vida a Russell Baxter, y él jamás sabría de su existencia nunca, y además haría saber a todo mi entorno allí en Escocia que el hijo había nacido fruto de nuestro matrimonio.

La relación entre nosotros quedó bien clara desde un principio, la única ocasión en la que George Mugreen vería parte del cuerpo desnudo de su esposa sería en el nacimiento de su hijo. Y ni así ocurrió.

Me puse de parto en mitad de una disección abdominal, porque aunque George insistía en que debía guardar reposo a partir del tercer trimestre de embarazo, yo me negué al completo. Él no podía obligarme, porque de hacerlo estaría incumpliendo nuestro trato. Yo debía de seguir estudiando en todo momento, a no ser que el niño hubiese nacido o yo me sintiera indispuesta.



Año 1819, Edimburgo

—Escalpelo, por favor —dijo George.

—Me temo que nuestro hijo no desea que continúes con esto —respondí a su petición.

George me miró con los ojos bien abiertos, y todos los que estaban presentes se dieron cuenta del nerviosismo que presentaba, tanto fue así que no pudo ser él quien trajera al niño a este mundo.

Escuchar el llanto de mi hijo fue lo que activó en mí aquel sentimiento de amor que creía

que jamás sentiría por él. Había nacido, estaba aquí, era mío, y ahora tenía que compartirlo con George. Que aunque ambos supiésemos que, no era suyo, también le pertenecía.

Al poco de nacer, una enfermera me lo colocó entre los brazos. El suave movimiento de sus pequeñas manos me hizo comenzar a reír, para más tarde convertirlo en un llanto desolador. Acababa de ser madre, ahora tenía la responsabilidad de cuidarle, de amarle, de protegerle, de enseñarle a ser buena persona, aquello era lo más importante para mí, que mi hijo fuera una buena persona.

Y si en mi mente ya estaba decidido que Russell Baxter jamás sabría que tenía un hijo, al verle, se me encogió el corazón hasta reducirlo al tamaño de una aceituna. Era casi una réplica de él. Como si el buen escultor que había realizado la obra de aquella fuente que adornaba el invernadero de los vizcondes de Hertfordshire, hubiese hecho otro trabajo excelente con el rostro de mi hijo.

Los días pasaban, y yo con paciencia y muchos cuidados de George, cabe decir que era un excelente médico, volví a recuperar mis energías, mi agilidad, esa que había perdido al convertirme en un huevo de pascua. Y rápidamente recuperé también mis ganas de seguir estudiando. Pero también había decidido que lo haría de forma más lenta. Si antes del nacimiento del pequeño asistía más de ocho horas al día a la universidad, ahora tan solo ocuparían dos horas de mi día en aquella tarea. El resto necesitaba estar con Simon, ese era el nombre que había elegido para mi tesoro, Simon Chals, el tesoro que debía proteger, cuidar, y poner a salvo.

Dos años más tarde, cuando me encontraba con mi pequeño, sobre la fresca hierba del jardín, jugando y riéndonos a pasarnos aquel juguete que rodaba entre nuestros pies, y que tanto le gustaba a Simon, llegó una misiva con urgencia.

—Acaban de traerla —dijo George con preocupación.

Me la depositó en la mano, y con cierta urgencia retiré el matasellos reconociéndolo al momento. Se trataba del sello de los duques de Summerfield, Oliver y Jane. Algo ocurría para hacer llegar una carta con urgencia.

Terminé de leer, me pedían que regresara cuanto antes, no daba más detalles, solo que mis hermanas se encontraban con buena salud. Así es que le devolví la nota a George para que la leyese él, y mientras tanto, agarré a Simon entre mis brazos y le besé cientos de veces. Tenía que regresar a Londres, pero él no podría venir conmigo.

—Te acompañaré —dijo George.

—Será mejor que te quedes al cuidado de él.

—Estará bien, no te preocupes. —Acarició sus cabellos castaños—. En cambio tú, necesitas de mi compañía.

Era cierto, necesitaba que la persona que conocía mi historia estuviese a mi lado, junto a mí, recordándome en cada momento con su presencia que en Escocia tenía mi vida. Aunque estaba segura de que no me olvidaría de Simon en ninguno de los segundos que estuviese lejos de él.

Capítulo 8

Año 1820, Norfolk

Presente



Después de que diéramos sepultura al cuerpo de nuestra tía, entramos a su casa, el resto de personas que habían decidido acompañarnos en aquel momento tan triste se fueron retirando para dejar a la familia en la intimidad. Todos, menos Russell Baxter, quien no dudé ni un segundo en acercarme a él para pedirle de manera educada que se marchase.

—De nuevo le agradezco su compañía a nuestra familia, pero como verá, es el momento de irse —le dije señalando a las pocas personas que iban saliendo de la casa.

—Tenía la esperanza de poder compartir unas breves palabras con usted, lady...

—Mugreen, y no será necesario. Usted y yo ya nos lo dijimos todo en el pasado.

De nuevo recuerdos que creía haber olvidado se vinieron de golpe a mi cabeza.

—Más que palabras diría yo.

Sonrió. ¿Cómo alguien es capaz de esbozar una sonrisa recordando aquel momento?

—Le aseguro que intento olvidar aquella noche con todas mis fuerzas, así es que si fuese tan amable, me sería más fácil si usted no apareciese más en mi vida.

—¿Pero qué estás diciendo? Ya veo que tratas de echarme la culpa de lo que ocurrió en el invernadero de la casa familiar. Pues lo que yo recuerdo fue que tú también deseabas aquel momento. Sí, lo deseabas tanto como yo.

—Baje la voz, señor Baxter. Lo que deseara como usted dice nada tiene que ver a cómo se comportó usted.

Parecía que no entendía nada de lo que le decía, se mostró paralizado, y con mirada confusa.

—Emma, yo no sé...

—Buenas tardes, señor Baxter, debo regresar con mi esposo —dije y me alejé.

Las artimañas de ese tipo de hombres debían ser esas, descolocar para confundirlas, pero yo, tenía muy claro lo que había ocurrido en aquel encuentro, y no dejaría que se acercase a mí de nuevo.

Mi corazón se encontraba vacío de ese tipo de amor después de dos años, vacío e inquieto. Echaba tanto de menos a Simon que hubiese salido corriendo en cualquier momento para regresar a su lado, pero aquello habría levantado sospechas, o peor aún, alguna de mis hermanas habría salido detrás de mí.

Igual que estaba ocurriendo ahora.

—¿Vas a contarnos cual es el motivo por el que te has casado con un fósil? —dijo Jane.

—La tía no hizo un buen trabajo contigo, Jane. —le dije y me volví asegurándome de que nadie la había escuchado decir aquella brusquedad.

—Parad de una vez. —Eliza se puso en medio de las dos—. Si bien es cierto que nos ha sorprendido mucho que tengas esposo, más aún lo ha sido conocerle a él. ¿En qué pensabas cuando lo hiciste? ¿Se celebró una boda? ¿Invitados? —Eliza se enfurecía a cada pregunta que me hacía.

—Vayamos fuera, no me siento cómoda hablando de esto aquí. —George estaba cerca, y por el tono en el que comenzaba a teñirse la conversación, temía que de un momento a otro aparecieran palabras como viejo, momia o cadáver.

Traté de calmarlas, no me resultó fácil, pero sabía que en cuanto les contase que George era mi maestro, podrían entenderme mejor. Lo de juzgarme era otra cosa.

—Me parece bien que te enseñe todo lo que sabe acerca de medicina, pero ¿qué ocurre cuando las clases se terminan? —preguntó Jane.

—Regresamos a nuestro hogar y continuamos con nuestra vida familiar.

En ese momento me permití pensar en Simon y en todo lo que lo estaba echando de menos.

—Ahí pretendía llegar. Eres joven, y él... en fin, ya me entiendes. ¿Deseas tener hijos con un hombre que ha alcanzado la edad del señor Tamberlek?

Es señor Tamberlek es el hombre más viejo al que conocemos, pero a diferencia con George, el señor Tamberlek se empeña en querer seguir aparentando treinta años menos, y se viste, se peina, e incluso se atreve a salir a la pista de baile como si fuera un jovencito.

—No exageres.

De pronto un niño corrió por en medio de nuestras figuras, y aunque hacía mucho que no le veía no hizo falta preguntar quién era.

—Despacio, no corras, y saluda a la tía Emma —le riñó Eliza.

El pequeño corrió a mis brazos y nos fundimos en un abrazo, en el que yo imaginaba que era mi pequeño y que quedaba ya menos para estar con él.

Revolví un poco sus cabellos con mi mano y después le di una palmada en el trasero para

que continuase corriendo.

—¿Por dónde íbamos? —dijo Eliza mirando como se alejaba su niño.

—Me gustaría ir a visitar Suffolk.

Me ignoraron.

Afortunadamente para ellas mi esposo se acercó hasta nosotras para comunicarme que se retiraba a descansar. El viaje había sido largo, y él acostumbraba a dormir temprano y madrugar en la mañana.

—Nos vemos en el desayuno —le dije.

No pensaba esconder nada de mis costumbres. Bastantes secretos escondía a mi familia ya.

George me dio un beso en la mejilla como cada noche, y se marchó subiendo las escaleras que tanto esfuerzo le suponían.

—¿No vais a compartir alcoba? —Jane abrió de forma exagerada sus ojos.

—No.

—¿Estás enamorada de ese hombre?

—Me está resultando más incómodo de lo que había pensado este viaje.

Las dejé allí con todas aquellas dudas que imaginé que tenían y que yo no estaba dispuesta a resolver.

Capítulo 9

Año 1820, Norfolk



Una nueva temporada daría comienzo en pocos días, y para evitar distracciones nos marcharíamos de Norfolk antes de que sucedieran todos aquellos bailes, cenas y entretenimientos esperados, sobre todo para las señoritas debutantes que tanto esperaban encontrar un marido en ese tiempo.

Los hombres charlaban animadamente en la mañana, discutían sobre temas algo menos vanales que el color del vestido que llevarían o las joyas que adornarían sus cuellos en el siguiente baile, como hacían las señoras.

Al ver a George tan entretenido disfrutando de la compañía de Oliver y Sebastian me hizo sonreír. Pensé en que habría sido maravilloso que mi esposo hubiese sido el verdadero padre de mi hijo, que hubiese tenido al menos unos veinte años menos de edad, y que aquella primera vez nunca, nunca hubiera ocurrido con Russell Baxter.

George entrecerró sus pequeños ojos alegres, y me devolvió la sonrisa al mirarme.

Salí de la casa de nuestra tía Rose, allí era donde todos nos habíamos instalado. Nosotros los últimos.

Hice llamar a un sirviente para que me preparasen un carro, ya que mis días se terminaban en Londres y no me marcharía sin visitar la casa familiar de Suffolk.

El lacayo llegó a la entrada donde esperaba pacientemente, y al subir al carro le indiqué el destino.

Solo una hora después me encontraba en el angosto camino que llevaba hasta la casita de campo en la que mi familia había permanecido hasta que la desgracia nos asolase.

—Deténgase aquí, el resto del camino lo haré a pie —le dije al lacayo asomando mi cabeza por la ventanilla del carruaje.

El carro fue frenando lentamente, y cuando se detuvo, el mismo conductor bajó para abrir mi puerta y ayudarme a descender.

—Es un día muy soleado, señora, ¿está segura de que desea hacer el resto del camino a pie?

—Puede estar tranquilo. —Puse el pie sobre la hierba amarilla—. Puede marcharse, me quedará aquí mucho tiempo.

—Dígame entonces cuando regresar a por usted.

—Venga al anochecer.

Me alejé del carro, al igual que él se alejaba de mí, y comencé a caminar para lograr ver más de cerca la casa de nuestros padres. Tras los primeros pasos sentí aquella necesidad inmediata de retirar mis zapatos. La hierba estaba seca, no era tan agradable como recordaba. Al igual que muchas cosas, esto también había cambiado.

Mientras me acercaba a la fachada de la casita comencé a ver más diferencias. En el porche no habitaba aquel columpio de madera que construyó nuestro padre y que tanto disfrutábamos mis hermanas y yo, tampoco la puerta estaba en el mismo lugar que antes, y además de los amplios escalones que conducían a la entrada, una enorme rampa horrorosa se había construido justo al lado.

Enfurecí al pensar que alguien había hecho aquellos cambios sin el permiso de la familia.

Aceleré mi paso y llegué antes de lo que me había propuesto. Antes de entrar en la casa, escuché unos ruidos en el interior. ¿Cómo era posible? Mis hermanas jamás habían arrendado aquel lugar, y no era necesario. Así es que pensé que era un ladronzuelo, y sin más me acerqué de puntillas hasta la puerta y entré para descubrirlo.

Aquella persona se dio la vuelta al escucharme entrar, y cuando clavó sus ojos en mí, dijo algo que me enfureció aún más que el simple hecho de que ocupase mi hogar.

Capítulo 10

Año 1820, Suffolk



—No puedes estar aquí —dijo él.

—Eres tú el que va a tener que salir por esa puerta, y además agradece que no te dé una paliza ahora mismo por haber destrozado mi casa.

—Sal ahora mismo —me dijo con voz hosca.

—Tendrás que echarme tú, porque en lo que a mí se refiere, jamás nadie podrá echarme de mi propia casa.

—Ahora no lo es.

Ladeé la cabeza mientras fruncia el ceño. Lo miré con una mezcla de incredulidad y rabia.

—Lee mis labios —Yo estaba enfadada, pero él se acercó hasta mí sin dejar de mirar mi boca—, Russell Baxter, sal ahora mismo de mi casa.

—Lamento esto que voy a hacer, pero estoy convencido de que tú harías lo mismo en mi lugar.

Se acercó hasta quedarse bien cerca, apenas unos centímetros separaban nuestros rostros, y un escalofrío me invadió. Vi como doblaba sus rodillas y cargándose sobre su hombro me sacó a la calle.

—¡Maldita seas, Russell Baxter, te odio con toda mi alma! —Comencé a llorar a la misma vez que golpeaba su espalda con mis puños.

Quizá fuera la impotencia de no poder hacer nada, de estar tan cerca de él, de volver a oler su aroma, de sentir como mi corazón se desbocaba de nuevo, de recordar lo que había sentido una vez...

Me dejó en el suelo, debajo de las escaleras, y él subió los tres escalones separándose de mí. Vi como miraba al interior de la casa, y hasta se acercó hasta la puerta para cerrarla. Enseguida entendí lo que estaba pasando. Tenía a alguien dentro, era eso, por eso me había echado, quería esconder la identidad de la estúpida de turno que había caído bajo sus garras.

—Habría sido más fácil decirme que estabas acompañado.

—Emma, ¿por qué te fuiste? —me hizo esa pregunta y mi mundo se derrumbó.

—Me marchó, no hace falta que la escondas, pero deberías avisar a tu compañía antes de hacerle pasar un mal momento que Russell Baxter es incapaz de no hacer daño.

Me di la vuelta, no soportaba mirar más aquel rostro, esa cara que se parecía tanto a mi hijo, a nuestro hijo. ¿Cómo podía sentir tanto odio por él y a la misma vez amar tanto a alguien tan semejante?

—No es lo que crees —me dijo desde la lejanía.

Hice más de una milla y media a pie, estaba tan furiosa que hasta haber pasado la mitad de tiempo caminando no me di cuenta de que todavía estaba descalza.

El carro me sorprendió en el camino, y en su interior Eliza y Jane se mostraban enfadadas.

—Debiste habernos dicho que saldrías a Suffolk.

—No necesito niñera, pero vosotras nunca debisteis arrendar la casa familiar.

—Por Dios, Emma, es Russell Baxter.

—Como si es la mismísima reina la que desea fornicar en la casa de mis padres muertos.

—No, no, no es eso.

—Eres estúpida al pensar que el noble caballero Baxter no ha arrendado una casa en un lugar perdido de Londres, donde ni siquiera las ratas visitan para poder fornicar con mujeres de cualquier tipo.

—Emma, ya basta, te estás equivocando con Russell, no sé qué es lo que te pasa con él, pero es un hombre respetable, además de ser el mejor amigo de mi esposo como ya sabes.

—Pues deberías de tener cuidado, las personas que nos rodean nos definen en ocasiones.

—Se acabó la discusión —dijo Eliza.

Oliver abrió la puerta del carro al llegar e hizo llamar a Jane para tratar un tema, el que imaginé que sería sin duda la visita inesperada del señor Baxter en mi propia casa.

—Podéis hablar en voz alta, no creo que me sorprenda de nada más —dije dando gritos.

—Oliver me miró con rostro apenado y se marchó.

Tres días fueron los que se ausentó, y por más que intentase conocer el lugar a donde se había marchado, Jane se negaba a decírmelo.

Aquel día en el que apareció Oliver de regreso, no trajo con él buenas noticias, y fue así como conocí qué motivo le había tenido tan ocupado lejos de su familia.

—El vizconde de Hertfordshire ha muerto.

Me cubrí la boca después de pronunciar un sonoro gemido al conocer la noticia.

El abuelo de mi hijo había muerto. Nunca lo había visto de aquella manera, porque de haberlo hecho aún me hubiese sentido más culpable de esconder aquel secreto que me torturaba d aquella forma.

—¿Cómo está su esposa? —preguntó Jane.

—Resignada, era algo que todos esperaban en los últimos días.

—¿Su hijo? —preguntó mi esposo.

—Gracias por su preocupación, él es quien peor lo lleva. Ocurrió estando junto a él.

Qué dolor debió sentir al ver cómo se le escapaba la vida a su padre sin poder hacer nada por él. Un pellizco se instaló en mi corazón haciéndome olvidar mis diferencias con él y acercándome a George le susurré que deberíamos de asistir al funeral.

George asintió, era el hombre más comprensivo del mundo entero.

De camino a Hertfordshire Abbey aprovechamos que nos encontrábamos a solas en el carro para tratar temas que no podían ser comentados en compañía.

—Mañana regresaremos a Escocia —le dije.

—¿Tan pronto? —preguntó extrañado.

—Me muero un poco más cada día que paso lejos de Simon.

—Sabes que él está bien cuidado, y hace más de dos años que no disfrutas de tu familia. Además tanta tragedia no deja lugar para la diversión. Deberíamos de quedarnos un poco más.

—Pero...

—¿No vas a permitirle a un viejo como yo que se lo pase bien durante unos días más?
—George no me dejó terminar, y su chantaje emocional me venció.

Al llegar a la antigua mansión una oleada de recuerdos me hizo tensarme de inmediato.

—Querida, debes de pensar algo cuando esos recuerdos te acechen —dijo George al darse cuenta de que apretaba mis puños con fuerza.

—Es difícil. Lo intento, pero no creo que nunca pueda conseguirlo. Además aquí fue que...

—Ven aquí —me dijo alejándome del resto de la familia—. Esto no te lo he dicho nunca, no pensé que estuvieras preparada para escucharlo.

—George, ¿ahora? —Me temía que alguno de sus consejos sabios y largos, quisiera recitar.

—Seré breve. ¿Crees que tu recuerdo, en estos días en los que eres más mayor, gozas de seguridad, y has aprendido mucho, cambiaría? —Me tomó por las manos—. No dejo de pensar que aquella experiencia tan horrorosa que recuerdas, fue el fruto de la juventud. Estoy convencido de que con tu edad todo sería bien diferente, permítete al menos dudarlo.

—¿Por qué me dices eso ahora?

—Porque veo como soportas un dolor que no debería de pesar ya.

Qué suerte tuve el día que George apareció en mi vida. Me había enseñado tantísimo sobre medicina y sobre cómo gestionar todos esos sentimientos que de repente aparecían sin ser llamados que nunca podré agradecerérselo lo suficiente.

—Emma, preciosa Emma. —Reconocí al momento la dulce voz de la madre de Russell.

—Lady Baxter —La abracé con fuerza—, lamento tanto lo que está sufriendo.

—El destino es caprichoso, ha querido que tanto tu tía como mi esposo nos abandonen, y aun así debemos de agradecer que podamos seguir disfrutando de los días que nos quedan y del amor de los que todavía nos rodean.

—Qué palabras tan sabias, eso me recuerda que debo presentarle a mi esposo. —Me aparté a un lado para tomar la mano de George que se encontraba a mis espaldas.

—Será un placer —dijo ofreciendo su mano a George.

—El placer es mío, y le doy el pésame por tan terrible pérdida.

George era aquella persona que todo el mundo desearía de compañía, así es que me permití dejarles charlando y me acerqué hasta donde se encontraba un Russell más que derrotado.

—Lo lamento —dije sentándome cerca de él.

—Ya te dije una vez que lo único que lamentaba era que esa dolorosa enfermedad no se lo hubiese llevado antes —respondió.

De nuevo el mismo sentimiento de dar consuelo me invadió, y volví a colocar mi mano sobre su rodilla, solo que esta vez no puso la suya sobre la mía, por el contrario se levantó al instante de notarla.

—Gracias por venir, puedes marcharte, de esa manera no sufrirás el dolor que causa Russell Baxter —me dijo.

No me miró, solo caminó en dirección a donde se encontraban todos.

Aquella tarde, mientras revivía el momento una y otra vez con la mirada perdida pero enfocada al invernadero, decidí que aquel hombre ya no me podría causar más daño. Y menos aun sabiendo que se escondía en mi casa, en el campo, para retozar con todas las mujeres que

deseara.

Pero como ya se sabe, basta con tomar una decisión para que de repente algo suceda y te haga sentir que no vas a poder conseguirlo. Y eso fue lo que ocurrió aquella noche.

La señora Baxter insistió en que deberíamos quedarnos a cenar, y aunque Eliza trató de escaparse con la excusa de que el niño se había quedado en casa con la doncella, no pudimos negarnos en cierto modo.

¿La sorpresa de la noche? Aquella mujer que apareció del brazo de Russell justo antes de que tomásemos asiento a la mesa.

Parecía simpática, ¡qué estúpida! ¿y a quién le importaba si aquella dama era o no simpática? Si solo hacía falta verla. Cabellos castaños, ojos azules, boca grande, labios carnosos, sonriente en todo momento, figura estilizada, modales educados, y discreta, sobre todo discreta, porque todavía no la había escuchado decir ni una palabra.

La cena terminó de la manera más correcta. Los hombres salieron al balcón para fumar mientras que las damas nos retiramos al jardín para disfrutar de aquella cálida noche que se había quedado.

No lo imaginé, pero debí hacerlo, porque siendo el funeral del vizconde de Hertfordshire, lo más adecuado era que su viuda enseñase a todos la escultura que se levantaba en medio de aquella fuente en el centro de su invernadero.

Decidí quedarme rezagada por detrás, y si nadie se daba cuenta, evitar entrar al lugar.

—¿Te importa que vea la obra? —me preguntó George.

—De ninguna manera, además merece ser vista por todo aquel que pise esta casa.

Era cierto, lo dije porque así lo sentía. Mi sentimiento en aquel lugar era oscuro y sombrío, pero aquello que se había construido en el interior, era una obra de arte.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —Una voz me sorprendió mientras paseaba por el exterior de los jardines.

Me giré para mirarle, estaba segura de que me había hecho una pregunta, pero nada más escuchar el tono de su voz y saber que estábamos solos, mi corazón comenzó a palpar y me desconcentró.

—Emma, ¿te quedarás mucho tiempo? —volvió a preguntar.

—No mucho. Solo alguna semana más.

—Recuerda que me debes un baile.

¿Cómo se atrevía a decirme aquello, sabía que era una mujer casada. Pero aun así no pude evitar mirarle a los ojos.

Él dio solo un paso, pero con eso bastó para quedarse a penas a unos pocos centímetros de distancia. Me cogió de la barbilla levantándome el rostro, y así fue como nos quedamos a unos pocos dedos de distancia.

Nuestras respiraciones se mezclaban, y el aire se empezó a calentar, mis piernas comenzaron a temblar, y me tomó la mano. Ahí fue cuando descubrí que él también estaba temblando.

Acercó su boca a la mía, y aunque mi subconsciente me repetía una y otra vez que debía de separarme de él, mi cuerpo se negaba por completo a reaccionar.

Sus labios chocaron suavemente con los míos, y lejos de mantener mi boca cerrada, la abrí de forma leve para saborear al hombre que tenía frente a mí.

Jadeé al notar como su lengua encontró a la mía, volví a jadear al notar un mordisco en mi labio inferior, de nuevo lo repetí cuando mordió el superior, y jadeos permanentes se adueñaron de mi garganta al sentir el éxtasis del momento.

Russell Baxter ardía en pasión, paseaba sus manos por mi cuerpo, lamía mi cuello, besaba mi boca, y mis pechos.

De nuevo la lujuria de Baxter tomaba el control sobre mi cuerpo.

Logró llegar hasta al interior de mis ropas, coló su habilidosa mano entre mis muslos, y paseó sus dedos por la raja de mi sexo haciendo que me enderezara al instante.

—Te deseo. —Esas fueron las palabras mágicas que me hicieron despertar del hechizo maldito que Russell Baxter, el vizconde de Hertfordshire, lanzaba sobre mí una y otra vez.

—Por el amor de Dios, qué estúpida he vuelto a ser —dije separándome de él.

—Emma, ¿qué te ocurre?

—¿De verdad no sabes lo que me ocurre? Disimulas muy bien, o eres tan necio como imaginaba.

—Perdóname, lo lamento, no recordaba que... —Se disculpó arreglándose las ropas que estaban hechas en girones.

—¿Por qué debo de perdonarte? —le pregunté.

—Tu esposo, no recordé que habías regresado casada. Yo solo me dejé llevar.

—Eres un mujeriego Russell, deberías saber a estas alturas que los libertinos no son tan atractivos a tu edad. ¿qué opinaría la señorita Felicity de este acto tan poco respetable hacia ella?

Vi desconcierto en su rostro, quizá él no había podido imaginar que su prometida nos había enseñado el anillo con aquel pedrusco incrustado sobre el oro en el momento después de la cena.

Nos vimos sorprendidos por mi familia cuando regresaban al interior de Hertfordshire Abbey, para despedirnos y regresar a nuestro hogar. Y caminé hasta colocarme junto a mi esposo.

—¿Sería posible que regresáramos juntas las hermanas, Mr. George? —preguntó Jane acercándose a mi esposo justo cuando estaba preparado para subir al carro.

—Es un placer para mí que mi lugar sea ocupado para unir las aún más.

Se lo agradecieron de forma rápida y se sentaron frente a mí en el interior.

No esperaron ni tan siquiera a que el conductor comenzase a mover el carro de caballos, antes de eso ya habían empezado a hacer preguntas.

—¿No hechas de menos nada en Londres? —preguntó precavida Eliza.

—Claro, a vosotras, y mucho, pero cada día veo más cerca mi sueño allí.

—¿Regresarás? —volvió a preguntar Eliza.

Podría haberles mentido, pero no lo hice. Simon jamás pondría un pie en tierras Británicas, porque eso dejaría ver de quien era hijo. No haría falta decir ni media palabra, solo al mirarle a su rostro todos sabrían que Baxter era el padre.

—No. Mi vida está acomodada en Edimburgo.

—No pasa nada Eliza —dijo Jane al verla apenada por mi respuesta—, nosotras iremos a visitarla.

—¡No! —Hice salir de mis labios aquella negativa tan rotunda que hasta me sobresalté yo misma.

Ellas se miraron horrorizadas.

—¿Se puede saber qué es lo que tratas de escondernos? —Jane era lista, me atrevería a afirmar que incluso era la mujer más inteligente que conocía.

—No os escondo nada —mentí—, solo que no os podría atender como merecéis, mis días están obligados a asistir a la universidad, a acompañar a mi esposo en sus clases prácticas, y es poco el tiempo que me queda al final del día.

—Está bien, disfrutemos del tiempo que estás aquí entonces.

Bien, pensé. Agradecí que Eliza siempre quisiera poner calma entre nosotras.

—Mañana asistiremos al baile que lady Rumbardy da en su casa. Al parecer ha conseguido convencer a algún noble caballero para que se lleve a su hija al fin.

—Qué bruta puedes resultar en ocasiones, Jane —dijo Eliza.

Serna Rumbardy repetía temporada tras temporada todos los años, y el éxito de todas era el mismo, cero pretendientes. ¿Edad? Nadie lo recordaba ya, algunos decían que era su séptima temporada, y otros comenzaban a llamarla La solterona de Buckingham Palace, pues en su primera temporada se atrevió a alardear de que no saldría de la residencia de la reina sin tener a todos los solteros detrás de ella. Aquello fue algo que la tía Rose siempre nos recordaba para que jamás cayéramos en la humillación en la que lo hizo la familia de Serna.

—No creo que a mi esposo le apetezca rodearse de tanto inglés remilgado, como él los llama.

Necesitaba evitar por todos los medios posibles volver a cruzarme con Russell.

—Oh, querida, creo que tu esposo está más integrado en la sociedad de lo que lo has estado tú nunca.

Capítulo 11

Año 1820, Norfolk



Una vez ya en la alcoba donde George descansaba, me decidí a retirarme después de darle las buenas noches.

—Me siento cansada, no deseo hablar en este momento.

—Pues me temo que tu descanso se deberá de posponer, debes escuchar lo que tengo que decirte.

Me temía lo que ahora venía. Una reprimenda por quedarme a solas con Russell Baxter, y tenía todo el derecho del mundo, porque si alguien nos hubiese visto en aquella situación, mi esposo hubiese quedado avergonzado.

—Sé lo que me vas a decir, y estás en tu derecho.

—No lo sabes, no.

—Sí, te comprendo. Lo último que quisiera ahora mismo es dejarte en un lugar que no te mereces. Debes perdonarme, juro por el mismo Dios que odio a ese hombre tanto como atracción siento por él en cada ocasión que nos cruzamos.

—Emma, deja que te diga...

—Pero por más consejos sabios que me des, al corazón no puedo hacerle comprender.

—Emma, por Dios, dejame hablar.

—Debemos marcharnos ahora mismo, no hay motivo para quedarnos aquí ni una sola noche más, además echamos tantísimo de menos a Simón que cada segundo que paso aquí siento que es como si fuera un castigo.

—¡Emma!

—¿Dónde dejaste tu ropa? Haré llamar a la doncella ahora mismo.

—¡Emma, me muero!

¿Qué era lo que acababa de decir?

—No tiene nada de gracia decir tal cosa para llamar mi atención, ha sido demasiado grotesco por tu parte, George.

—Ven aquí —me pidió que me acercase hasta donde él se encontraba.

Empecé a preocuparme, no me miraba a la cara, y se mostraba nervioso. Sostenía en sus manos un papel, y doblaba una de las puntas con sus dedos nerviosamente.

Llegué a la cama y me senté a su lado, Miré su rostro y le tomé por la barbilla, pues fuera lo que fuese que me tenía que decir, no parecía que iba a ser una reprimenda esta vez.

—Nadie sabe con certeza lo que nos depara el futuro, Emma, si el mundo dejase que fueras médico, serías la mejor entre muchos que conozco.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque no sé el tiempo que tengo, y no pienso olvidarme de nada de lo que quiero decir.

—¡George! —Las Lágrimas comenzaron a agolparse en mis ojos, y sin pedir permiso, que es como suele ocurrir, empezaron a salir deslizándose por mis mejillas, y llegando hasta mi barbilla, donde saltaban suicidas al suelo.

—Debes de prometerme una cosa.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le pregunté.

—¿Qué importa? Haz el favor de no interrumpirme, deja que te diga lo que necesito.

Le sostuve las manos mientras las mías temblaban.

—Pídeme lo que quieras, te debo todo.

—Está bien. Solo te haré una petición, puede que te resulte confuso, pero Simon necesitará un padre.

—Ni lo sueñes, nunca sabrá que es su hijo. George, ¿qué estás pensando? Lamento mucho decirte esto, pero Simon jamás sabrá que Russell es su padre.

Un sonido de sorpresa se escuchó tras la puerta. Corrí alentada por George, y mis presentimientos se hicieron realidad al ver a Jane en el pasillo. Maldije cientos de veces.

—No tienes derecho a escuchar tras las puertas —dije enfadada.

—¿Vas a hablarme de derechos, tú? ¿Crees que ocultar la paternidad es mejor que escuchar tras una puerta? —Jane entrecerró sus ojos al mirarme.

—Baja la voz, no sabes de lo que estás hablando.

—¿Entonces me dirás que no me ocultas un sobrino? —Odiaba cuando se ponía sarcástica.

—Baja la voz o tendré que hacerte callar.

—Emma, ¿cómo has podido?

—¿Cómo ha podido qué? —Eliza se unió.

Lo que faltaba, las dos juntas en aquel momento.

—No puedo ahora con esto, respetar mis tiempos.

—No te moverás de aquí hasta que nos cuentes porqué nos has ocultado a tu hijo. —Jane era increíblemente insolente.

—¿Qué? —gritó Eliza y acto seguido se desmalló.

Capítulo 12

Año 1820, Norfolk



Al escuchar aquel sonoro ruido que hizo el cuerpo de Eliza cuando golpeó contra el suelo, George que solo se encontraba a pocos metros de distancia, salió de la alcoba y descubrió la escena.

—Llévemola a la cama, allí estará más cómoda —dijo George al ver que solo era un simple y pasajero desmayo. Y que intuía el motivo que lo había causado.

—A su edad no comprendo cómo le consintió que llegase aquí escondiendo ese secreto. Podría haber mostrado más empatía por sus hermanas. —Jane no iba a dejar pasar el tema.

—Lady Summerfield, creo que eso debe discutirlo con su hermana, poco puedo hacer yo si ella no desea que el mundo que antes la rodeaba supiera que tiene un hijo.

—¿Pero es su marido, o en eso también nos han engañado? —Jane se alteraba continuamente.

—Cuando puedas controlar tus impulsos, estaré dispuesta a hablar contigo. —Me retiré de la alcoba donde habíamos llevado a Eliza hasta que despertase—. Avisadme si mi hermana necesita de mis cuidados.

Bajé y salí al exterior de la casa, me resigné a dar un paseo, aunque me hubiese encantado poder gritar a pleno pulmón, porque las cosas comenzaban a enredarse. Qué curioso, pensé, cómo podía alterarse todo en pocos segundos. Antes todo iba bien, y en cuestión de días lo continuaría siendo, y después de lo que acababa de ocurrir, ya no.

No dejaba de pensar en que mi vida estaba al borde de un precipicio, con mi secreto desvelado a Eliza y Jane. Cabía la posibilidad de que fueran comprensivas y lo dejaran todo como estaba, que hubiese sido una suerte, pero como yo imaginaba, eso era difícil de conseguir, sobre todo porque Jane jamás aceptaría que un sobrino suyo no supiese que ella existía.



Lady Rumbardy había logrado impresionar a todos los invitados con aquella recepción tan poco humilde. Flores de todos los colores descansaban en maceteros, se veían a cada lado de un pasillo en el exterior de los jardines que nos invitaban a caminar hasta llegar a la fachada de la mansión. La que acababa de ser pintada y reparada, me atrevería a decir que ayer mismo. Era como si los Rumbardy supiesen que esta era la temporada en la que Serna por fin conseguiría un esposo.

—Qué placer contar con la presencia de las Lawson —dijo Rose Davenport, la eterna figura femenina que se paseaba del brazo de su hijo por todas y cada una de las fiestas de todas las temporadas. Extraño.

¿Su fin? Jamás se supo, aunque mis hermanas y yo siempre nos burlábamos de ellos. Ni Joseph podía caminar sin sujetar el brazo de su madre, ni podía hablar con dama soltera sin estar ella presente, y mucho menos bailar. De hecho siempre nos preguntamos cómo sería su andar si lo hiciera solo, pues jamás lo habíamos visto.

—Me alegra que así le resulte. Aunque debo reconocer que el placer es mío, si no fuera porque verles juntos una temporada más se me hace algo extraño.

—¿Extraño? —dijo Rose Davenport.

—A estas alturas y sabiendo de la belleza, caballerosidad, elegancia, y educación de su hijo, le hacía casado con una elegante señorita de la sociedad que tanto le gusta rodearse.

Vi como una sonrisa a medio esconder se le dibujaba en el rostro de Joseph, mientras que a su madre le faltó poco para escupir por su boca una bola de fuego y quemarme allí mismo.

—Mi hijo es un caballero como usted ha mencionado, y si todavía no ha elegido compañía es porque no hay mujer que le resulte interesante.

Dio media vuelta y estiró del brazo de Joseph para que continuase pegado a ella.

—Suerte con la búsqueda, Joseph —le dije al joven, mientras que tuve que gritar un poco más para que su madre me escuchase lo que le quería decir a ella—. Y suelte un poco la cuerda lady Davenport, así es imposible que nadie se fije en él.

Jane que se encontraba bien cerca de mí, como era de esperar no me iba a dejar alejarme demasiado, no fuera a ser que saliera corriendo y me perdiera la pista, recriminó mis modales.

—No te veo la más indicada para ir dando consejos —dijo ofreciéndome una copa.

—No bebo, gracias —rechacé su invitación.

—¿Estás de nuevo embarazada? —Su sarcasmo me irritaba.

—Baja la voz o alguien podría escucharte —le dije.

—Llévame contigo hasta Edimburgo a conocerle.

—¿Conocer a quién?

Su voz me sobresaltó. Una vez más el soltero más codiciado de todas las temporadas de la alta sociedad, el más atractivo, y también conocido como enemigo del compromiso, estaba allí, en el lugar menos indicado.

Mi hermana se alejó imitando un saludo poco creíble y nos dejó solos, en un momento en el que más la necesitaba.

—¿No se encuentra el señor Mugreen entre nosotros? —preguntó mirando a mi alrededor.

—No, él no se sentía bien y prefirió quedarse descansando.

—Me alegro —dijo.

—Es usted una persona poco empática —dije al escucharle.

—Perdóname, Emma, no quise decir eso. Me alegro de verte a ti aquí, no me alegro de que George se encuentre enfermo.

Bueno, pues aclarada ya su respuesta, creo que me voy a retirar. No debería de haberle hecho caso y dejarle solo. Tampoco tengo mucho que hacer aquí, todos hablan animadamente y los círculos se ven más que cerrados como para poder integrarme en ninguno.

—Déjame que te acerque —dijo y dejó a la vez la copa que sostenía en su mano sobre una bandeja que mantenía uno de los camareros.

—No te preocupes, puedes seguir disfrutando de la noche, tengo un carro esperando.

Tenía que salir de allí antes de que a ninguna de mis hermanas se le ocurriera la nefasta idea de pisotear mis deseos y acabar con la vida que me había construido.

—Mi disfrute se termina si la única mujer que me interesa desaparece de aquí.

Mi estómago se encogió al escucharle, pero mi armadura de hierro forjada a fuego apareció de repente para que nada de lo que Russell Baxter dijera me afectara.

—Mire se acerca su futura esposa con la que dará por finalizada la temporada para usted —le dije mientras pude ver que la joven Felicity Prottington caminaba decidida hacia nosotros, o mejor dicho hacia el soltero de oro de las eternas temporadas.

—Buenas noches lord Hertfordshire —Era cierto, era el vizconde de Hertfordshire y yo aún no me había detenido en ese detalle, continuaba llamándole como antes.

—Buenas noches Felicity. Lamento despedirme nada más saludarla, pero debo de acompañar a lady Mugreen. En otra ocasión, si el tiempo nos lo permite... —Se había quedado a medias, pero imaginé que eso era lo que Russell hacía con ella, no terminar de decirle nada en concreto para que fuera ella misma la que se hiciera sus ilusiones. Casi como yo lo hice.

Caminé por delante de él en todo momento, no me hacía especial ilusión que los invitados de la noche pensarán que el señor Baxter y yo teníamos nada que ver. Al llegar al carro él insistió en que me acompañaría hasta la misma propiedad, y fue entonces cuando le ordené al cochero que esperase a mis hermanas, yo regresaría con Russell Baxter.

Para las once de la noche, todos mis temores más puros se empezaban a materializar, y es

que yo no había sido del todo inteligente al pensar que podríamos compartir carro como si nos tratásemos de simples desconocidos.

—Y bien, dígame señor Baxter, ¿ha pensado ya en lo feliz que hará a la mujer que ha elegido para ser la vizcondesa de Hertfordshire?

—No habrá nunca una vizcondesa en Hertfordshire, además de mi madre.

—Pero, no es eso lo que cree que sucederá la fascinada señorita Felicity. Teniendo en cuenta que la ha elegido por encima de todas esas jovencitas debutantes que se amontonan cerca de usted cuando entra en una fiesta...

—No la elegí yo, fue mi madre que temiendo que continuase soltero año tras año, decidió hace pocos días que ella sería la elegida para mí.

—Entiendo, su madre también está cansado de verle saltar de cama en cama.

—Te equivocas conmigo, Emma, y no importa lo que suceda en esos bailes a los que asisto con la dura resignación de que no volveré a verte jamás. Y deja de una vez de tratarme como a un desconocido, Emma.

De nuevo volvía a intentar hacerme sentir importante para él, cuando en realidad estaba convencida de que lo que más deseaba era colocarme bajo su cuerpo y causarme dolor mientras él solo obtenía placer.

Respiré profundamente y eliminé todos esos recuerdos que tanta ira me inducían, y calmé mis ganas de abofetearle allí mismo.

—Yo en cierto modo no me he negado a que me acompañases porque deseaba hacerte una petición.

—Lo que quieras, pídemelo lo que sea Emma —me dijo.

—Abandona la casa de mi familia —le pedí.

—Lo haré —respondió sin más.

—¿Nadie te dijo que aquel era nuestro hogar? Qué desfachatez utilizarlo para dar placer a tus deseos de libertinaje.

—Te equivocas de nuevo —dijo con tono sereno, como si de esa manera fuese a convencerme.

—El día en que aparecí allí, escondías a alguien —le dije con un voz cargado de resentimiento.

—No es lo que piensas.

—Claro, Russell Baxter es un excelente caballero, solo hay que mirarlo, ¿dónde se

encuentra tras la muerte de su padre? Con la viuda, acompañando a su querida madre. Ah, no, no está allí, está de regreso a su hogar después de asistir a un baile de lo más aburrido —espeté.

—No tienes ningún derecho a hablarme así. —Se me encogió el corazón porque vi un brillo en sus ojos.

—Abandona mi hogar, mañana desearé visitar Suffolk en la mañana.

Bajé del carro nada más detenerse y sin despedirme de él caminé hasta llegar al interior del cálido hogar que me esperaba para darme consuelo.

Capítulo 13

Año 1820, Norfolk



—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a George al entrar en su alcoba para comprobar si dormía.

—Ahora mejor, pero dime si has hecho lo que te pedí —me preguntó.

—No insistas, no lo haré jamás, si supieras como es él no me pedirías que lo hiciera.

George tosió fuerte y se acercó un pañuelo a la boca. Cuando se lo retiró pude ver como había sangre en su interior.

—¿Por qué me lo has ocultado? Tu enfermedad está muy avanzada, ¿desde cuándo lo sabes?

—Hace más de un año que lo sé, pero quise disfrutar de vosotros sin que me mirases como lo estás haciendo ahora, con esa lástima y pena que sientes por mí.

—Marchemos hoy mismo, no soporto un día más aquí, ¿no quieres estar más tiempo con Simon? —Fui todo lo egoísta que se esperaba de mí en aquel momento.

—Lo que más deseo en el mundo es que mi pequeño regalo, ese que me hiciste cuando nos encontramos, crezca con su padre a su lado.

—Lo lamento, no podré hacer tal cosa.

—Fui un insensato al pedirte que jamás se conocieran, fui un loco viejo egoísta al quererle para mí, no me pertenecía. Nunca me perteneció.

—Tú eres su padre, y será el único al que él conozca jamás.

—Está bien, pide que lo preparen todo para salir mañana.

Se resignó. Sabía que no iba a dar mi brazo a torcer y que de continuar con su impertinencia lo único que podría conseguir era mi enfado.

A la mañana siguiente había decidido ir a visitar la casa familiar. Deseaba con ansias volver a respirar aquel recuerdo mágico que me trasportaba a mi niñez. A los paseos descalzas con mamá, a las tardes de conversaciones con nuestro padre, y a la suficiente compañía de mi familia, cuando solo tener a las personas a las que amas eran suficiente para mí. Cuando no tenías que luchar a diario con el recuerdo del amor que te falló, que te hizo creer que nadie ama tanto como tú, y que me obligó a esconder el secreto por el que mi vida giraba continuamente.

Atravesé la puerta en la que días antes había permanecido parado Russell, bajo el umbral, mirándome. Y tuve que agitar mi cabeza para convencerme de que aquellos recuerdos que empeñaba en alojar en mi mente no me hacían ningún bien.

Media hora después de estar en mi hogar, todavía intentaba comprender qué era lo que me había pasado. Había acusado a Russell Baxter de utilizar la casa para su libertinaje, y estaba equivocada.

Me encontré todo tipo de gasas, toallas, sueros, y material dedicado a enfermos, eso era lo que había ocurrido allí, Russell Baxter había permanecido al cuidado de su padre en sus últimos días de vida.

Me sentí rota de dolor por dentro, la sensación era asfixiante, dolorosa, incluso vergonzosa al recordar que el vizconde hubiera podido escuchar aquellas barbaridades que le dije a su hijo.

En lugar de añadir bonitos recuerdos en esa visita que pretendía, ocurrió todo lo contrario, abandoné la propiedad con dolor y resignación.

Al llegar a casa de la tía Rose George me esperaba con el equipaje subido al carro que nos devolvería a nuestro hogar, a los brazos de nuestro hijo, porque aunque él se empeñase en que Simon conociera a su padre verdadero, en el fondo sabía que él se había comportado como un padre y que de no ser por su terrible enfermedad lo seguiría siendo.

—¿De verdad tenéis que marcharos tan pronto? La temporada no ha hecho más que empezar —Oliver no conocía el verdadero motivo de mi huida.

—Sí, debo regresar a comenzar con mis estudios, ya he perdido muchos días —le dije tratando de disimular lo difícil que me resultaba separarme de mis hermanas.

—Serás un médico increíble, yo confío en ti, Emma. —Oliver siempre había sido maravilloso conmigo, y lo continuaba siendo.

Jane estiró de mi mano entrelazando sus dedos con los míos hasta poder llevarme a un lugar un poco más retirado del resto.

—Lo hemos hablado. Eliza y yo hemos decidido que te vamos a dar un tiempo, sobre todo porque tu esposo se encuentra enfermo, y creemos que no sería agradable librar una guerra con Russell mientras George... ya sabes —Jane era la más terca y creedora de la justicia de todas.

—Continúas inmiscuyéndote en los asuntos que no son de tu incumbencia, eh, hermanita. Pues tened cuidado las dos —me dirigí a ambas en esta ocasión—, porque os quiero por encima de mí, pero desde que Simon llegó a mi vida, debéis conocer que me arrancaría mi propia vida por él.

Jane ahogó un gemido debido al susto que se llevó cuando pasé uno de mis dedos por mi cuello haciéndoles ver que mataría por mantener mi secreto conforme estaba.

Capítulo 14

Año 1820, De Norfolk a Edimburgo



No fue más duro alejarme de mis hermanas, no. Lo verdaderamente difícil lo hizo el sentirme tan mezquina por haber acusado a Russell de algo falso cuando ciertamente lo que hacía era cuidar de su padre los últimos días de su vida.

Durante el viaje, George trató de convencerme una vez más para que sus deseos se realizasen después de su muerte, pero volví a negarle su petición, era duro para mí, y también lo sería para todos. Ahora lo que tenía que conseguir era que tanto Eliza como Jane mantuviesen la boca cerrada. Tarea difícil sabiendo de la amistad que rodeaba a Oliver con Russell y del cariño que mi hermana le había tenido desde el primer día que se conocieron.

Mi cabeza viajaba de un lado para otro continuamente. Desde mi niñez en Suffolk, después en casa de tía Rose, Edimburgo, los brazos de Baxter, las risas de Simon, las caricias de Baxter de nuevo, y otra vez el rostro de mi pequeño se me venía a la mente. ¿Siempre iba a ser así? Sí, estaba segura de eso, Simon y Russell eran tan similares que jamás dejaría de pensar en el otro sin importar a quién mirase.

Estaba tan preocupada en mis problemas que olvidé del todo el estado en el que George se encontraba. Cuando escuché sus toses repetitivas fue que levanté la cabeza para mirarle.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté sosteniendo su mano.

—Nada que no pueda soportar —dijo sonriéndome.

—Cuando lleguemos a casa haré llamar a Lexington.

—Nada de médicos, es lo único que te pido, que me dejes morir tranquilo.

—Bueno, eso no es del todo cierto, me has pedido algo más.

—Emma, prométeme que lo pensarás, que cuando yo no esté lo harás llamar.

—Te voy a prometer algo, y espero que sea suficiente.

George abrió los ojos exageradamente esperando mi respuesta.

—Seguro que sí —respondió alentándome a continuar hablando.

—No le llamaré, no iré a buscarle, pero te juro por el mismo Dios que se llevó a mis padres, que no lo esconderé, y si averigua que es su hijo —Cerré los ojos para prepararme, cogí aire hasta llenar mis pulmones, y seguí—, le diré la verdad.

—Oh, Emma, qué feliz será Simon.

—No confundas no mentirle con ir a contárselo.

Y esa fue la última vez que se trató el tema de Russell Baxter entre nosotros. Jamás se volvió a mencionar nada de mi familia ni de Inglaterra.

Los días pasaban, Simon jugaba mientras crecía ajeno a todo lo que el mundo le esperaba, yo continuaba con mis estudios intentando cada día ser mejor y hacerme un hueco por minúsculo que fuera, George cada vez más débil enseñaba en la universidad, decía que si tenía que morir prefería hacerlo enseñando y no postrado en una cama de la mano de las personas que amaba, mirándole a los ojos sin poder resistir el dolor de hacerles daño.

Y así todo parecía tener su rumbo perfecto hasta ese mar en calma que tanto amaba.

—Mamá, mamá, mamá, ven ven ven, corre corre —repetía Simon estirando de mi falda y obligándome a levantar de mi silla.

—Ya voy, un minuto, no puedo ir tan rápido como tú —respondí persiguiéndole por toda la casa hasta llegar afuera.

Y como mi tía solía decir: *las aguas nunca están en calma por mucho tiempo. Ya sea por la brisa, o por los barcos que liberan oleaje, pero no os acostumbréis a un mar en calma o cuando se vuelva bravo no sabréis manejarlos.* Cuánta razón tenía ella, y qué poco había durado esta calma.

—Emma, creo que van a sobrnos las presentaciones —dijo, y mi pulso se desvaneció hasta creer que había dejado de palpar mi corazón.

Capítulo 15

Año 1820, Edimburgo



—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté al verle mientras animaba a Simon a regresar junto a la niñera.

—Tenía que verlo con mis propios ojos antes de decírselo.

—Pero, mamá, dice que es amigo de papá, voy a llamarle —dijo Simon antes de alejarse.

—Oliver, regresa a Londres y no hables de lo que has visto, por favor. No sé qué te dijo Jane, pero no debió hacerlo.

—¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? ¡Ese niño que escondes es su hijo! —pronunció encolerizado.

—¡No! Es mi hijo —respondí.

—Lo siento Emma, no puedo hacer lo que me pides, Russell Baxter es un auténtico necio por continuar enamorado de ti, pero por fin se le caerá la venda de los ojos cuando se entere de lo que le has estado ocultando durante tanto tiempo.

Oliver dio la vuelta para dirigirse hasta el carro que lo había traído hasta mi casa.

George caminaba a paso lento de la mano de Simon y pudo verle antes de que se introdujese en su carruaje.

—Simon me dijo que un amigo mío había venido a conocerle —dijo George algo confuso después de ver a Oliver.

—Oliver le dijo que era amigo de su padre —le aclaré.

Él resignado asintió.

—Tenemos que marcharnos —dije mientras cogí a Simon en brazos.

—¿Irnos, donde? —Me detuvo.

—Donde sea, pero lejos de ellos.

—Prometiste que no ocultarías a Simon si lo descubren, ¿lo recuerdas?

—Tengo miedo —le dije abrazándome a mi hijo.

—No temas nada, estoy seguro de que todo os irá bien. Ahora entremos dentro, aquí comienza a refrescar.

No pasaron muchos días sin que las noticias llegasen en forma de Jane y Eliza, era lo normal, y yo estaba más que preparada para enfrentarme a ellas. Por una parte pesaba la rabia porque sentía mi mundo venirse abajo, el que se había visto modificado en un santiamén, y por otra parte la comprensión de lo que ellas debían estar sintiendo, quizá lo mismo que yo si fuese alguna de mis hermanas y ellas fueran las que me hubiesen ocultado a mi sobrino. Pero todo era más complejo de lo que nadie creía.

De hecho, todo se enredó en cuestión de segundos. Yo nunca quise ocultar un hijo, jamás creí estar embarazada. Yo únicamente deseaba ser médico, y la noticia me cayó como una jarra de agua fría aquel día. ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Sí, lo sé, regresar a Londres, contar a mi tía lo que estaba ocurriendo, buscar el apoyo de mis hermanas, enfrentar la noticia como era debido. Decirle a Russell Baxter que iba a ser padre. Esa era la opción que cualquier mujer hubiese elegido, mientras que yo, yo elegí la versión egoísta. Quedarme en Edimburgo, continuar con lo que deseaba, estudiar medicina, y de la mano del mejor profesor. Ocultar a mi familia lo que sucedía en mi interior, y aunque tratara de convencerme de que era lo mejor para todos, yo sabía que no era la decisión correcta.

Ahora frente a Jane y Eliza me dispongo a pedir perdón, a dar la cara por mis errores, y a intentar hacerlas comprender por qué fue que lo hice.

—¡No me importan tus motivos! —Jane iba a ser un hueso duro de roer.

—Déjala que se explique, por favor —le recriminaba Eliza.

—No quiero que sientas lo que yo sentí en el momento que tomé esa decisión, solo deseo que me perdones. Ni tan siquiera que te pongas en mi lugar.

—¡Ni en cuatro vidas podría! —Jane dijo aquello y se alejó.

—Seguro que se le pasa —me dijo Eliza abrazándome.

—No lo hice pensando en nadie, lo juro —susurré.

—De eso estoy bien segura. —Se separó de mí sosteniéndome por los hombros y mirando mi rostro.

—¿Cómo puedo arreglar todo?

—Emma, sabes de sobra cómo hay que hacerlo. Pero ahora es el momento de estar junto a tu marido, el que entiendo ha sido más que eso en estos años. George es un hombre bueno, tú no te habrías quedado junto a él de no haber sido así, y le haces más falta que cualquier otra cosa.

—No creo que exista un hombre más generoso que él, es amable, comprensivo y entregado a su trabajo, de verdad nunca encontraré un hombre que nos mire de esa manera en la que él lo

hace, incluso sabiendo que no le pertenecemos ninguno de los dos. —Comencé a llorar de pensar que en poco tiempo ya no estaría entre nosotros.

—Me llevaré a Jane, o si lo prefieres la mandaré marchar y yo me quedaré junto a ti para ayudarte con lo de George.

—No. Es mejor que todo aquí siga igual, estoy segura de que él lo agradecería. Es un hombre de costumbres.

Eliza sonrió, volvió a arroparme entre sus brazos y me besó la cabeza.

—Pues entonces nos marcharemos hoy mismo, pero antes de irme quiero decirte algo.

Me estremeció el tono de voz con el que lo pronunció. Me temía lo peor, algo así como que Russell estaba en la ciudad, o que Jane no había podido mantener la boca cerrada. Mis piernas empezaron a sentir los nervios y una de ellas comenzó a temblar.

—Dilo, lo que sea pero ya —dije impaciente.

—Como ya sabes el primero en llegar fue Oliver, y aunque él te quiere mucho, le resulta complicado entenderte...

—Eliza, ¡por Dios! —la interrumpí.

—Me temo que cuando regrese a por nosotras no lo haga solo.

Una bola de nieve. Eso fue lo que sentí en la boca del estómago. Una enorme y fría bola de nieve me golpeó sin avisar y quedé pausada.

—No es el momento, no puede ocurrir ahora —susurré y con suavidad tomé el rostro de mi hermana entre mis manos para hacerla entender que si eso ocurría ahora George sufriría innecesariamente.

—Emma, cariño, él no es ajeno a esto, y un hombre de su edad debió imaginar lo que en cualquier momento podría ocurrir. —Intentaba tranquilizarme—. No obstante, trataré de evitarlo.

La abracé de nuevo, sabía que si alguien podía evitar un gran desastre esa era ella, aunque también era conocedora de que si alguien quería que la verdad saliera a la luz, como Jane deseaba, entonces tan solo la suerte sería la que tomara el control del momento.

Almorzamos todos juntos en el salón, todos menos George, su enfermedad no le dejaba ingerir alimentos de manera regular, así es que él descansaba en la alcoba mientras mis hermanas apretujaban a Simon, le besuqueaban, le hacían hablar y se quedaban embelesadas con cada sonora palabra mal pronunciada de él.

Al poco de terminar con la comida Simon comenzó a mostrar signos más que evidentes de lo cansado que estaba. Y fue Jane la que con escuetas palabras me pidió poder llevarlo a dormir. Acepté como lo hubiese hecho sin estar enfadada con ella, los niños no son los culpables de

ninguno de los motivos por los que los adultos discutan, y ella era su tía.

Eliza y yo valorábamos lo que podría ocurrir cuando Londres se enterase de que Russell tenía un hijo, cosa que jamás me llegué a plantear en el pasado, quizá, porque a mi inocente cerebro jamás se le ocurrió tan descabellada idea.

—Las personas deberían de meterse solo en sus asuntos —dije malhumorada.

—¿Eso será lo que le digas a la vizcondesa de Hertfordshire? —Eliza levantó su ceja al nombrar a la madre de Russell.

Rápidamente me tapé la boca.

—Juro que no lo pensé, de haberlo meditado no hubiese ocultado al vizconde que tenía un nieto.

—Él es el que menos importa, no era consciente de lo que ocurría a su alrededor, en cambio ella, no sé si podrá perdonarte algo así, aun siendo su favorita.

—Si lo pienso demasiado me da miedo —dije sincera.

—Hablando de miedo. —Ahora estaba sonriendo— La que se va a morir del susto va a ser Felicity.

—Pobrecita —dije apenada.

—Pues a mí nunca me gustó para Russell, así es que si esto los separa, mejor que mejor.

—¡Eliza! —le regañé.

—¿Qué fue eso tan horroroso que Russell debió hacerte para salir corriendo y después no querer decirle que albergabas a su hijo en tu interior?

—Me hizo daño —dije sin más.

—¿Te pegó? Emma, eso deberías de haberlo dicho desde el principio. Le mataré en cuanto me lo cruce, maldito sea, ¡será maldito! —Eliza no dejaba de moverse por el salón.

—Que no, que no, no me pegó. —La detuve agarrándola por los brazos.

—¿Entonces? —Me miraba extrañada esperando una respuesta.

—Me hizo daño de otra manera.

—¿Emocional? —Me sostuvo la barbilla mirando a mis ojos—. Los hombres no son todo lo caballeros que leemos en esas novelas que tanto nos gustan.

—Fue físico —susurré.

—Pero, ¿no habías dicho que no te golpeó?

—Es que no me golpeó, fue más bien... —Moría de la vergüenza tener que verbalizarlo, pero por lo visto no iba a cesar en su empeño hasta que no lo escuchase. Así es que me armé de valor y se lo dije—. Fue brusco, me dolió, me dolió mucho.

Eliza me miró detenidamente a los ojos, pero no decía nada, después se tapó la boca y aún abrió más los ojos. Se retiró las manos de la boca, tomó las mías, y me abrazó con fuerza.

—Emma, siento mucho que no fuera delicado, no sé los motivos por los que se comportó así, pero... no sé cómo decirte esto... —Se le veía nerviosa.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—La primera de las veces siempre duele, es molesto, y las mujeres disfrutamos poco, o más bien nada. No sé qué es lo que sienten ellos, no pienso preguntárselo, pero creo que lo que nosotras hacemos esa primera vez es como un acto de generosidad con ellos.

—¿Generosidad? Me sentí como un animal, como si fuera la presa de una bestia. Yo sufría mientras él disfrutaba, y después aún fue más humillante. Me besó el hombro como si no se hubiese dado cuenta de lo duro del momento. Russell Baxter me robó la decencia aquella noche, no podía hacer otra cosa que alejarme de él.

—Eres mi hermana, y estaré a tu lado, siempre y cuando actúes de una forma correcta. Dile que tiene un hijo —Sus palabras fueron duras—, eso primero, y después piensa si tú también deseabas aquello tanto como él aunque el resultado no fuese el esperado. Solo piensa si toda la culpa fue suya.

—Pero... —No sabía qué decir.

—¿Te forzó? —preguntó Eliza.

—Nooooo, yo deseaba estar con él.

—¿Le dijiste que se detuviera y no lo hizo?

—No se me ocurrió que pudiera pedirle que parara.

—¿Entonces? ¿Diste alguna señal a Russell Baxter de que estabas sufriendo?

Esa era la pregunta, esa y solo esa, la única pregunta que nunca me hice.

Al escucharla salir de sus labios ardí en rabia, y la dejé en mitad del salón parada. En cambio yo subí hasta la alcoba donde George descansaba. Mis pasos ya anunciaban el enfado que cargaba mi cuerpo, y cuando golpeé la puerta para abrirla de un portazo él ya se acomodaba en la cama para escuchar lo que iba a decirle.

—Eres más mayor, más inteligente, experimentado, y seguro que pensaste en esto cientos de veces, ¿por qué no me hiciste la pregunta correcta cuando te contaba una y otra vez lo que

ocurrió?

—Emma, deberías de relajarte —dijo y comenzó a toser.

—No me digas nunca más lo que debo de hacer.

—¿Dime qué pregunta debería de haberte hecho?

—Te he relatado decenas de veces lo mal que me sentí cuando Baxter me tomó, sabías que el motivo de alejarme de él era ese recuerdo que me atormentaba al pensarlo.

—La pregunta Emma, espero la pregunta —pronunció entre toses graves.

—¡George! Yo jamás le dije a Russell Baxter que se detuviese, nunca le dije que parase, él no tenía forma de saber lo que yo sentía, no se lo dije.

—Y ahora que te has dado cuenta de eso, ¿cambia algo? —Su voz era débil y entrecortada por las toses.

—Aún no lo sé. De lo que estoy convencida es de que tú lo pensaste y no me hiciste verlo, ¿por qué no me dijiste que él no sabía que me hacía daño?

—No me culpes. Si estás buscando un culpable deberías quizá mirar detrás de ti.

Me di la vuelta obedeciendo las palabras de George, y nada más hacerlo se me encogió el estómago. Estaba mirando mi reflejo en el espejo. Dejé que las lágrimas salieran sin control, y al volverme frente al que era mi esposo vi cómo me reclamaba con un ligero movimiento de su mano golpeando la cama.

—Lo siento, siento mucho haber entrado así, no mereces esto —dije agarrando su mano.

—Le amas —dijo apretándomela.

—No digas locuras, no se puede amar al hombre que te trató mal.

—No te trató mal Emma, quizá no fue atento cuando debió, pero le amas, y lo más importante él también te ama.

Las toses de George se estaban volviendo incómodas de escuchar, el eco de su pecho se escuchaba cada vez más fuerte, y a cada menos el pañuelo se llenaba muy rápido.

—¿Deliras? —Sonreí.

—El amor es lo más bonito que se puede sentir cuando es real, es lo que hace que las personas consigan lo que se propongan, une familias, arregla conflictos, y forma lazos eternos. Cuando es verdadero es capaz de todo.

—Descansa, más tarde vendré a verte.

—Cuando lo hagas —En esta ocasión tuvo que detenerse para coger algo más de aire—, trae a Simon.

Él también lo sabía, su hora estaba cerca, y al igual que cualquier padre amoroso deseaba estar con su hijo.

Al cerrar la puerta de la alcoba reparé en la puerta entreabierta donde se encontraba la habitación de juegos de Simon. Me acerqué para cerrarla y encontré a Jane sobre la alfombra acurrucada con Simon.

Me acerqué sigilosa para preguntarle qué hacían allí, puesto que imaginaba que estarían en la alcoba.

—Jane, despierta, ¿me escuchas? —susurré.

—Oh, me he quedado dormida. —Sonrió al mirarle.

Se levantó con cierta dificultad del suelo, alisó su falda plisada y volvió a mirar a Simon y a la vez sonreír. En cambio cuando la mirada la dirigí a mí, la endureció exageradamente.

—Deberías de haberlo acostado en la cama —le reñí.

—Lo sé, pero quiso enseñarme un juguete antes de dormirse, y sin darnos cuenta estábamos acostados sobre el suelo, se durmió y después yo mientras le acariciaba el cabello. Es precioso, es dulce, enérgico, y sabe mucho para su corta edad.

—Sí, su padre le enseña todo el tiempo.

Jane se tapó los oídos cuando dije aquello y después me corrigió.

—Russell Baxter es su padre.

—No empieces, Jane.

—Lo has hecho tú.

—¿Sabes una cosa? Siempre he creído que los hijos no son de quien los engendra, sino más bien de quien los educa.

—Ah no, por ahí no. —Jane levantó la voz— Si su padre no lo ha educado ha sido porque su madre se lo ha negado, así es que ahórrate la palabrería, porque sabrás mucho de medicina, pero en lo que concierne a humanidad tu conocimiento es escaso.

—Cierra la boca, vas a despertar a mi hijo.

—Tuyo y de Russell Baxter.

—He dicho que te calles.

—No lo haré hasta que todo el planeta sepa de quien es hijo.

De pronto la puerta de la entrada sonó, y mis presagios no hacían más que crecer y crecer.

Capítulo 16

Año 1820, Edimburgo



Un tufo incómodo a cigarro me hizo cerrar los ojos de forma inmediata. Cubrí mi nariz con la mano y me acerqué hasta la baranda del piso de arriba para asomarme con cuidado de no ser vista.

Pude ver a Oliver como hablaba con alguien, pero él no fumaba, así es que imaginé que la persona que le acompañaba era el culpable de que mi hogar se viera contaminado con tan horroroso olor.

—Baja, es tu marido, y ya de paso le dices a la persona que vino con él que apague el cigarro, aquí nadie se ha atrevido a fumar nunca.

—Bajas tú y se lo dices, que parece que estás acostumbrada a que todos hagan lo que les pides, como por ejemplo ocultar niños al mundo.

—Simon no ha sido escondido al mundo.

—Es cierto, solo a su padre y a sus tías.

Jane no cesaría en su terquedad hasta salirse con la suya, y yo no estaba dispuesta a ceder.

Bajé las escaleras y escuché como conversaba con Oliver y Eliza. Regresé para cerrar la puerta de la habitación de juegos por si Simon se despertaba y en un descuido caía por las escaleras, más tarde lo pasaría a su cama.

Me decidí a unirme a mi familia para despedirlos, ya que eso era lo que había venido hacer Oliver, recoger a mis hermanas. Con lo que no contaba era con la visita inesperada. Russell Baxter, ese hombre estaba en mi casa, Oliver se había atrevido a traerlo hasta Edimburgo, imaginé que para forzar alguna que otra situación.

Miré a Eliza con preocupación, y ella me tomó la mano para calmarme.

—¿Te parece bien que subamos para despedirnos de George? —me preguntó Oliver.

Qué atrevimiento, ¿de verdad pretendía entrar en la alcoba de mi esposo con la excusa de despedirse antes de comenzar el viaje? Cuando la realidad era bien distinta. Él deseaba cruzarse con Simon y que Baxter lo viera. Ese era su cometido.

—Mi esposo no se encuentra bien, más bien es todo lo contrario. Agradecería que os marchaseis para poder ocuparme de él como es debido.

—Claro, nos vamos ya —pronunció un Baxter que ni tan siquiera me había saludado.

—Hola, Russell —dije.

—Siento mucho lo de tu esposo, yo solo vine porque Oliver me pidió que le acompañase, no es mi intención molestar, y menos en estos momentos.

Eso me recordó a lo mal que me porté con él cuando le acusé de haber llevado a mi casa de Suffolk a mujeres, en lugar de lo que ciertamente ocurría.

—Te debo una disculpa, Russell, pero será en otro momento —dije y me dirigí a la puerta para avisar al servicio de que la visita se marchaba.

Russell me sonrió y a mí me pareció notar un ligero cosquilleo en el vientre.

Después de varios besos de despedida, un par de punta pies a Oliver por su comportamiento, y a escasos segundos de que se diesen la vuelta, sonó la voz más angelical que existía, pero la que jamás hubiese querido escuchar en ese instante.

—Mami mami...

Ninguno se alegró de aquello, y tengo que dar gracias a Eliza que con toda la urgencia dentro de su cuerpo corrió escaleras arriba para llevarlo a su alcoba antes de que nadie pudiese verle.

—¿Tienes un hijo? —pronunció Russell.

Jane me miraba fijamente y pude ver en sus ojos algo de terror, después cerró los ojos, y agarró a Oliver del brazo para subir los dos al carro.

¿Qué se suponía que venía ahora?

Capítulo 17

Año 1820, Edimburgo



—Es algo estupendo Emma, tienes un hijo y no me lo habías dicho.

—No lo recordé —dije.

¡Qué estupidez! Pensé, quién narices iba a creerse que alguien tiene un hijo y no se acuerda de él. Bueno, era un hombre, quizá en eso no pensaba.

—¿Y sabe hablar? ¿Qué edad tiene? —Russell se veía emocionado.

—Es pequeño.

¿Qué iba a decirle, que tenía dos años, que no quería que lo viese porque casualmente se parecía a él? Qué estupideces pensaba, ¿se parecía? Era más que eso, era como una réplica exacta a él. Sí y ya de paso también podría haberle dicho que era su hijo, que se lo he ocultado durante todo este tiempo porque no quería volver a verle.

¿Y cuando me preguntase el motivo? Pues eso no estaba del todo claro aún, porque si le decía que el día que me hizo el amor en su invernadero, pasó a ser el día más doloroso de mi vida después de la muerte de mis padres, entonces comenzaría una conversación muy larga. De la que aún no estaba preparada para enfrentarme.

—Espero conocerle algún día, me encantaría —dijo.

—Sí, algún día —respondí.

Se acercó para darme un abrazo y yo cerré los ojos al recordar cómo era estar allí, entre sus fuertes y musculosos brazos. Después besó mi mejilla y me susurró.

—Me hubiese gustado mucho hacer una familia junto a ti.

Me dejó helada.

Se marchó en dirección al carro y después Eliza me abrazó con fuerza antes de marcharse también.

Al poco una de las niñeras salió con Simon en brazos, y al verle me dejé caer resbalando por la madera de la puerta hasta dar con mi cuerpo contra el suelo.

Qué difícil iba a resultar todo. Por más que quisiera explicarme ahora, aunque me pidieran las explicaciones que yo tenía, iba a ser muy complicado de verbalizar.

Los días pasaron y George no mejoraba ni un ápice, todo lo contrario, su fin se encontraba a cada minuto más cerca. Pasábamos junto a él la mayor parte del tiempo, tan solo para dormir me alejaba de su lado. Simon sí que salía a jugar fuera, y paseaba por el parque con su niñera. En cada ocasión que le daba un beso a George y pronunciaba esa palabra que antes pasaba desapercibida para mí un nudo en mi estómago se formaba dándome peso y desgarrando mi interior.

No pude contener la sonrisa aquella tarde que abrazó a George fuerte y le pidió que se curase para seguir jugando con él en el estanque de los patos.

Simon era ajeno a lo que estaba ocurriendo, pero no le duraría demasiado, porque lo que más temíamos ocurrió aquella noche.

Las toses regresaron sobre las dos de la madrugada, yo me encontraba junto a él. El sueño me había vencido con la cabeza apoyada sobre su mano a un lado de la cama.

Abrí los ojos urgentemente y vi a George como intentaba decirme algo, pero no podía detener esa maldita tos que sufría.

—George, relájate, debes intentar tranquilizarte, iré a por agua —dije y me dispuse a coger la jarra.

Me retuvo, no dejaba que me alejara de él. Entonces fue cuando me alarmé, estaba ocurriendo, en ese momento, junto a mí, mientras me miraba a los ojos. Y yo no podía hacer nada por ayudarlo.

—George déjame que te dé un poco de agua.

Él negaba con la cabeza, solo me miraba, tosía, y negaba con su cabeza.

Fue que comprendí su deseo. Quería morir allí, en su cama, en su casa, junto a mí, la persona que le había hecho feliz los últimos años dándole lo que él siempre anheló. A Simon.

Comenzó a respirar aceleradamente, dejó de toser, y su mano apretó la mía con más fuerza.

—George, gracias por todo lo que has hecho por mí —le dije.

—Gracias a ti, Emma —dijo con un hilo de voz apenas audible.

—No digas nada —respondí y una lágrima resbaló por mi mejilla.

—La felicidad, céntrate en ser feliz.

Solo pudo decirme eso y expiró. Su cuerpo dejó de respirar, su mano dejó de apretar la mía, y me quedé en silencio por más de una hora. Paralizada, sin saber qué hacer, a quién llamar. Pensando en sus últimas palabras, sin llegar a comprenderlas, solo las repetía en mi cabeza. ¿Cómo iba a centrarme en ser feliz? Si el hombre que me daba paz, tranquilidad y protección acababa de desaparecer.

Le abracé con fuerza, y lloré. Después cubrí su cuerpo con la manta que descansaba sobre él hasta media cintura. Recogí todos esos pañuelos que estaban en la mesita de noche, y abrí las ventanas de la alcoba.

Salí de allí lentamente, y antes de cerrar la puerta de su dormitorio cerré los ojos para recordarlo una última vez, pero por más que intentaba y buscaba recuerdos bonitos a su lado, ninguno me resultaba fácil de recordar, solo su rostro pálido, y su cuerpo inerte se me mostraba como último recuerdo. Así es que decidí que Simon no podía verle en ese estado.

Bajé en mitad de la noche a la cocina, y allí hice llamar al servicio por medio de las campanitas de llamada. A los pocos minutos bajaron temiendo lo que yo les iba a contar. Les pedí que llamaran a su colega el doctor Chamberlyn para que agilizara aquel duro proceso, después le daríamos sepultura junto al amor de su vida.

Flores blancas, lirios y rosas, ropas negras, y llantos del servicio, ese era el escenario de aquel día.

La misa fue corta, pero digna, las palabras de sus seres más cercanos eran todo elogios para George, y Simon era aún tan pequeño que tan solo repetía una y otra vez que quería que papá se despertase para ir a jugar con él. Duro, todo era muy triste, y se estaba volviendo muy complicado de soportar, sobre todo por Simon, qué no iba a entender por qué su padre se había marchado de este mundo y ya no le acompañaría en sus paseos por el jardín, en sus lecturas nocturnas, sus risas, y juegos.

Y si no era lo suficientemente difícil aquel día, no iba a mejorarlo en absoluto que mis hermanas aparecieran junto a sus esposos en el velatorio de George.

—Sentimos mucho que estés pasando por este momento —dijo Jane.

—Rebosas felicidad de que la verdad esté cada día más cerca después de lo que ha ocurrido —respondí.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —dijo horrorizada—. Nunca me alegraría de una muerte, aunque con esta se esclarezca un secreto.

—Ya está bien, iros de aquí. Mi esposo está todavía de cuerpo presente, no comprendo tu frialdad.

—Jane, Oliver te está buscando —dijo Eliza alejándola de mí.

Ella me abrazó, me preguntó por mi estado, se preocupó por Simon, y me acompañó hasta una butaca para que descansara. No me hizo preguntas, solo me acompañaba.

—Seguro que a todos les extraña que no vague por la mansión como un alma sumida en la pena, pero a pesar de que siento dolor de no haber podido ayudarle a alargar sus días, y sé que voy a añorar su compañía, ver cómo se desvivía por Simon... No le amaba, no imagino como

puede ser que el amor de tu vida desaparezca de este mundo, que sepas que nunca, nunca jamás podrás volver a estar a su lado. No es ese el sentimiento que albergo, Eliza. No me muero por dentro, solo estoy triste.

—Era un buen hombre, no lo conocía, pero estoy segura de que si elegiste estar a su lado junto a tu hijo, tengo motivos más que suficientes para creer que lo era. Ahora no pienses en lo que los demás ven, solo piensa en ti y en Simon, quizá él sí sufra algo más que tú su terrible pérdida.

Volvió a abrazarme, y se quedó toda la mañana junto a mí.

—¿Podemos hacer algo por ti, Emma? —Se acercó Sebastian con Simon en brazos.

—No es necesario, en unos días todo habrá terminado, y nuestras vidas volverán a su cauce —respondí.

Pero allí estaba Jane con su carraspeo particular cuando no estaba de acuerdo en algo.

—Si deseas descansar podemos llevarnos a Simon a casa, te aseguro que jugar con su primo hará que se entretenga lo suficiente para no pensar —dijo Sebastian sonriendo.

—¡No!

Mi negación sonó brusca, pero, ¿acaso no se le había ocurrido que si Russell llegara a ver el rostro de Simon no sabría que era su hijo?

Sebastian volvió su semblante serio, y algo confuso.

—Está bien, nos quedaremos entonces hasta que estés bien.

—¡Simon no irá a Londres! —aseveré.

Sebastian me miró confundido por mi reacción, primero frunció el ceño pareciendo que no entendía nada, y después miró a Simon que lo tenía en brazos y fue cuando abrió mucho los ojos y lo comprendió.

—Espero que no sea cierto lo que ven mis ojos —dijo.

Le arranqué de los brazos a mi hijo y me alejé de él.

Nos escondimos en la habitación de juegos, allí estuvimos al menos hasta pasar el medio día.

Nos quedamos dormidos sobre la alfombra donde días anteriores lo había hecho también con Jane. Y pasado un tiempo me despertó la mano grande y fuerte de Oliver.

Nos había cubierto con una manta, y ahora intentaba que me incorporase para poder hablar conmigo, pero yo me negaba a hacerlo. ¿Qué iba a decirme el mejor amigo de Russell Baxter?

Capítulo 18

Año 1820, Edimburgo



—Emma, despierta, tienes que despertar, debes hacerte cargo de él, no podrás esconderte siempre que desees. ¿Has pensado que no habéis comido nada? Tú puedes hacer lo que te venga en gana, pero... —Miraba a Simon.

Tenía razón, estaba actuando irracionalmente.

—Haré llamar al servicio, que le preparen algo.

—Nos marchamos. La casa se ha vaciado por completo, no queda ya nadie. Debes descansar.

—¿No vas a decirme nada más? —me extrañé.

—Me gustaría, pero no es el momento —dijo resignado.

—Lo que tengas que decirme, dímelo, no importa si es el momento o no —dije, quería acabar cuanto antes con ese tema.

—Veamos —pronunció y acomodó su cuerpo en un sillón invitándome hacer lo mismo con unas ligeras palmaditas sobre el asiento para después continuar hablando—. Más allá de lo ético, porque no es correcto esconderle un hijo a su padre, ¿lo sabes, verdad? —Ahora se rascaba la barbilla—. Para Simon no es justo crecer sin él.

—No me hables de justicia. El hombre al que hoy hemos enterrado era un buen hombre que no merecía la muerte, ¿esa es la justicia de la que hablas? —dije enfadada.

—Emma, no creo que Russell haya hecho nada tan grave como para negarle un hijo.

En ese momento mis ojos se encontraban enfocando la enorme estantería repleta de libros, pero cuando Oliver mencionó aquella noche en la que ocurrió todo, mi espalda se enderezó y mi mirada se dirigió a él.

—¿Emma?

No podía contestarle, ¿qué le diría? Que no me amó como yo esperaba, que fue brusco y nada delicado, que él disfrutó y yo ardí en dolor, que fui estúpida por no pedirle que se detuviera, que yo le quería mientras para él solo era un trofeo más del que alardear más tarde...

—En unos días viajaré a Londres, para cuando haya terminado la temporada me instalaré en casa de tía Rose, con la cabeza más despejada, y mis pensamientos en orden.

—Estoy seguro de que harás lo correcto, y no dudes en pedirme ayuda si la necesitas, recuerda que él es mi amigo, pero tú eres familia —dijo y me tomó la mano entre las suyas para mostrar su cariño.

Para cuando todos se fueron, mi nerviosismo no había desaparecido, al contrario, estaba más activo. Solo pensaba en lo cerca que estaba de que aquel secreto saliera a la luz. En cómo reaccionaría, en cómo se lo diría. En mis motivos. Que ocasión tras ocasión mientras los repasaba no tenían la fuerza necesaria como para justificarme. Y eso era lo que más miedo me daba.

Traté de relajarme para disfrutar de Simon, durante los dos meses que siguieron a la muerte de George me centré única y exclusivamente en mi pequeño, y dejé de asistir a la universidad, ni tampoco me codeaba con esas personas influyentes que mi esposo me había presentado tiempo atrás.

Al terminar el verano di por finalizada la temporada en Londres, y fue cuando me planteé verdaderamente mi regreso con la familia. Tanto fue así que no estaba del todo segura de si volvería a tierras Escocesas, y entonces le pedí a la niñera de Simon que nos acompañara.

El pensamiento que cobraba más fuerza en mi cabeza no era otro que el matrimonio de Russell Baxter, sabía que no tenía derecho alguno a molestarme por ello, pero era tan difícil de controlar mis sentimientos por ese hombre que incluso me enfadaba conmigo misma.

El trajín del viaje dejó a Simon en el más relajado y dulce sueño, mientras que yo mordía con desespero cada una de las uñas de mis dedos, para cuando llegásemos no quedaría nada de ellas, llegué a pensar.

El carro se detuvo, las voces comenzaron a hacerse más sonoras, y el lacayo anunció que habíamos llegado. De no ser porque conocía bien a mis hermanas, sobre todo a Eliza, y ella era discreta y respetuosa, habría pensado que la propiedad se encontraba repleta de invitados. Las cortinillas del carro todavía las mantenía cerradas, Simon dormía tan plácidamente que me daba pena que el sol se colase por las ventanas.

Jane hizo el trabajo, abrió la puertecilla desde fuera y terminó con la oscuridad del interior. Ni siquiera dirigió a mí su mirada, ni tampoco me saludó. En cambio acercó su mano hasta el rostro de Simon y acarició su mejilla. Además lo hizo sonriendo, y eso me llenaba de felicidad, porque no importaba como me tratase a mí, o los desprecios que tuviese guardados para los días venideros si con él era tan tierna y amorosa como yo la recordaba.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Eliza asomando su cabeza.

—Él apenas ha viajado despierto, en cambio yo necesitaré un baño caliente para que mi cuerpo vuelva a ser el de antes. Alguien debería de inventar unas ruedas más blandas para los carros.

Eliza sonrió y me ayudó a bajar, mientras que Jane tomaba a Simon entre sus brazos.

—Pronto se le pasará —dijo Eliza en mi oído dirigiendo la vista hacia Jane.

—No sé, tengo la sensación de que lo que hice es imperdonable.

Eliza abrió mucho los ojos, y entristeció su semblante.

Capítulo 19

Año 1820, Londres



Seis horas después estaba de pie, frente a las gradas de la puerta principal en Hertfordshire Abby, mirando aquella construcción que tanto me había gustado siempre.

Exhalé un suspiro, subí los escalones para entrar en la casa, y con la emoción y nervios del momento olvidé qué era lo que iba a decir.

Antes de golpear con fuerza la madera de la puerta, mi puño se detuvo en el aire y lentamente fui bajando el brazo hasta dejarlo nuevamente junto a mi cuerpo. Me di la vuelta y caminé sobre mis pasos, pero en ese preciso instante mi mundo se vino abajo. Russell Baxter se materializó frente a mí.

—¡Emma! —dijo sorprendiéndose.

Aunque la mayor sorprendida era yo. Verle de nuevo después de que hubiesen pasado algunos meses no creí que me resultase tan acalorada la situación. Pero estaba ocurriendo, estaba frente a mí, tan guapo, tan elegante como siempre, con esa mirada que parecía ser indiferente pero en cambio no lo era, con sus ojos clavados en los míos que resultaba incluso incómodo, y lo más importante de todo, del brazo de Felicity.

—¿Qué le trae por aquí lady Mugreen? —dijo ella apretando los dientes.

—Disculpen mi atrevimiento, solo quería visitar a lady Baxter —mentí.

—Adelante, mi madre se alegrará mucho al verte —dijo Russell soltándose del agarre de Felicity y adelantándose para abrir las puertas.

Escuché como Felicity gruñía mientras caminábamos hacia el interior de la mansión.

El servicio se acercó ávidamente hasta mí y le entregué mis guantes, mi chal y el pequeño bolso que traía conmigo.

Felicity se cruzó de brazos en una postura un tanto severa, se quedó observando la situación, imaginé que muy incómoda para ella. En el momento en el que la miré después de que Russell fuera en busca de su madre, ella miraba la mesa de dulces, y yo a ella. Era hermosa, lucía cabellos rubios claros, bastante corrientes, de hecho muy similar al color de los míos, también sus ojos eran bonitos, preciosos me atrevería a decir. Y si yo había recibido cientos de elogios por la belleza de los míos, estaba completamente segura de que ella duplicaba esas glorificaciones. En definitiva, Russell había elegido una bella señorita para su compromiso. Por más rabia que me diera aquella idea.

Ahí estaban, la vizcondesa y su hijo.

—Querida Emma, qué alegría verte por Londres, ven aquí, vayamos a la sala del té —me dijo estirando de mi mano y llevándome casi a la carrera.

¡Qué prisas! Pensé que no debía tener muchas visitas, y estaría ansiosa de poder hablar con cualquier persona que tuviera ocasión.

—La veo estupenda, lady Baxter —dijo al tomar asiento apresurado.

—¿Y se puede saber dónde has dejado al retoño?

Se me encogió el estómago. ¿Cómo sabía de él? Comencé a ponerme nerviosa, y no se me ocurría qué decirle.

—Madre, me despisto un segundo para despedir a Felicity y desaparecen de mi lado como si fueran estrellas fugaces.

—Te recuerdo que Emma vino a visitarme a mí, no a ti, así es que no comprendo porque te has deshecho de tu prometida —le dijo con tono algo duro.

—Ya dimos nuestro paseo, no había ningún motivo para que continuase por aquí —se defendió.

Su madre le restó importancia a todo lo que se habían dicho antes, y con ademanes repetitivos con sus manos haciéndolas bailar por encima de su cabeza, prosiguió.

—Le preguntaba a Emma que cuando me traería a su hijo para que lo conociera.

Ahora el nudo se me había hecho en la mismísima garganta.

—Es un niño muy travieso, lo pondría todo patas arriba, le aseguro que no querría tenerlo cerca.

Baxter entrecerró los ojos, imagino que pensé en lo mala madre que le resultaba hablando de mi hijo de aquella forma.

—¡Tonterías! He criado a un niño casi endemoniado, no dejaba de correr, de pintarlo todo a su paso, me hacía pasar malas noches, comía fatal, y nunca quería ponerse los zapatos. Y aun así no dudaba un solo día en tenerlo junto a mí el máximo tiempo posible.

Igualito a su padre, pensé al escucharla. Simon no paraba quieto desde el amanecer hasta que se quedaba bien dormido, en cuanto al dato de los zapatos, era extraño que ocurriera lo mismo, pero así era, nunca quería ir calzado.

—Podríais venir mañana, hay un baile en la casa —Baxter lo dijo alegremente.

—¡No! —respondí yo de forma seria.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Hijo, un baile nocturno no es el lugar idóneo para un niño —dijo lady Baxter salvándose la vida, porque de haber respondido yo, no hubiese caído en tan sencilla respuesta.

—Pues entonces te espero a ti, Emma.

—Haz el favor de marcharte de una vez, queremos hablar de cosas de mujeres y en tu presencia es muy complicado, no deberías de haber echado a tu prometida.

De nuevo se me encogió el estómago, que a estas alturas debía de ser ya del tamaño de una semilla con tanto susto.

Russell asintió, y yo sentí un rubor en mis mejillas como si el mismísimo fuego se colocase allí sobre mi piel cuando me miró al despedirse. No sabía bien el sentimiento que me acechaba cuando me miraba a los ojos, pero a través de ellos tenía la sensación de que podía ver su alma. Y si no fuera por el recuerdo impreso en mi memoria de aquella noche, me atrevería a asegurar de que era amor lo que sentía por él.

Al poco de cerrarse la puerta del saloncito, no desperdició nada de tiempo lady Baxter.

—Emma, siempre he dicho que eras un ángel para esta familia, y lo continuó pensando, solo pretendo que puedas confiar en mí si te ocurre algo —me dijo con tono dulce y acariciando la tela de mi falda que descansaba sobre mis rodillas.

—¿Por qué dice eso?

—Desde tu regreso para el funeral de tu tía has regresado diferente. ¿Dónde se encuentra esa sonrisa que lucía brillante en tu rostro? ¿Y esa forma de hablar que no se detenía nunca?

—Será la edad —respondí.

—Pues como sigas así, dentro de pocos años habrás quedado muda, jovencita.

—Vine a saludarla, me apetecía verla —quise cambiar de tema.

—¿Estás segura de que deseabas verme a mí?

—¿A quién sino? —pregunté a la defensiva.

—Pues le daré una pista, o quizá varias, porque resumir todo en una es algo difícil. Es un poco entrometido, no tiene demasiada perspicacia, es guapo y elegante, un caballero de pies a cabeza, y lamentablemente no tuvo un padre que le enseñase ciertas cosas a la hora de hacer un buen cortejo a una dama.

Me eché a reír de forma inmediata.

—No, no vine por él —volví a mentir.

—Pues lamento entonces lo que voy a decir, pero no puedo guardármelo por más tiempo para mí. —Sostuvo mis manos entre las suyas después de hacerme mirarla a los ojos— Russell está profundamente enamorado de ti, Emma, y me temo que siempre vivirá con los mismos sentimientos, por más Felicity Prottington que exista a su lado.

Me zafé del agarre de sus manos que retenían las mías con fuerza y me las coloqué sobre la boca.

—No vuelva a decir eso, ¿se lo ha dicho él?

—Para una madre no son necesarias las palabras, una conoce bien a su hijo, ¿no cree que tengo razón? Eres madre...

—Se ha hecho tarde, debo de regresar. —Me levanté y sin más salí de allí recogiendo mis guantes, colocándome el chal y mi bolso.

Antes de bajar la escalinata del exterior, frente al jardín se encontraba Russell. Parecía que esperaba mi salida de un momento a otro, y yo le sonreí antes de hacerle una pequeña inclinación de cabeza para anunciar mi despedida.

—Un momento, no me has respondido aún —dijo acercándose.

—No recuerdo que tuviese que responder a ninguna pregunta.

—¿Vendrás al baile mañana?

—Un baile con motivo de...

—Eso no es lo importante, ¿vendrás?

—No estoy segura, Simon en ocasiones me echa de menos, no puedo confirmarte nada.

—Es importante saberlo —insistió.

—Pues solo lo sabrás si me ves entrar al baile —respondí divertida.

—Eso era lo que intentaba decirte, que no creo que te vea.

—¿Me invitas a un baile y tú no estarás presente? —Vaya si me estaba divirtiendo.

—Oh, sí, claro que estaré. Solo que dudo que nos reconozcamos, es un baile de máscaras.

—¿Máscaras? ¡Qué divertido! Nunca he asistido a uno, y creo que solo la idea de intentar adivinar quien es quien me resulta fascinante.

—¿Eso quiere decir que te veré?

—¿Crees que podrás averiguar quién soy?

—Acepto el juego, ¿y si lo adivino podré pedirte algo? —Su mirada pasó de divertida a seductora.

—No te he propuesto ningún trato, pero estoy tan segura de que no me reconocerás que sí, podrás pedirme lo que desees —Me reí.

—Recuerda que has dado tu palabra.

—Seguro que me crees la más tonta de las tontas, si he aceptado es porque nunca, y repito, nunca me reconocerás.

—Te acompañaré hasta el carro. —Fue ávido y cambió de tema fácilmente.

No temía estar a solas con él, además de que el carro solo estaba a pocos metros de donde nos encontrábamos. Y quizá fue esa seguridad la que hizo que bajara la guardia.

Cogió mi mano para ayudarme a subir al carro, pero antes de que pusiera ni un solo pie sobre el escaloncillo, tiró de mí, y entonces no tuve ni un segundo para reaccionar, ni para respirar tan siquiera. Sus labios estaban sobre los míos, no los recordaba así, eran mucho más suaves, y escandalosamente tiernos al tacto con los míos. Estaba sucediendo todo con lentitud, Baxter deslizó sus labios sobre los míos y aquello hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. El roce de nuestras bocas me producían ligeras descargas en el interior de mi sexo. Y sentía hormigueo por todo el cuerpo. Solo estaba besando mis labios, pero en cambio yo lo sentía hasta en mi nuca, era un relámpago de sensaciones que recorría todo. Su mano apoyada sobre mi cintura la fue moviendo hasta colocarla en mitad de mi espalda, y así ejercer fuerza para acercarme más a él. Poco a poco iba sintiendo más fuego, el calor crecía por segundos. Todo en mí comenzó a arder cuando nuestros cuerpos se quedaron pegados desde la cabeza hasta los pies. Me sentía pequeña entre sus brazos, él era grande y fuerte.

—Déjame tocarte —susurró.

—Baxter, estás a punto de casarte.

—Pídeme que no lo haga —me dijo retirándose un poco para mirarme a la cara.

—Oh, Baxter, ¿qué estamos haciendo? Estás a punto de comenzar una vida, y yo... —Despegué mi cuerpo del suyo y subí al carro.

Baxter golpeó el lateral del carro con dos fuertes golpes para que el cochero saliera.

Ya con el carro bastante alejado de la entrada de la casa, asomé la cabeza por la ventanilla. Miraba hacia atrás, mirando al pasado, ese pasado que continuaba colándose en el presente, y que yo no hacía nada por evitarlo.

Al llegar a casa, Jane y Eliza esperaban junto a Simon, lo mantenían despierto hasta tarde, y aunque no era lo correcto, no estaba en posición de prohibírselo, las había ignorado, les había ocultado a su sobrino, y ahora que estaba junto a ellas querían recuperar todos los años perdidos.

—¿No debería de ser hora de irse a la cama? —dije para intentarlo.

—Sí, mamá tiene razón, además mañana iremos al lago a ver a los cisnes —le decía Jane cogiéndolo entre sus brazos.

—¿Vendrás con nosotros? —En esta ocasión se dirigió a mí.

Miré sorprendida a Eliza, la que me sonreía disimuladamente.

—Claro, me encantará ir con vosotros.

—¿Estaremos de vuelta pronto? —preguntó Eliza.

—¿De verdad vas a asistir al baile de máscaras? Es increíble que a la gente le gusten esas cosas.

—Pues a mí siempre me ha parecido de lo más divertido. Jugar a adivinar quién es quién.

Ambas me miraron con las cejas levantadas.

—¿Irás? —preguntó Jane.

—Lo estoy pensando —respondí.

—Yo cuidaré de Simon, ve y pásalo bien.

—Jane, vino su niñera, no es necesario que te sacrifiques.

—Estará mejor conmigo. Soy su tía —dijo sonriéndole y plasmando un beso sobre su cabeza.

Capítulo 20

Año 1820, Londres



Un día de lo más ajetreado nos había devuelto a la más pura de las calmas en la casa. Mientras que Simon se preparaba para el baño, la cena que llenaría ese estómago insaciable, y su dulce sueño reparador, Eliza y yo sacábamos disfraces del baúl de la tía que habían caído en el olvido.

—¿Crees que este se lo puso en alguna ocasión? —dijo entre risas.

—Qué mal pensada eres. Ese debe de ser el uniforme de una criada que seguro perdieron en algún momento.

—Yo creo que tengo tu disfraz perfecto —dijo estirando de un pedazo de tela gruesa.

—No pienso colocarme esa cortina.

—¿Prefieres uno de tus vestidos hechos a medida y que dejan ver tu figura tremendamente reconocible? —dijo con sarcasmo.

—Pues entonces me pondré uno vuestro que sois más altas, más grandes, y menos estilizadas que yo —dijo entre risas.

—Muy graciosa, también puedes ponerte algún viejo y feo vestido de nuestra difunta tía.

—Buena idea, me pondré un aburrido y horrible vestido de tía Rose.

—Máscaras hay suficientes para elegir, parece que la tía asistió a muchos bailes de este tipo —Eliza abrió una caja repleta de ellas.

Golpeteando el suelo con mi pie no dejaba de mirar el reloj del gran salón, esperaba a Eliza por más de diez minutos. Me encontraba nerviosa, tanto que no podía dejar de mover mi cuerpo de un lado para otro.

—Ya estoy —anunció finalmente.

—Llegamos tarde —le dije impaciente.

—¿Cuándo te ha importado a ti llegar pronto a un baile?

—Este es diferente, si llegas tarde, todas las miradas se posarán en ti, entonces habrá muchos intentando averiguar quién eres.

—Y qué más da eso. Al final de la noche todos sabremos nuestra identidad. Es la norma.

—¿Qué norma?

—A medianoche, todos nos retiraremos las máscaras.

Eso lo desconocía, Russell había intentado engañarme. Sentí un poco de rabia, pero me conformé con que no supiera quien era al menos hasta medianoche.

En esta ocasión conocer al anfitrión no era importante, porque lo de pararse a hablar con él sería un grave error, ya que la imagen decía quién era yo, pero mi voz también me descubriría.

¿La suerte? pues que muchas damas de aquel baile pensaban de la misma manera que yo, y aquello retrasaría a mí favor el descubrimiento de mi identidad.

—Buenas noches, lady Cevandall, es un placer tenerla entre nosotros esta animada noche.
—Pude reconocer la voz masculina de Russell a mis espaldas.

—Joven, el placer es mío, que usted se vaya a casar con la hija de mi primo es todo un honor para la familia —le respondió la señora.

—Bueno de momento solo estamos prometidos, ahora necesitamos conocernos mejor, siempre he pensado que el matrimonio no debería de ser impuesto por las familias, y que si lo que verdaderamente se pretende es uno bien sólido entonces ambos se deben conocer profundamente.

—Pero joven, tenga en cuenta que usted no puede ir conociendo a cientos de damas y después elegir a la que más le entusiasme.

—La que más me entusiasma no está interesado en mí. Así es que ahora tengo que elegir a la que más feliz se pueda ser junto a ella.

—Gran elección, pero yo de usted insistiría con esa dama que dice no estar interesada en usted.

—Es algo difícil.

—Pues solo me queda que alegrarme porque de esa manera será para la hija de mi primo, y debo de reconocer que es usted un hombre muy inteligente.

Fui testigo de aquella conversación sin querer, pero sin querer tampoco alejarme de poder escucharla.

Me pasé gran parte de la noche escondiéndome de Russell porque algo me decía que si nos cruzábamos él terminaría reconociéndome al poco tiempo. Y como ya se acercaba la hora de retirarse las máscaras, decidí que debía irme antes, sino, ¿qué lógica tendría continuar escondida tras ella si todos los demás lucirían su rostro desnudo? Sería como gritar mi nombre si terminábamos encontrándonos.

Simulé un terrible dolor de pies con la excusa de permanecer demasiado tiempo de pie, y

me despedí de Eliza y Sebastian quienes se divertían charlando con muchos de los invitados.

Al salir al patio a través de una de las terrazas vi a Russell Baxter discutir acaloradamente con Felicity. No debí presenciar aquella escena, entre otras cosas porque me pareció humillante el momento en el que ella le arremetió un bofetón en la mejilla de Russell. Él se colocó la mano sobre el golpe y cerró los ojos, mientras en cambio ella, lejos de pedirle perdón por tan humillante acto, le gritó improperios nada adecuados para una dama.

Me marchaba tratando de no llamar la atención cuando antes de bajar los cinco o seis escalones de la terraza que dirigían hasta donde se encontraban los carros aparcados, noté la presión de una mano sobre mi hombro desnudo.

—No te marches todavía —dijo Russell con una voz lánguida y derrotada se podría decir.

—Es tarde —traté de imitar la voz.

—No es necesario que lo hagas, sé desde el primer momento en el que entraste en mi casa quién eras.

—Mientes.

—Nueve y diez minutos, puerta lateral del salón, acompañada de un hombre de altura extraordinaria. Imaginé que quisiste despistarme, enseguida supe que era Sebastian, el esposo de tu hermana mayor. Intentaste simular una cojera para que no reconociera tu caminar, pero a los pocos pasos desapareció la cojera de inmediato.

—¿Por qué no me lo has dicho en toda la noche?

—Se te veía entretenida huyendo de mí, y yo reconozco que me estaba divirtiendo.

—No huía, solo intentaba ganar aquella apuesta estúpida. Y la he ganado.

—Yo creo que no.

—Deberías de haberme descubierto antes, ahora no te creo.

—Si lo hubiese hecho, ahora no estaríamos conversando, y no hubiese podido verte durante toda la noche.

—Pero querías pedirme algo, y ahora ya no puedes.

—Lo intentaré igualmente.

Mi cuerpo se estremeció al ver mover sus labios. No tenía por qué obedecerle, de eso yo estaba convencida, pero escucharle pedirme algo me dejaba paralizada, y además si lo tenía tan cerca como lo estaba ahora de mí, aún más.

—No tengo porqué aceptar, recuerda que no has ganado.

—Sí que lo hice, pero disfrutaba tanto o más con tu presencia en mi casa, te lo dije antes.

—Adelante pues, pídemelo aquello que deseas pedirme.

—Un baile.

Tragué saliva. Trataba de no romper a reír debido a los nervios. ¿Qué demonios, todavía insistía con eso del baile?

—Estás prometido Russell.

Él sacó del bolsillo de su chaqueta algo y me lo mostró. Era el anillo que Felicity había estado enseñando aquella tarde. ¿Quería decir con eso que ella se lo había devuelto?

—Ya no lo estoy.

—¿Cómo ha podido pasar? —pregunté.

—Es probable que hablara más de la cuenta con un familiar que no creí cercano a ella, de todos modos, que me haya dejado ella me da la tranquilidad en estos momentos como para atreverme a pedirte que bailes conmigo.

—Lo siento, pero no es lo correcto, soy una mujer viuda y además ha sido recientemente, no debo pasar tanto tiempo en compañía de un hombre.

—Yo no soy un hombre cualquiera, Emma.

Cogí aire y me llené de fuerzas para decir lo que estaba a punto de que supiera.

—Claro que no, eres ese hombre que me hizo pensar en el amor de la forma en la que jamás hubiese imaginado hacerlo. Que me hizo dudar de mis deseos, porque hubieras sido la única persona en el mundo por la que no me habría marchado a Edimburgo a estudiar, pero todo lo estropeaste aquella noche. Porque además de ser ese hombre que me hacía sentir especial, que me hacía flotar separando mis pies del suelo, que me miraba como nadie lo había hecho jamás, y que sin duda crecía un sentimiento puro y ardiente en mi interior en cada ocasión que te veía, también eres ese hombre que me hizo arder en dolor cuando no debía de ser así.

Vi a Russell confundido, mostrando su nariz arrugada, con los ojos entrecerrados y arrugando más que nunca su frente. Después abrió los ojos todo lo que pudo, y finalmente se cubrió la boca con una de sus manos.

—¿Has estado todo este tiempo pensando eso de mí? ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Que me hiciste el amor de la manera más brusca que un hombre podría hacerlo.

—Lo lamento. No sabría como excusarme, Emma. Yo... yo solo... —Sus ojos se le cristalizaron.

—No hace falta que digas nada. Fue después cuando comprendí que lo que buscabas era desahogo para ti, calmar tus necesidades con mi cuerpo.

—No, no pienses eso, es solo que yo...

—No insistas, no hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión.

—Emma, ¡por Dios! No imaginaba que estuvieses sufriendo. Mis únicas veces habían sido con fulanas. ¿Lo comprendes? Esas mujeres no me enseñaban a amar, además de que cabe decir que no era doloroso para ninguna de ellas. Fui un verdadero egoísta al no pensar en ti, lo sé. Pero yo te quería, te quise siempre. No debiste marcharte, tenía derecho a saberlo, debías de habérmelo dicho.

Derecho. Derecho a saberlo. Aquellas palabras resonaban en mi cabeza todo el tiempo. Derecho a saber que tenía un hijo, eso era cierto, pero ahora que lo había visto tan enfadado por algo que hizo él, ¿cómo se tomaría enterarse de la existencia de un hijo? No. No podía decírselo, era imposible hacerlo.

—Por favor, concédeme el privilegio de tener tu compañía durante un baile. Déjame ayudarte a recordar lo bien que estábamos juntos.

Pasar tanto tiempo con él no era lo ideal, y a pesar de la presión de mi familia en que le contase de la existencia de Simon, yo todavía no había elegido el momento de hacerlo. Así es que decidí que ese iba a ser el momento en el que la verdad saliese a la luz, durante el baile.

—Está bien. Tendremos ese baile que tanto ansías.

—También me gustaría conocer a tu hijo, porque estoy seguro de que después de ese baile pasaremos mucho tiempo juntos, y yo comprendo que no quieras separarte de él.

—Todo a su tiempo, es solo un baile, que en el mejor de los casos nos puede llevar, ¿qué, diez minutos? además él está muy a gusto con mis hermanas, han estado mucho tiempo separados. Desde que llegamos a Londres son ellas las que no se alejan demasiado de Simon.

Recordar a Simon y tenerlo a él tan cerca de nuevo me paralizaba. Entre otras cosas, dejando el parecido a un lado, me preguntaba cómo iba a reaccionar cuando le dijera que Simon era su hijo. Temía ese momento.

—¿Por qué tengo la sensación de que ninguna de tus hermanas sabía de tu hijo? —me preguntó.

—Bobadas, siempre lo supieron, pero mis estudios me robaban demasiado tiempo como para viajar hasta Londres —mentí.

Capítulo 21

Año 1820, Londres



—Tienes una oportunidad de oro, aprovéchala.

Eliza y Jane insistían en que nada más ver a Russell debía rebelar mi secreto. Pero no era algo de lo que yo estuviese nada convencida de hacer.

—Lo haré cuando tenga la ocasión oportuna, dejad de presionarme, o acabaré desapareciendo. Y si lo hago no os molestéis en buscarnos, porque no nos encontraréis nunca.

—Ni se te ocurra alejarme de mi sobrino de nuevo, eso sí que no te lo podría perdonar jamás —Jane me señaló mientras me gritaba aquello.

—Ya está aquí —anunció Oliver traspasando la puerta del dormitorio después de golpear con sus nudillos antes de entrar.

—Me voy, rezad por mí —dije cargada de miedo.

—No te olvides de quién es, Russell es un buen hombre —pronunció Oliver cuando pasé por su lado.

Russell Baxter sonrió al verme abrirle la puerta. Ojalá esa sonrisa hubiese durado para siempre, recuerdo que pensé en aquel momento.

Cuando vio que me despedía de mi familia para marcharme con él arrugó su frente.

—¿Ocurre algo? —pregunté.

—Tu equipaje, no veo ninguna maleta por pequeña que sea...

—No necesitaré nada más que lo que llevo puesto. Es solo un baile, ¿o acaso pretendes secuestrarme después del baile y es por eso por lo que debería llevar conmigo maleta?

—Emma, te dije que después de ese baile no nos volveremos a separar —dijo sonriente.

Ignoré lo que me dijo, pero me gustaba tanto o más escucharlo. Todo era tan bonito que hasta había dejado de pensar en aquella noche en la que me infringió dolor.

—Pasadlo bien —añadió Oliver.

—Gracias, amigo —respondió.

—Cuidad de Simon —dije.

—Oh, quisiera conocerle, ya que estoy aquí... —Frenó su paso y temí lo peor.

—No es preciso que retraséis vuestra llegada, no te preocupes por conocerlo. Estoy convencida de que vas a tener todo el tiempo de tu vida para hacerlo.

La charlatana de Jane no dejaba de hacer comentarios desafortunados al respecto, y yo no dudé en arremeterle un pisotón antes de abandonar la casa.

Me centré única y exclusivamente en disfrutar lo que esa tarde me regalase. Conocía bien a Baxter y estaba convencida de que después de revelar el secreto no me volvería a mirar de la misma forma en la que lo hacía ahora.

Subimos a un carro que nos conduciría al esperado baile. A pesar de haber dado por finalizada la temporada, Rose Davenport se había atrevido a retrasar la invitación a decenas de señoritas en su hogar. Todos imaginábamos que sería por un buen motivo y más que interesado para ella. Si se daba por finalizada la temporada, las damas que no habían sido cortejadas aún, estaban libres, y así ella reduciría el círculo de manera fácil para emparejar a su hijo Joseph.

Russell era vecino de los Davenport y por eso su invitación. La mía, a pesar de ser viuda, nunca llegó, pero claro, ¿qué madre desea una viuda y con familia para su hijo? Ninguna.

—Sé que te he dicho ya varias veces que estás preciosa, pero es que cada vez que te miro tu belleza me paraliza el habla y tan solo me alcanza para decirte esto.

—Pues prefiero al Baxter menos estúpido y más conversador —le dije ante la posibilidad de que durante todo el tiempo que pasara junto a él solo le escuchara hablar de mi belleza.

La llegada al baile fue un tanto escandalosa. Yo estaba tan concentrada en cómo sería el momento en el que le diría la verdad a Russell, que no se me pasó por la cabeza cómo reaccionarían todos al vernos entrar a la mansión Davenport juntos.

Las miradas de muchas se dirigieron a mí, aunque eso era algo normal, porque iba de la mano del soltero de oro, y sumándole emoción, pues acababa de romper su compromiso con Felicity Prottington.

Pasados unos cuantos bailes todo volvió a la normalidad, los caballeros no dejaban escapar la oportunidad que se les brindaba y todos intentaban cortejar a las damas que encontraban interesantes, entre ellas Felicity.

A Russell no se le hizo nada incómodo pasear junto a mí mientras ella nos miraba, pero yo le susurraba lo vergonzoso de la situación creyendo que nadie nos escuchaba.

—Lo entiendo a la perfección, señora... —La voz de Joseph me sobresaltó. Aunque lo que más lo hizo fue verlo sin la compañía de su madre.

—Joseph Davenport, me sorprende no ver a su madre junto a usted —dije inclinando mi

cabeza como saludo y ofreciendo mi mano cuando él la pidió para saludarme de forma cortés.

—Es usted una de las Lawson —dijo sonriendo—. Debo de darle las gracias por su atrevimiento en aquella ocasión anterior en la que tuve el placer de que se cruzara con mi madre, y le dijese todo aquello que le dijo, es por eso por lo que ha soltado mi brazo de una vez por todas.

—No sabe cuánto me alegro, por usted sobre todo, porque no tengo duda alguna de que esta misma noche podrá elegir entre muchas de las jóvenes que han aceptado su invitación.

—¿Y usted? —me preguntó.

—Ah no, a mí no me invitó, yo vine acompañando al señor Baxter.

Quién se había ocultado entre las sombras para colocarse justo a mi lado cuando fue nombrado.

—Una pena haber cometido tal error, mi madre debería de haberla invitado —dijo intentando cortejarme.

—Debería de tener respeto por una mujer viuda, vaya a la caza por otro lugar que no sea este —le dijo Baxter señalando con su dedo índice a lo lejos.

—Así lo haré si la señorita Lawson lo desea. —Me miró a mí.

—Señora Mugreen, no señorita, y sí, así lo deseo Joseph. Suerte esta noche —dije sonriéndole.

En ese instante en el que conseguí que el joven Davenport se alejara de manera elegante, parece ser que alguno de los caballeros que disfrutaban de tan animada velada, escuchó como nombraba el apellido de mi difunto esposo. Y educadamente se colocó frente a mí para hacerme saber que conocía a George y darme el pésame.

—Perdón por la intromisión, pero no he podido ignorar el momento cuando pronunciaba que su esposo era el doctor Mugreen. Una eminencia sin duda alguna.

—Buenas tardes, ¿es usted...? —pregunté después de saludar.

—Disculpe, mi nombre es Eduard Chopperting, pero no importa quien sea yo. Lo importante era recordar quien fue su esposo. Salvó la vida de mi hijo cuando nadie más conocía su enfermedad. De no ser por él ahora no hubiese cumplido los tres años. Por cierto casi la misma edad que estará a punto de cumplir su hijo.

—Encantada, señor Chopperting, no sabía de usted. Agradezco sus palabras hacia mi difunto esposo, y con respecto a Simon, él es un poco más pequeño —dije decidida a intentar detener el rumbo que la conversación estaba tomando.

—Espero que la salud que le devolvió a mi hijo sea también la que siempre goce el suyo.

—Muchas gracias, ahora si no le importa estoy acompañada —le dije y sonreí de forma impostada.

—Perdone, su hermano, ¿verdad? —dijo mirando a Russell y estrechando su mano con fuerza—. Es igualito a su hijo —me dijo de nuevo dirigiéndose a mí—. Lo conocí el día que el doctor dio el alta a mi pequeño, y al verle a usted no he podido evitar recordar su rostro. Los genes familiares han sido egoístas en este caso. —En ese momento miraba a Russell.

—Que tenga una buena tarde —le dijo a Chopperting, y de manera brusca agarró mi brazo retirándome del salón donde todos los invitados bailaban animadamente.

Era evidente lo que había ocurrido, pero aún más lo que estaba por llegar. Así es que tomé aire para calmar la ansiedad que estaba sufriendo en ese momento y le pedí salir de allí. Lo último que deseaba era que aquella fiesta de los Davenport se volviera un juicio hacia mí cuando las paredes se hicieran eco de los gritos que estaban por llegar.

Capítulo 22

Año 1820, Londres



—Vayamos lejos de aquí, por favor te lo pido —le dije en tono sereno.

Russell me miraba, parecía saber ya todo lo que yo estaba a punto de decirle aun sin haber comenzado a hablar.

Su mirada era pacífica, no había rabia, no parecía tener odio.

—Sí, será mejor que cancelemos el baile. Salgamos de aquí de una vez.

Estaba enfadado, eso sí que lo noté en sus palabras.

Subimos al carro que esperaba en la puerta de la mansión Davenport. Todo parecía carecer de importancia ya. Estaba comenzando a llover pero que mis ropas terminasen empapadas, o que mi cabello acabase despeinado debido a la lluvia, ya no era algo por lo que me fuese a alterar en ese momento.

Russell permaneció en silencio gran parte del camino. No miraba a ningún lado, solo a sus pies. Y yo hubiese preferido escucharle gritarme, o verle inquieto, porque aquella situación estaba siendo más dura de lo imaginado.

Me atreví a hablarle.

—¿No vas a decir nada? —Intenté tocar su brazo que se apoyaba ligeramente sobre la portezuela del carro.

—Esperaré a que seas tú quien tenga algo que decirme.

—¿A dónde me llevas?

—Cuando lleguemos lo verás.

El carro se alejó de todos los caminos que yo creía conocer. Además estaba anocheciendo, y ver algo reconocible era cada vez más difícil.

Al poco se detuvo, y alguien nos abrió la puertezuela del carro desde afuera. Era un hombre ataviado con un elegante traje que parecía ser de servicio. No conocía que Russell tuviese otro hogar y además que gozase de servidumbre completa.

Continuó siendo educado conmigo, me hizo pasar al interior de la casa. Retiró de manera sutil la chaqueta que había colocado sobre mis hombros antes de bajar del carro para que no

terminase empapada.

Mandó traer al servicio un té caliente, y toallas para terminar de secar nuestros rostros y brazos, y después de eso, se sentó paciente sobre un butacón que estaba situado en un lado del salón.

Para cuando estábamos secos al completo, y yo sostenía entre mis manos la taza de té caliente, él se volvió un poco inquieto y comenzó a caminar de un lado a otro. No me atrevía a hablar todavía, no sabía qué era lo que esperaba que dijese.

—No comprendo tu silencio. —Me miró duramente.

—Lo siento —me atreví a decirle.

—¿Qué es lo que sientes, Emma? —Ladeó su cabeza para escuchar mejor lo que le tenía que decir.

—No lo sé —respondí temerosa.

—Necesito que lo digas, necesito que me digas lo que yo ya creo saber. ¡Dilo! —gritó.

—Me hiciste daño. Me fui lejos persiguiendo un sueño. Lejos de ti, de quien creí egoísta y de quien no quería volver a ver —pronuncié.

—¿Cuándo te enteraste? —me preguntó.

—A los dos meses de estar allí.

—¿Y no se te ocurrió que merecía saberlo? —Sus ojos se cristalizaron.

—Tuve la oportunidad de ser lo que más deseaba en el mundo, tú no lo entiendes.

—Me llamaste egoísta por no pensar en ti cuando disfrutaba del sexo. Fui culpable, lo reconozco, no lo hice bien, pero no sabía todo ese dolor que tú estabas sintiendo.

—Lo fuiste. Fuiste egoísta.

—¿Tú no lo fuiste ocultándome que tenía un hijo? ¡Por el amor de Dios! ¡Emma!, un hijo. ¡Has visto cada día durante más de dos años a mí hijo mientras que yo no sabía ni que existía! —Gritaba tanto que empecé a asustarme.

—Y juro que no lo pensé, nunca pensé que acabases enterándote de que existía. En mis planes no entraba regresar a Londres, en mis planes no entraba tampoco volver a cruzarme contigo, y menos aún volver a sentir todo lo que siento cuando estoy cerca de ti.

—Ya no me sirve, Emma. Me has hecho tanto daño ocultando que él es mi hijo, que jamás podré perdonarte algo así.

—Pero... —Rompí a llorar.

—No hables, guarda todas tus palabras para cuando tengas que hablar en los tribunales.

Enmudecí del susto. Aquello no esperaba que ocurriese, pero estaba en su derecho.

Capítulo 23

Año 1820, Londres



Me dejó allí, sola. Él se marchó enfadado, y yo me quedé esperando a que regresara más calmado, o tal vez más encolerizado. También barajaba la opción de que me echase de su propiedad, no sabía bien que iba a ocurrir en ese momento. Y no pasó nada, quedé sentada en un cómodo sillón grande hasta que amaneció y una persona del servicio me comunicó que un carro me esperaba para llevarme de regreso a mi casa. Intenté averiguar dónde estaba él, pero el servicio no me dijo nada al respecto.

En todo el tiempo que duró el viaje hasta la casa de tía Rose, no hacía otra cosa sino que pensar en lo que había hecho yo. En la equivocación tan grande que había cometido tomando la decisión tan poco acertada que tomé en el pasado.

Al pasar el umbral de la puerta, tanto Oliver, Eliza, Sebastian y Jane estaban allí, esperándome junto a Simon.

Corrí a abrazarlo, lo apreté fuerte hasta que un quejido salió de su boca debido a la fuerza que ejercía presionando mi cuerpo contra el suyo.

—¿Y bien? —preguntó Jane.

—Mejor dicho mal —respondí.

—¿Le dijiste todo? —preguntó Oliver.

—No hizo falta, un conocido de mi esposo se cruzó con nosotros en el baile y mencionó el terrible parecido de Simon con Russell.

—Que hizo, ¿qué? —Sebastian preguntó extrañado al no comprender lo que había ocurrido.

—Sí, creyó que Russell era mi hermano —Miré a Simon después para terminar de decir lo siguiente—, su tío. Dijo que la genética había ganado, y que eran absolutamente similares.

Eliza se cubrió la cara al escucharme.

—Pero habéis pasado la noche juntos... —dijo Eliza.

—No, él no estuvo conmigo. Me dejó en alguna propiedad imagino que suya y él se marchó. En la mañana un lacayo me trajo de regreso aquí.

—¿Dónde está Russell ahora? —preguntó Oliver.

—Debe de estar buscando al mejor abogado del país, porque dijo que me llevaría a los tribunales.

Mi voz carecía de vitalidad, estaba pasando por el peor de los momentos de mi vida. Si quedarme embarazada creía que era lo peor que me había ocurrido en aquel momento en el que pasó, esto de ahora lo multiplicaba por un millón. Solo de pensar que podría alejarme de Simon para quedárselo para él me hacía sentir un dolor en el pecho que detenía cualquier flujo de aire que necesitaba para respirar.

—Hablaré con él, no puede hacer eso. —Oliver cogió su sombrero de la entrada y salió a toda prisa.

—Mamá tengo sueño —dijo Simon frotando sus pequeños ojos.

Miré a Jane, ella se encogió de brazos, y después me reveló que no había querido dormir en gran parte de la noche porque yo no estaba.

No nos movimos de la entrada en mucho rato, tanto que cuando Russell Baxter atravesó la puerta de la casa, esa que Oliver había dejado abierta por descuido, todavía permanecíamos en el mismo lugar.

—Russell, Oliver ha ido en tu búsqueda —dijo Jane colocándose delante de él.

—No es a él a quien quiero ver ahora, ¿no crees? —le respondió con un tono más que severo.

—Mamá, ¿quién es este hombre? —Simon era pequeño, pero sus más de dos años le hacían mostrarse muy curioso casi en todo momento.

—Este hombre... —me quedé muda cuando tenía que decir quién era.

—Hola —dijo colocándose de rodillas frente a él—, mi nombre es Russell Baxter, pasaba por aquí y decidí saludar a tu madre. Somos viejos amigos. ¿Y tú quién eres? —dijo sin dejar de sonreír.

—Yo soy Simon Chals, encantado de conocerle, Russell Baxter. —La mayoría de las palabras no se le entendían del todo bien, su lengua de trapo no le dejaba pronunciar la r con fuerza. Y le ofreció su mano para estrecharla.

—Veo que estás bien educado —dijo tomando la mano Russell.

—Mamá di lo que papá decía.

Los ojos de Russell me miraron con pena. La misma que sentí yo al tener a los dos uno frente a otro y que Simon no supiera quien era él verdaderamente.

—Simon, este hombre que tienes frente a ti es...

—Ya se lo he dicho, soy un viejo amigo tuyo. —Me detuvo.

Tanto Jane, Sebastian como Eliza se marcharon intencionadamente para dejarnos a solas. En ese momento no me alegré de eso, y cogí entre mis brazos a Simon por si tal vez se le ocurría tomarlo para llevárselo lejos de mí.

—Lo he pensado fríamente durante toda la noche, y he decidido que no te llevaré a los tribunales, Emma, pero voy a intentar recuperar el tiempo que me has negado estar cerca de él.

—De verdad que lo siento, si te sirve de algo, ahora mismo no lo haría de nuevo, no es algo de lo que me sienta orgullosa.

—¿Por qué lo hiciste? Tanto odio sentías hacia mí? —Me preguntó con los ojos repletos de lágrimas.

No pude decirle nada, solo deseaba que se fuera, no era el momento de tener esa conversación, no delante de Simon.

—Me marcharé, y regresaré mañana pronto para comunicarte lo que he pensado hacer. No te atrevas a irte, Emma.

No lo pensaba hacer, nunca se me ocurriría ahora que él ya sabía que era el padre de Simon. No deseaba alejarle de él.

—Puedes ir tranquilo, mañana seguiré aquí.

Se marchó dándole un suave beso sobre su cabeza. También acarició su suave mejilla, y no pudo resistirse a acercarse a él y acariciar su pequeña nariz con la suya.

—Hasta mañana —nos dijo a los dos con el rostro inundado de gotas saladas.

Se me rompió el corazón al verlo llorar. ¿En qué demonios estaba pensando cuando acepté aquel trato que me propuso George hace algo más de tres años?

Simon estaba casi dormido en mis brazos y subí las escaleras lentamente como si retrasar aquel momento fuera a hacerme menos daño.

Atravesé la puerta de la alcoba de Simon y lo recosté sobre su mullida cama, lo arrojé con la manta y me quedé a su lado sosteniendo su pequeña mano con fuerza. Él era el único inocente de todo aquello, y el que más había salido perdiendo. Era injusto que no supiera quién era su padre de verdad, era injusto que no hubiese compartido nada con él, y era injusto que su vida ahora fuera a sufrir cambios. Porque estaba segura de que Russell no permitiría que Simon y yo continuásemos juntos como lo hacíamos a diario.

La puerta de la alcoba se entreabrió lentamente y Jane asomó su cabeza por el quicio. La luz era débil, tan solo dos velas alumbraban la estancia, no podía verle la expresión, hasta que llegó a mi lado y se colocó de rodillas junto a la cama.

—No dejaré que sufráis, lo prometo.

Sus palabras me dejaron helada. ¿Quería decir con eso que Russell pensaba hacerme sufrir? ¿Quizá había escuchado decirle a Oliver cuáles eran sus planes?

—Ahora es tarde, cualquier cosa que haga, por mínima que sea, sé que me hará daño. Solo con querer pasar tiempo a solas con él —dije mirando a Simon mientras dormía—, solo eso me causará dolor, porque no podré estar yo.

—Hablaré con Oliver, lo convencerá de que no es buena decisión alejarlo de ti.

—Mi decisión fue la culpable de lo que ocurra de ahora en adelante. Tendré que soportar lo que pase.

—Emma, no diré que obraste bien en el pasado, pero eres mi hermana y estaré aquí junto a ti, pase lo que pase.

Las palabras de Jane me tranquilizaban, sentir que tenía su compañía me relajaba aunque fuese solo un poco. Necesitaba el calor de mi familia, y eso fue lo que debí haber hecho en el pasado, rodearme de mis hermanas cuando conocí que esperaba un hijo, no dejarme llevar por el deseo incontrolable de ser médico.

No podía culpar a George, y menos ahora que no estaba entre nosotros para defenderse. Él solo me dio una opción, una que yo no dudé en aceptar por puro egoísmo.

Después de un rato Jane se retiró para descansar, y yo me quedé toda la noche en vela pensando en cómo iba a soportar los días que estaban por venir.

Como si la naturaleza sintiera el mismo dolor que yo, dos truenos ensordecieron el lugar, a los pocos segundos, el manto azulado salpicado de estrellas se iluminó por completo, y poco tardó en llegar la lluvia.

La tormenta más inesperada comenzó a caer de los cielos, la luna estaba totalmente eclipsada por todas esas nubes oscuras. Cuando en la mañana regresé a casa no hubiera dicho que hoy se esperaba una tormenta, pero imagino que el tiempo es igual de caprichoso que el destino y nunca sabes lo que está por venir.

Levanté de la cama donde descansaba al lado de Simon, que aunque no había conseguido coger el sueño, mi cuerpo agradecía estirarse después de haber pasado muchas horas sentadas en un sillón.

Me acerqué hasta la ventana y me quedé de pie mirando tras ella. Miré un poco a mi izquierda y vi como Jane disfrutaba de la tormenta. Tenía su frente apoyada totalmente sobre el cristal, y una gran sonrisa dibujada en su boca. Era increíble verla disfrutar con tan poco.

De pronto sentí un fuerte dolor de estómago, una punzada que me recordaba que llevaba horas sin probar bocado. Entonces bajé a las cocinas para tomar algo, por poco que fuera lo que encontrara allí me serviría para aplacar este dolor que sentía.

Caminé descalza para no despertar a nadie, tampoco al servicio deseaba levantar de sus camas.

Bajé los escalones con mucho cuidado, y me dirigía hasta la cocina cuando pude ver a Oliver hablar con Sebastian. Estaban preocupados por algo, además de que iban perfectamente vestidos, y empapados.

Me acerqué hasta ellos con los brazos cubriendo mi cuerpo, estaba destemplada, era como si alguien acabase de entrar por la puerta y el aire frío que azotaba afuera se hubiese colado en el *hall* dejando todo helado.

Al acercarme a ellos trataron de disimular la conversación que tenían, y vi la mirada de Oliver como evitaba cruzarse con la mía. Pero aprovechando el momento de tenerle allí, y que parecía que de igual manera que yo no podía dormir aquella noche, le pedí hablar con él.

—Oliver, cuando termines con Sebastian, ¿te importaría venir a la cocina? Me gustaría hablar contigo.

Sebastian abrió mucho los ojos, parecía que querían ocultarme algo, pero lo que fuese lo descubriría de la boca de Oliver. Y sabiendo que Simon dormía en el piso de arriba, nada de lo que hubiera pasado, o estuviese por pasar, carecía de importancia ya.

—Sí, ve adelantándote, en breve estoy contigo.

Me adentré en la cocina, corté un poco de pastel de carne que reposaba sobre el banco de madera en un plato. Pegué un bocado rápido y calmé la angustia que se estaba instalando en la boca de mi estómago hacía ya rato.

Cuando Oliver entró en las cocinas aún estaba empapado. Y me extrañó que no subiera antes a ponerse seco y cómodo.

—Deberías de haberte cambiado, vas a resfriarte.

Exhaló un suspiro, pero no fue de alivio, me miró profundamente a los ojos, y comenzó a temblar.

—¡Oliver! —me aterrorizó.

—Emma, ha ocurrido algo.

Estaba tiritando, y comenzó a toser. Una tos ronca de repente, que me hizo pensar en cuanto tiempo había permanecido bajo la fría lluvia.

—No estás bien, debemos quitar toda esa ropa mojada, y darte un baño de agua tibia para que entres en calor. ¿Se puede saber qué hacías fuera con esta tormenta?

Hice tocar las campanitas para avisar al servicio.

Jane entró en la cocina alertada por Sebastian y Eliza. Sebastian también estaba mojado,

pero ahora que los tenía a ambos cerca, podía comprobar que las ropas de él no habían calado totalmente.

—¿Se puede saber qué hacíais ahí fuera con la tormenta que está cayendo? —le grité a Sebastian.

—Le llamaron —dijo Sebastian y Oliver negó repetidamente con la cabeza de inmediato.

—¿Quién en su sano juicio le haría llamar? —preguntó Jane.

La tos de Oliver se estaba volviendo ronca, profunda, y alarmante, era como si un animal rugiera dentro de su pecho.

—Yo estoy bien —logró decir del tirón antes de que la tos volviera a arrancar.

—A mí no me parece que lo estés —dije y mandé subirlo para darle un baño caliente, después subiría a administrarle algunas medicinas.

No era médico todavía, pero disponía del maletín de George y tenía conocimiento más que necesario para tratar cualquier enfermedad.

—Antes de subir debes de saber por qué me llamaron —dijo Oliver.

—Está bien, pero que sea rápido, la fiebre va a subir en breve, será mejor que para entonces estés en la cama.

—Russell sufrió un accidente de regreso a su hogar. Está grave, lo atienden en el hospital St. Thomas, allí es de donde vengo.

Lo miré incrédula. ¿Cómo había ocurrido?

Sin decir ni media palabra me levanté de la silla donde antes estaba disfrutando de mi pastel de carne, me dirigí a la entrada donde guardaba en un armario el maletín médico de George, y después de escudriñar un poco, le entregué dos frascos de pastillas a Jane dándole las indicaciones correctas para la administración.

Subí a mi alcoba con un dolor en el estómago, pero esta vez era diferente a ese dolor que sentía cuando notaba el hambre alojado en él. Cambié mis ropas, recogí mis cabellos de manera más cómoda y para que no me dificultase la visión. Me cubrí con un abrigo y un chal grueso y salí al exterior, donde la tormenta se había vuelto caprichosa y no dejaba apenas ver mucho más de lo que tenías delante.

Sebastian salió a toda prisa para retenerme, y yo traté de forcejear un poco hasta que comprendí que no iba a soltarme jamás y que era estúpido que me resistiera.

Una vez dentro mostré mi desacuerdo en que Russell permaneciera en aquel hospital. Había escuchado hablar verdaderas atrocidades sobre el lugar.

—Hay que sacarle de allí, es uno de los hospitales que más hacinamiento soporta, sin hablar

de la poca higiene. Lo principal para que un hospital funcione no es otra cosa que la higiene, si no la hay llegan los problemas de infecciones, los gérmenes y bacterias que existen en los hospitales terminan acabando con los pacientes. Dejadme que lo saque de allí.

Eliza y Jane se miraron y ambas negaron con la cabeza, después Sebastian discutía con Eliza, al parecer él era el único que parecía tener juicio.

—Es peligroso, tendrá que pasar allí el tiempo que dure la tormenta —discutía Eliza con su esposo.

—¿Si fuera tu esposo lo dejarías allí? —dije duramente interrumpiéndolos.

—No es el tuyo —me respondió.

—Podría haberlo sido si no hubiese sido una completa egoísta en el pasado. Y ahora no voy a permitir que corra peligro en ese cementerio. A pesar del odio que me tiene.

—Lo lamentamos, pero al menos tendrás que esperar a que cese el temporal. O piensas que te dejarán sacarlo de allí con este tiempo.

Cerré los ojos aceptando lo que me había dicho. Estaba en lo cierto, no iba a poder llevármelo hasta que la lluvia no parase.

Así es que subí a ver a Oliver para asegurarme que se encontraba bien, y después de comprobar su estado, entré en mi alcoba para quitar las ropas mojadas que todavía vestía.

Quedé sentada a los pies de la cama, solo había cambiado unas ropas por otras, no pensaba colocarme ropa de cama, sentía que en cualquier momento la lluvia cesaría y yo no podía perder tiempo en mis ropas.

Escuchaba como las puertas de las alcobas iban cerrándose, y fue cuando caí en la cuenta de que si no podía llevarme a Russell del hospital, lo que sí podía hacer era ir yo a asistirlo allí. Así es que bajé las escaleras con todo el cuidado del mundo para no ser descubierta, cargué con mi maletín, y salí a la calle de nuevo, pero en esta ocasión sin dudarlo. Sabiendo lo que tenía que hacer.

Frente a la puerta estaba el coche de caballos preparado bajo un techado resguardando a los equinos de la lluvia.

Recé por ellos, por mí y porque Russell aguantara hasta que yo llegase, aún no sabía lo que había ocurrido ni como de grave era su estado, pero si de algo estaba segura era de que cuando más tiempo tardase en llegar, más peligro corría.

Agradecí a nuestros padres que insistieran tanto en enseñarnos a cabalgar a mí y a nuestras hermanas, incluso miré al cielo dando las gracias. Durante el último año que mi padre vivió aprendimos a conducir caballos de tiro y eso era lo que ahora demostraría.

La tormenta no me estaba poniendo nada fácil aquella prueba, además de que hacía muchos

años de que no sujetaba las riendas de un animal entre mis manos.

Mi padre decía que cuando algo se aprende bien, no se olvida nunca, y no podría habérselo negado, porque no se me estaba dando nada mal.

No fue fácil llegar allí, el camino estaba poco iluminado, y el viento azotaba con fuerza, pero por fin había detenido el vehículo y a mi llegada varios hombres salieron en mi ayuda.

—Deje que la ayudemos —dijo un hombre vestido de blanco.

Asentí y bajé del carro, solo tenía una cosa en mente, y era encontrar a Russell.

Al entrar al hospital me recibió una señorita joven, no debía de tener demasiada experiencia en el lugar, pero fue amable y me atendió educadamente.

Creo que los nervios del momento me hicieron romper a llorar. La joven me preguntó por mi estado. Llegar a un hospital y mostrar dolor como el que mostraba en ese momento podría dar confusión a mi verdadero motivo, así es que me sequé las lágrimas con el puño y me dispuse a hablar. No era yo la que tenía que ser atendida por un doctor.

—Vengo buscando a Russell Baxter, es un hombre grande, musculoso, con los cabellos castaños, aunque si están mojados puede que le parezcan más oscuros. De lo que no hay dudas es del color de sus ojos, esos sí que son azules, y no importa lo que ellos vean, ya sea que los iluminen los rayos del sol, o que la tormenta más oscura los intente apagar, siguen siendo azules. Me dijeron que está en este hospital dije angustiada.

—Déjeme que pregunte, hace unas horas llegaron dos hombres en estado grave, pero no pude ver a ninguno de ellos. Bueno, a decir verdad uno hace solo unos pocos minutos pasó por delante...

—¿Se parecía a quien le he descrito? —La interrumpí.

—Lo siento, este hombre que le digo estaba completamente cubierto por una sábana, ya sabe...

Miré a la joven intentando que lo que verbalizaba no me afectara, pero me temblaron los labios, y de pronto, aun sin saber de quién se trataba aquel caballero a quien hacía mención, se me llenaron los ojos de lágrimas y poco faltó para romper a llorar.

—Perdóneme, no debí de haberle dicho eso, seguramente nada tiene que ver con el hombre al que usted busca. Iré a averiguar, dígame de nuevo su nombre, y el parentesco que les une.

—Russell Baxter, y soy su... —dudé un momento, pero después me atreví a decirlo—, su esposa.

—Está bien, señora Baxter, espere aquí.

Capítulo 24

Año 1820, Londres



Si alguien me preguntase le diría que aquella mujer me dejó esperando más de lo que yo podía soportar en ese momento, cientos de horas, pero lo cierto es que el perfume que dejó en el aire al alejarse de mí, todavía no había desaparecido cuando regresó acompañada de lo que desde un principio supe que era el doctor.

—Buenas noches, mi nombre es Ferman Coleman —dirigió su mirada hacia mis ropas—, está usted empapada, debería de cambiarse o me temo que acabará acatarrada.

—No se preocupe por mí, dígame si mi esposo está bien —le dije intentando sonar calmada.

—Como ya le dije a lord Summerfield, él fue a quien me pidió el señor Baxter que hiciera llamar cuando todavía estaba consciente, el señor Baxter se encuentra en estado grave.

Respiré aliviada cuando le escuché decir el nombre de Russell, porque aquello significaba que seguía con vida.

Las piernas me temblaban exageradamente, y tuve que ayudarme del respaldo de la silla que tenía cerca de mí para no acabar en el suelo.

—No sé cómo decirle esto, señora Baxter, su marido no llegó a nuestro hospital en buen estado, y le prometo que estamos haciendo todo lo posible para salvarlo.

—¿Salvarlo? —Tuve que dejar caer mi cuerpo y quedarme sentada sobre la silla esta vez.

—¿Qué es lo que sabe sobre el motivo que le trajo aquí? —me preguntó.

—¡Nada! No sé nada. Déjenme verle, necesito estar con él.

—Ahora mismo eso es imposible, acabamos de operarle.

¿Operarle? ¿Qué ocurrió, qué pasó para acabar en el hospital?

—Dígame doctor qué es lo que ocurrió, cuénteme todo, necesito saber qué tiene el padre de mi hijo.

El rostro del doctor se tornó triste de inmediato. Supuse que escuchar que el hombre al que tenía dentro, en un estado de gravedad, debatiéndose entre la vida y la muerte, además tenía un hijo, imaginé que le había hecho entristecerse al momento.

—Venga conmigo —me dijo.

Me ofreció su brazo para que pudiera apoyarme en él, después caminó por un pasillo largo con pasos seguros pero lentos.

La luz que iluminaba el angosto pasillo parpadeaba cada dos segundos, la tormenta amenazaba con dejar el hospital a oscuras de un momento a otro.

Al llegar hasta el final abrió una puerta con la mano que le quedaba libre, no me soltó en ningún momento, y después de entrar en lo que parecía un despacho, me pidió que tomase asiento. Él también se acomodó en un sillón verde de piel, mientras que yo lo hice en el que estaba justo frente a él. Se remangó los puños de su bata blanca, y me miró a los ojos con cierto nerviosismo.

—Hable de una maldita vez, necesito saber qué le ha ocurrido —inquirí.

—Está bien, pero me hubiera gustado que alguien estuviera con usted después de darle tal noticia.

—No necesito a nadie, diga de una maldita vez qué es lo que le ha ocurrido a Russell.

—Está bien, como desee. Pero esto no será fácil de escuchar. —Hizo dos respiraciones profundas antes de comenzar a hablar—. Su marido fue encontrado en medio de la tormenta con signos evidentes de haber bebido más de lo que nadie pudiera soportar, y además de la gran ingesta de alcohol, el caballo que montaba debió de resbalar por la lluvia, y ambos cayeron al suelo.

—¿Russell bebido? —Automáticamente después de pronunciar la pregunta, cubrí mi boca con mi mano al pensar en el motivo por el que hubiese ocurrido lo que el doctor me contaba.

Russell no pudo soportar todo lo que le había ocultado, y fue por eso por lo que estuvo bebiendo cuando se marchó de casa de tía Rose.

—La corpulencia de su esposo le dotó con suerte extra, otra persona no hubiese vivido después de que el caballo aplastase su cuerpo.

—¿Aplastado?

—Sí, me temo que el caballo quedó encima de él, concretamente de su pierna. Además de que se debió de dar un fuerte golpe contra el suelo, pues su cabeza sangraba debido a una gran brecha.

—¿En qué consistió la operación? —le pregunté.

—Como ya le dije, su pierna quedó atrapada durante demasiado tiempo. Es por eso por lo que antes de amputarla le hemos intentado hacer una cirugía, aunque me temo que terminará perdiéndola.

Quedé horrorizada al escuchar las palabras del doctor. ¿Le iban a amputar la pierna?

Aquella práctica sería la última decisión a tomar, no podía ser elegida tan a la ligera.

—De ninguna manera cortará su pierna. Tengo que verlo —le dije dejando a un lado el dolor y tomando las riendas de la situación.

—Me temo que hasta que no despierte no podrá verle.

—Lo que quiero ver es su pierna, la pierna que han operado. Él puede continuar durmiendo.

—Aunque la viera —dibujó una leve sonrisa curvando sus labios—, me temo que no sabría lo que está viendo por más que se lo explicasen. Además de no ser nada agradable.

—He visto cientos de piernas gangrenadas, he limpiado infecciones, he cosido arterias con mis propias manos, y he estado presente mientras se amputaban cientos y cientos de miembros, lamentablemente. Necesito ver el estado de su pierna.

—¿Usted? Permítame que lo dude, pero solo un médico podría realizar todo eso de lo que habla.

Estuve a un pelo de decirle que era médico pero no iba a poder demostrarlo, después pensé en nombrar a George, pero ¿cómo iba a explicar que él me había enseñado medicina? Además de que si le contaba que era mi marido difunto, sabría que le había mentado diciendo que era la esposa de Russell Baxter.

—Está bien, esperaré a que despierte, después le llevaré a casa.

El doctor asintió sin oponerse a mi decisión, y quedé dudando un rato. Podía haber dos opciones, la primera que no apostase mucho porque despertase, y la segunda que fuera un paciente demasiado complicado de sanar como para malgastar tiempo y recursos. Cualquiera de ellas me beneficiaba, pues de ser así no haría preguntas a la hora de llevarme a Russell.

No abandoné el hospital durante todo el tiempo que duró la tormenta, y después de que aquello ocurriese Eliza y Sebastian se dieron cuenta de que yo me había marchado desobedeciendo.

Al mismo tiempo que el sol salía por lo alto del cielo, Eliza iluminaba aquel hospital oscuro con su presencia.

—Por todos los demonios, ¡Emma! —dijo Eliza arrodillándose sobre el suelo para abrazarme.

Eliza miraba horrorizada el interior del hospital. Y es que a pesar de estar acostumbrada a pasearme entre enfermos moribundos, o incluso cadáveres para ser estudiados, aquel lugar al que habían llevado a Russell era un auténtico asco. Salpicones de sangre por algunas paredes, ventanas sucias, puertas golpeadas, y camillas recién desalojadas en mitad de los pasillos. Estaba claro que disponían de poco personal para mantenerlo, pero ese no era mi problema, el mío era lograr llevarme a Russell de allí.

—Hay que sacarlo de aquí, van a cortarle la pierna —le dije en un susurro.

Eliza abrió mucho la boca y después se levantó del suelo.

—Arriba, en cuanto entre Sebastian por esa puerta lo sacamos de aquí.

Sebastian no tardó mucho, y nada más escuchar a Eliza hacer referencia a la pierna de Russell corrió en busca del doctor para sacarle de allí.

—Se están equivocando, está muy débil, puede que no soporte el trayecto en carro —dijo el doctor mientras empujábamos la camilla en la que descansaba Russell.

Al verle sentí morir en ese mismo lugar en el que me encontraba, estaba allí postrado, tan débil, con el color de su piel tan amarillento, y aquellos moratones y heridas que cubrían casi al completo todo su cuerpo. Su cabeza cubierta por un vendaje que apenas me dejaban ver sus ojos cerrados. Su respiración era infinitamente débil.

—Le aseguro que le cuidaremos mejor allá donde lo llevamos —dijo Sebastian al doctor dando después órdenes a los lacayos para subirlo al carro de caballos.

La carreta que nos esperaba fuera era mucho más grande de las que estaba acostumbrada a ver, incluso en Edimburgo. Allí existían carros para transportar a enfermos, pero continuaban habitándolos de bancos en su interior, y esta era bien distinta.

El doctor de Sebastian, el que lo atendió desde pequeño le había ayudado a localizar un carro especializado en traslado de pacientes graves, y estos precisaban de continuar acostados en sus camas.

Los portones traseros del carro se abrieron y entre cuatro hombres subieron la cama de Russell al interior. Después aseguraron la cama al carro para evitar movimientos bruscos y cerraron con pestillo los portones.

—Iré con él —dije cuando cerraron.

—No hay apenas espacio para nadie —respondió Sebastian.

—Sea como sea iré con él dentro.

Él asintió y me ayudó a acomodarme en un lateral con la ayuda de una bala de paja que se encontraba en la parte trasera de su carro.

Eliza y Sebastian irían delante con su carro, dirigiendo el camino.

Por más que rezara para que Russell se despertase y me pudiera ver en ese momento para decirle que todo iba a estar bien, no ocurrió. Su respiración continuaba siendo suave y nada en aquella cama indicaba que fuera a despertar en un periodo corto de tiempo.

Capítulo 25

Año 1820, Londres



Lo instalamos en una de las alcobas más grandes de la casa, acomodamos su cuerpo para que su descanso fuera óptimo, y después con la ayuda de dos sirvientas procedí a descubrir su pierna.

Temí por lo que pudiera encontrarme al retirar los vendajes que cubrían toda la piernas desde el tobillo hasta la ingle. El pie ya me daba pistas de lo feo que pudiera estar aquello, pues el color oscuro no auguraba nada bueno.

Continuaba administrándole por vía intravenosa todos los calmantes con los que comenzó en el hospital.

Con la ayuda de unas tijeras fui cortando con cuidado las vendas, y al retirar las gasas y algodones que cubrían la piel me encontré con algo tremendamente peligroso.

Había sido operado, sí, pero solo para unir aquellos dos huesos que el caballo le había roto. Lo verdaderamente importante para salvar su pierna con urgencia hubiera sido aliviar la presión.

Me quedé horrorizada al ver su pierna tan hinchada, porque el color ya era lo de menos. Jamás podría volver a lucir un tono rosado si aquella presión no era aliviada.

Salí a la puerta de la alcoba e hice llamar con urgencia a Sebastian. Él era un hombre fuerte, me hubiese gustado también contar con la fuerza de Oliver, pero en su caso lo mejor era que se recuperase.

—Necesito tu ayuda, debo de hacer algo que le va a causar demasiado dolor, y con la ausencia de correas lo mejor será que lo sujetes en la cama si intenta levantarse.

Toda ayuda era bien recibida. Las sirvientas sujetarían con fuerza la pierna, Eliza la otra, y Sebastian trataría de que Russell no se moviera aun cuando el dolor fuera insoportable.

Tenía todo el instrumental preparado para hacer largas incisiones sobre su pierna, entonces hice una cuenta atrás para que todos se preparasen, y yo intentar acabar cuanto antes.

Después de aquello entendí porque un médico no debe de operar nunca a un ser querido. Fue igual de doloroso para mí hacerlo que para Russell sentirlo. En cada grito que salía de su garganta, yo sentía que me robaba un pedazo de mi alma. Y si no hubiese estado completamente convencida de que aquello era necesario, me habría detenido.

Desinfectar después de hacer aquello era pan comido. Lo hice tal y como me enseñó George, con máximo cuidado, y retirando todo aquel tejido que pareciese no estar en unión con

el miembro, así correría menos peligro de contraer infecciones. Más doloroso, pero también seguro para el paciente.

También recordé que él apostaba por mantener los miembros en alto para favorecer la circulación de la sangre, a pesar de que muchos de sus compañeros consideraban que aquello además de no estar comprobado, dificultaba el descanso cómodo del paciente.

—¿Crees que se pondrá bien? —me preguntó Oliver al entrar en su alcoba para ver cómo estaba.

—Lo espero. Lo deseo. —me corregí a mí misma.

—Estoy seguro de que harás toda lo posible para que se cure.

Mientras tomaba la temperatura de Oliver con mi mano, y retiraba algunas mantas que no iba a necesitar ya sobre su cuerpo, él me agarró de la mano para que le mirase a los ojos.

—Oliver no puedo entretenerme, debo de regresar de nuevo con Russell. Tengo que administrarle todo cuanto conozco para evitar infecciones.

—Sí, pero debes de hablar con su madre. No sabe lo que le ha ocurrido a Russell.

—Está bien, mandaré a alguien para que la traiga hasta aquí.

La invitación a la vizcondesa de Hertfordshire no le pareció extraña porque la educada familia que tía Rose había logrado construir con sus sobrinas era una compañía excelente para ella, y si además la más pequeña de las Lawson se encontraba en aquel momento en Londres, era mejor motivo para acudir. La vizcondesa no dejaba de repetir en cada una de las ocasiones en las que nos cruzábamos, que había sido siempre un ángel caído del cielo para su familia, y yo esperaba que continuase pensándolo después de todo lo que tenía que contarle.

Me sentí desanimada al verla entrar por la puerta. La esperaba con la clara intención de no andarme con rodeos, pero al verle el rostro y pensar en cómo le iba a decir a una madre que su hijo estaba en la alcoba del piso de arriba debatiéndose entre la vida y la muerte, el ánimo cayó con peso sobre mis pies.

—Querida, qué alegría verte de nuevo —dijo abrazándome.

Todavía era ajena a lo que estaba por venir, así es que respondí a su abrazo imaginando que sería el último que recibiría por su parte.

—Vizcondesa, acompáñame —le dije.

—Emma, estás extraña, ¿te ocurre algo? —dijo siguiendo mis pasos hasta la cocina.

Lo primero era lo primero, porque quién sabía si después de que viera a Russell no querría continuar escuchándome.

—Antes de que atravesase la puerta que tengo a mis espaldas —dije colocándome entre ella y

la puerta—, piense solo en su edad, y compórtese de acuerdo a ella.

Frunció el ceño sin entender ninguna de mis palabras, de eso estaba bien segura, pero también lo estaba de que enseguida lo comprendería todo.

Me eché a un lado, empujé la puerta de la cocina, y le susurré cerca de su oído que Simon era su nieto.

Antes de entrar con él giró para enfrentar su rostro con el mío, y sus ojos carecían de expresión. Yo me alejé y les dejé a solas, no importaba si le decía que era su abuela, no importaba nada de lo que le dijese.

Esperé afuera a que ella saliese cuando lo deseara, y cuando lo hizo no verbalizó ninguna palabra de odio hacia mí.

—Es idéntico a Russell, pero ¿por qué no conocía que tenía un nieto? —me preguntó.

—Cometí el más grande de mis errores, lo lamento. Yo me encontraba ya en Edimburgo cuando supe de su existencia dentro de mí, y mi orgullo me obligó a decidir de manera equivocada. Juro que me arrepiento tanto de haber ocultado un nieto a lord Hertfordshire... Entiendo su actitud conmigo después de esto.

—Por lo único que puedo estar molesta es por haberme perdido unos cuantos años de él, pero debo ponerme en tu lugar e imaginar que tus motivos tendrías para no regresar a Londres, e incluso sacrificar estar cerca de tus hermanas.

Fue tan comprensiva conmigo que me lancé sin dudarlo a sus brazos, pero inmediatamente recordé que ahora venía lo más difícil.

Capítulo 26

Año 1820, Londres



No sabía cómo empezar, ni cómo, ni por donde, y después de estar en silencio más del tiempo adecuado para ese momento, le pedí que esperase en el saloncito de visitas y fui en busca de Sebastian y Eliza. Pues para cuando le dijera que Russell se encontraba en el estado en el que estaba, necesitaba estar acompañada. Podría ocurrir desde un desmayo, o que quisiera verle, no creía que fuera bueno que lo viera en aquel momento, pero yo no sería suficiente fuerte como para poder retenerla.

Al verme aparecer acompañada de mi hermana y su esposo, se comenzó a impacientar y me miró angustiada.

—Está ocurriendo algo Emma, y necesito saberlo ya mismo —me dijo nerviosa.

—Necesito que estés relajada, no es fácil lo que estoy por revelarte, y te pido que seas paciente —dije con la voz calmada.

—Por Dios, Emma, dime qué ocurre, ¿tiene que ver con mi hijo, verdad? —dijo tomando mis manos.

Aprovechando el agarre la conducí hasta el sillón para tomar asiento, y allí fue donde le di la terrible noticia de que su hijo Russell había tenido un terrible accidente y había sido llevado de urgencia al hospital St. Thomas.

—Llévame con él, ¿qué demonios hacemos aquí, Emma? —me preguntó.

—Ya no está allí —dije sin darme cuenta de que lo más lógico era pensar que había muerto después de escucharme decir esas palabras.

—Dios mío, no, mi hijo no —gritaba de dolor.

—No, no, perdóname, está vivo, quería decir que está aquí en casa, en el piso de arriba —le dije con apremio.

Ella se levantó de forma rápida al escuchar donde se encontraba, pero la retuve.

—Primero debes saber cómo se encuentra, y lo más conveniente es que no le vieras aún. Su cuerpo está lleno de rasguños y moratones.

—Por unos simples rasguños no me voy a escandalizar.

—Su cabeza está cubierta porque se golpeó fuerte contra el suelo al caer del caballo,

también he abierto su pierna por múltiples zonas para evitar cortarla. No voy a mentirte, no es agradable de ver.

Ella me apretó fuerte las manos que aún estrechábamos y me dio el motivo más convincente para verle.

—¿Si fuera tu hijo quien estuviese en esa cama, dudarías en ir a estar a su lado?

En ese momento pensé en Simon, en que si fuera él quien hubiera sufrido un accidente, por terrible que fuera, yo querría estar junto a él.

—Vayamos juntas, le dije levantándome junto a ella.

La habitación estaba completamente iluminada por el sol que se filtraba a través de la ventana situada frente a la cama de Russell, había mandado retirar las cortinas, además de ser una fuente de bacterias también necesitaba buena iluminación en esa estancia.

Miré a su madre al escucharla emitir un sonido de sorpresa.

—No sufre, ahora mismo está muy dormido debido al opio administrado. Lo importante es curar sus heridas y después cuando llegue el momento le despertaré.

—¿Por qué está aquí y no en el hospital? Allí estaría mejor atendido. Necesita médicos, muchos médicos, les haré llamar para que vuelvan a llevárselo.

—No pienso dejarte hacer eso —Aseveré rotundamente.

—¿Quién crees que eres? —Su mirada se cargó de odio.

—Ahora mismo la única persona sensata que vela por la recuperación de tu hijo, y no dejaré que ingrese en el hospital de mala muerte del que lo he sacado.

—Soy su madre —me amenazó.

Quizá debería de haber pensado un poco más lo que iba a decir, pero era mi única baza.

—Si te llevas a Russell de aquí te juro que jamás volverás a ver a mi hijo. ¡Jamás!

Se echó la mano al pecho y retrocedió un paso.

—¿Serías capaz de hacer tal cosa? Separar al hijo de mi hijo de su abuela...

—Por si no se te ha ocurrido, ya lo hice antes.

La respuesta no tardó en llegar.

—Está bien, se quedará aquí, pero no me separaré ni un solo día de su lado, y —Sacó su dedo amenazador—, ten por seguro que cuando despierte sabrá todo esto.

—Eso espero, que puedas decirle todo lo que desees.

Salí de la alcoba para dejarla a solas junto a él.

Capítulo 27

Año 1820, Londres



Durante los días siguientes hice venir a Londres a dos colegas de George, suficientemente experimentados como para que me supervisaran al principio, y también discretos para que no me denunciaran. Me importaba poco y menos que la vizcondesa confiase más en ellos que en mí, pero me dolió que ninguna de mis hermanas se hubiese atrevido a preguntarme por la recuperación de Russell, y nada más ver salir de la alcoba a aquellos médicos lo hicieran con tanta prisa.

—¿Cree que se recuperará? —dijo Eliza entorpeciendo el paso de uno de ellos.

—No tengo la menor duda de que en pocos días podrá despertar.

—Oh, muchas gracias por venir, le estaré eternamente agradecida por haberse desplazado desde tan lejos —dijo la vizcondesa tomando su mano y besándola en señal de agradecimiento.

—Si su hijo mejora sin problemas no es gracias a nosotros —Se miraron entre ellos—, será todo gracias a la señora Mugreen. Nuestro gran amigo hizo de ella una excelente médico, y la sociedad se pierde una gran profesional no dejándola atender a enfermos.

Les agradecí aquellas palabras con una ligera sonrisa en mis labios, y les pedí que me acompañasen. El servicio les había preparado una alcoba para que pudiesen descansar.

—Si hay algo que pueda hacer para vuestra comodidad, no dudéis en pedirlo —les dije antes de abandonar la estancia.

—Es más que suficiente, Emma, no te preocupes por nosotros, pero sí hazlo con ella. —Se refería a la vizcondesa— Si algo terrible ocurriese —Hizo un silencio—, no dudará en denunciarte, y si dijese algo de nosotros... —Se retorció los dedos en señal de nerviosismo—, sabes que no tendríamos otra opción que decir que nos llamaste.

—No os preocupéis por eso —les dije y salí.

Si algo terrible ocurría finalmente, poco importaría lo que hicieran conmigo, porque además de sentirme la culpable del accidente, también lo sería de su muerte. Lo que sí debía de hacer era encargarme de dejar a Simon al cargo de mis hermanas.

El agotamiento llegó antes de lo esperado, y una de las noches me quedé completamente dormida sobre la cama de Russell. Terminé de limpiarle los cortes de la pierna, y olvidé volver a ponerla en alto.

Un alarido de dolor me despertó de repente. Russell había abierto los ojos, y maldecía con la voz poco clara, se quejaba, apretaba la sábana con los puños, y miraba al techo de la alcoba.

—¡Ayuda ayuda! —grité mientras sujetaba su pierna para evitar que la moviera.

Rápidamente entraron Oliver y Sebastian casi al mismo tiempo, y mientras lo agarraban con fuerza yo le administraba más sedante para calmar el dolor.

—¿Es normal? —preguntó Oliver.

—Olvidé colgar la pierna en alto, pero puede también que haya recuperado fuerzas y la cantidad de opio sea menos efectiva que antes.

—Pues dale más —dijo Sebastian.

—No, lo que debe empezar a hacer es controlar el dolor, sus heridas no dejarán de ser dolorosas en mucho tiempo, así es que deberá de empezar a pasar largos periodos de tiempo despierto.

—No sé eh, esos gritos me decían que el dolor era poco soportable —dijo Sebastian.

—Lograré la manera de que lo sea.

Capítulo 28

Año 1820, Londres



Escuché un sonido que procedía del piso de arriba, y algo me indicaba que era en la alcoba de Russell, pues todos los habitantes de la casa estábamos en el comedor disfrutando de un almuerzo. Hasta la vizcondesa se había unido a nosotros. Claro que después de decirle a Simon que ella era su abuela, pues el niño difícilmente se quería separar de ella.

Oliver me buscó con la mirada, y me retiré de la mesa para subir con él y descubrir de donde provenía aquel ruido.

Al entrar en la alcoba de Russell nos llevamos una gran sorpresa, se encontraba despierto, había intentado alcanzar un vaso apoyado sobre la mesita de noche, y como estaba muy débil se le había caído al suelo.

Su rostro reflejaba mucho dolor, así es que me acerqué hasta él para administrarle un poco de analgésico, y si soportaba estar despierto aquello sería muy buena señal. Pero las palabras que pronunció Russell desde su cama nos dejaron helados tanto a Oliver como a mí.

—¿Qué hago aquí —No parecía estar gastándonos ninguna broma—, y quienes sois vosotros? —Eso fue lo que me partió el alma en dos.

Su mirada era una mezcla entre dolor y temor, así es que ninguno de nosotros le dijimos nada que pudiera alterarlo, solo me presenté por mi nombre y también lo hice con Oliver.

—Caballero, ha sufrido un accidente, su pierna quedó aplastada por un caballo —Hizo un movimiento para tocársela, pero agarré fuerte su brazo para impedirselo—. Será mejor que no lo haga o sentirá un dolor difícil de soportar.

—¿Dónde me encuentro? —preguntó.

—Estás en Londres, Norfolk para ser más exactos —dijo Oliver.

—¡Russell! —gritó la vizcondesa al verlo despierto.

Íbamos a detenerla para avisarla de que no recordaba nada, pero de pronto nos sorprendimos al escucharle.

—Mamá, menos mal que estás aquí. Dile a estas personas quien soy, y llévame a casa.

Ella se volvió hacia nosotros con los ojos abiertos como platos, y la mandíbula descolgada.

—Russell, aquí estarás mejor. Además, puede que no te acuerdes de ellos pero... —Detuve

lo que fuera que quisiera decirle sobre mí agarrándola por la mano y apretando—, son tus amigos, Oliver Loockwood, duque de Summerfield, y ella es Emma.

—¿Su esposa, imagino? —preguntó.

—No, ella es... —guardó silencio durante un rato—, el ángel de Las Lawson —dijo al fin.

—Duele —dijo Russell cerrando los ojos y señalando a su pierna.

—Está bien, demasiadas distracciones por hoy, te daré algo para que regreses a tu sueño y deje de doler.

Russell asintió con la cabeza sin dejar de mirarme. Nos quedamos un rato junto a él, yo revisando los vendajes, y su madre y Oliver acompañándome.

Al dejar la habitación la madre de Russell me pidió hablar conmigo, y nos alejamos de Oliver para que pudiera decirme lo que ella deseaba.

—Sé que no estás de acuerdo en que Russell esté aquí, pero te aseguro que conservará la pierna si continúa en esta casa —me adelanté a decirle.

—Lo sé, quería pedirte perdón por lo mal que te hablé. Aunque también quiero que sepas que en cuanto su pierna cure, y recupere la memoria me lo llevaré, de él dependerá lo que decida hacer con Simon.

—No te equivoques conmigo, soy su médico, pero ante todo soy la madre de Simon, y no dejaré que nadie decida qué hacer con mi hijo.

—Eso ya lo veremos, de momento tú ganas, más tarde ya se verá.

Me dejó con una impotencia abismal, porque ciertamente no podía hacer nada en esos momentos, tan solo esperar a que Russel mejorase y que recuperase los recuerdos.

Capítulo 29

Año 1820, Londres



La mañana del jueves, se podría resumir en una palabra, o quizá en dos. Estas serían cortejo y estremecedor.

La tierra tembló bajo mis pies al entrar en la alcoba de Russell y verle incorporado en la cama, eso no había ocurrido antes, nunca se había encontrado tan despierto y fuerte como para sostener su cuerpo sin la ayuda de nadie. Me dejó sin aliento, y puede decirse que también me alegré, porque aquel hombre que se encontraba varias semanas postrado en la cama era el padre de mi hijo, y deseaba con todas mis fuerzas que se recuperase. Pero no engañaré a nadie, y también sentí miedo, su recuperación en los últimos días eran a pasos agigantados y temía que en cualquier de los días venideros ocurriera lo que más temía. Que sus recuerdos regresaran a su memoria y se alejase de allí. Y ahora que su madre también conocía todo, que ella insistiese en llevarse a Simon, ese era el peor de mis temores.

—Veo que se encuentra mejor esta mañana, ¿cómo va el dolor? —pregunté caminando hasta la cama.

—No me haré el valiente diciendo que no me duele, pero cada vez siento menos alfileres clavados en mi pierna. ¿Es usted el médico que me ha atendido durante todo este tiempo? —me preguntó.

—Así es. Y ahora limpiemos las heridas. ¿Desea algo para morder, o prefiere algún sedante? —pregunté antes de retirar los vendajes.

—Creo que con tenerla cerca será suficiente.

—Mi presencia no hará que deje de doler, eso ya se lo puedo asegurar.

—Pero su belleza me lleva a pensar en algo que no duele —dijo y me retiré de él al segundo.

—Lord Baxter, tome esto, si es necesario muérdalo. —Le dejé sobre su abdomen un paño de tela que descansaba en el carro de las medicinas, y que hubiese servido para lavar su rostro de haberlo necesitado.

—Discúlpeme si le he ofendido mencionando la belleza que desprende, pero es inevitable no darse cuenta, y menos aún no decírselo.

No le respondí, de hubiese sido así, ¿qué le hubiera dicho? ¿que me encantaba escuchar esas palabras salir de su boca?

Me lavé las manos en la palangana de agua tibia que el servicio había dejado sobre la cama, y después de secarme bien, me dispuse a retirarle el vendaje con mucho cuidado.

Miraba su rostro de vez en cuando para saber si soportaba el dolor, y en una de las ocasiones en que le miré, sus ojos y los míos se cruzaron. No pude apartar la mirada y él parecía que tampoco. Noté un rubor ardiente alojarse en mis mejillas, y sin darme cuenta moví mi mano colocada sobre la pierna y Russell se quejó.

—Lo siento, ha sido un despiste. Creo que para futuras curas deberá usted estar más relajado, o haré llamar a Oliver para que pueda entretenerle.

—Prefiero disfrutar de su compañía a solas, si no le importa asumiré el riesgo de que pueda volver a ocurrir —dijo.

Al dejar las heridas al aire libre pude ver como sanaban sin complicaciones, la circulación había vuelto a mejorar notablemente, y el color de sus dedos comenzaba a dejar ese tono oscuro.

—En un par de días haremos ejercicios, puede que le resulten dolorosos, pero son necesarios —dije, y continué curando la pierna para después vendarla.

—Haré lo que me pida —dijo.

Cerré los ojos al escucharle decirlo, porque si pudiera elegir, si fuera verdad que obedecería en todo lo que yo le pidiera, entonces dudaría en dos cosas. Una que se alejase de nosotros y así poder seguir viviendo con mi hijo como hasta ahora, y la segunda, que olvidase el error que cometí en el pasado y que se quedase a nuestro lado. Imagino que la dejé como la última de las opciones porque era la más imposible de todas.

—Descanse —dije abriendo los ojos.

—¿Puedo preguntarle algo? —me preguntó con mirada curiosa.

Asentí con algo de temor a su pregunta.

—Dispare señor Baxter.

—¿Está usted felizmente casada?

¿Qué tipo de pregunta era esa?

—Me temo que es algo personal, no debería de preguntar tal cosa.

—Escuché como un caballero en los días anteriores la llamaba señora Mugreen, pero no veo al señor Mugreen por aquí. Y mi madre me dijo que este es el hogar de su familia, suyo y de sus hermanas.

—Así es, esta es la casa que nuestra tía nos dejó en herencia, y el señor Mugreen no se encuentra a mi lado porque soy viuda.

—Oh, lamento haberle recordado el dolor de nuevo, soy un estúpido y un curioso. Debe disculparme, de verdad soy un necio.

—No se preocupe, nunca le olvido, gracias a él aprendí todo lo que sé de medicina, y es gracias a él que pude salvar su pierna.

—Bendito sea entonces.

Me hizo reír al pronunciar aquellas palabras con tanta alegría.

—Es usted aún más guapa cuando ríe, debería hacerlo más a menudo, le sienta muy bien.

—Gracias, pero no suelo tener muchos motivos por los que hacerlo.

—Pues eso debe de cambiar, de ahora en adelante me encargaré de que cuando entre en esta alcoba sonría al menos una vez.

Era increíblemente bonito ver ese lado de Russell, había vuelto a su juventud, a ese recuerdo que yo albergaba antes de que me marchase a Edimburgo. Aunque por otra parte, supiera con firmeza que aquello duraría bien poco.

Todavía me encontraba en su alcoba, ya había terminado de arreglarle el vendaje nuevo, de colocar su pierna en alto, y las sirvientas habían retirado la basura. Pero no tenía intención de alejarme de él, tampoco es que se me pasase por la cabeza que pudiésemos tener una oportunidad después de todo lo que había ocurrido, pero ¿por qué no disfrutar de aquellos días que el destino me regalaba?

—Bien, señor Baxter, en pocas horas le haré subir el desayuno, la alimentación es también la clave para su pronta recuperación —le dije desde la puerta.

—Espere no se marche. —Hizo un gesto para que yo esperase a que el servicio se retirase.

—¿Qué necesita? —pregunté acercándome a la cama.

—¿Puedo hacerle otra pregunta? —Clavé mis ojos en los suyos.

—¿No tiene suficiente nunca, señor Baxter?

—Sé que he perdido la memoria, que solo recuerdo a mi madre, algo me dice que usted me conoce bien, o al menos no soy un desconocido para usted, pero yo necesito saber más de todo, más de usted —dijo y entonces la bola de fuego que estaba tratando de apagar continuamente en mi interior comenzó a arder y a subir por el interior de mis piernas.

—Sabe lo que debe de saber, y ahora debe descansar, en nada le subirán el desayuno.

—No se marche, respóndame a esto —dijo con prisas.

—Está bien, una sola pregunta más por hoy.

—¿Está usted dispuesta a volver a casarse con un hombre?

En ese momento no le miraba, me encontraba en la puerta todavía, y no esperaba la pregunta que me hizo, así es que di un paso al exterior del pasillo, cerré la puerta quedándome fuera y resbalé por la madera gravada de caoba sujetándome el pecho que no dejaba de palpitarme con fuerza.

—¿Qué haces ahí? —me sorprendió Jane.

—Es insoportable, hermana —terminé confesando.

—¿A ocurrido algo? Sospecha, lo sabía, alguien le ha dicho quién eres, su madre, esa maldita vieja que no puede mantener el pico cerrado. Echémosla —Jane susurraba gracias a Dios, porque además de la verborrea si hubiese alzado la voz, Russell habría terminado por enterarse en ese momento.

—Es insoportable porque le amo, y aun sabiendo que cuando se entere de todo volverá a odiarme, ahora me estoy aprovechando de su falta de memoria, cada segundo que paso cerca de Russell todo lo vuelve más complicado, pero no puedo alejarme, me estoy volviendo loca.

—Pues en otra ocasión, te diría que fueras sincera con él, pero sé que eso no arreglará nada, conozco a Russell y lo primero será marcharse lejos, después querrá a Simon, y en cuanto a ti, sé que te odiará por el resto de su vida.

Escuchar a Jane me hizo estremecer, no podía decirle nada a Russell, pero si lo averiguaba por él mismo o por su madre, quizá corría más peligro.

Tomé la decisión de dejar pasar el tiempo, no adelantaría nada, dejaría que el destino hiciera de las suyas, y yo lo aceptaría pasara lo que pasara.

Pocos días quedaron de ver a Russell tumbado en aquella cama, porque él era un hombre muy activo, y cuando comenzó a sentirse mejor pidió que le trajeran una silla para poder desplazarse con algo más de independencia por la casa.

Se le instaló en el piso de abajo para no tener que subirlo diariamente a la alcoba de arriba, y creo recordar que en pocas semanas se movía entre nosotros con una soltura más que independiente se podría decir.

Aún saliendo más de la alcoba, cabe decir que debía descansar bastante, y que en los tiempos vacíos de quehaceres le había ordenado mantener la pierna en alto, con lo cual su actividad no era como la de cualquier hombre.

Recuerdo aquella mañana accidentada como si estuviese pasando ahora mismo, incluso siento cada cosquilleo igual que lo sentí en su momento, cada punzada en el corazón y cada mariposa que revoloteaba en mi estómago.

Intentábamos, y hablo en plural porque allí todos los de la casa lo habíamos decidido, que

Russell no se cruzara con Simon mientras su recuperación no hubiese llegado a su fin.

Aquel día ocurrió algo, y fue que Simón conocía a la perfección que él se instalaba allí, pero también tenía prohibido salir de su alcoba sin la compañía de servicio, o correr por los jardines sin el permiso de alguien.

Simon se despertó aquella mañana y bajó a hurtadillas hasta la planta de abajo, embaucado por el misterio quiso descubrir que era lo que lo hacía moverse con tantas prohibiciones por la casa cuando nunca había sido así.

Mientras despertaba, me levantaba para correr las cortinas de mi alcoba, y me disponía a cubrir mi cuerpo con una fina bata, no recuerdo el momento exacto, pero escuché un ruido de pies descalzos bajando las escaleras y se me aceleró el corazón. Traté de correr mucho para adelantarme a lo que me temía estaba a punto de ocurrir, pero Simon era un millón de veces más rápido que yo.

Bajé igualmente rápido, pero mi cuerpo volvió a sentir lo mismo que sintió aquel día en el que George me comunicaba que estaba embarazada, me quedé petrificada al ver lo que ocurría delante de mis ojos.

El pequeño cuerpo de Simon asomaba casi por completo entre la puerta semiabierta de la alcoba donde Russell descansaba, y así esperaba que fuera, porque de permanecer despierto, se avecinaba un gran desastre.

Me acerqué por detrás de Simon y lo cogí en volandas cargándolo con uno de mis brazos.

—Mamá mamá, solo quería ver quien era. Le conozco, es un amigo tuyo, se llama Russell... no me acuerdo como más...

—Silencio, vas a despertarle y necesita descansar, está enfermo. Te castigaré si no regresas de inmediato a tu alcoba y esperas a que Lina suba contigo.

Lina era la doncella que cuidaba de Simon, y por alguna extraña razón no había acudido a su habitación aquella mañana.

Escuché unos ligeros alaridos que imaginé que salían de la alcoba de Russell, pero los ignoré para averiguar primero dónde estaba Lina.

La pobre se encontraba indispuesta, había pasado toda la noche despierta, y sin poder evitarlo se quedó dormida en la mañana, y fue por ese motivo que no pudo ocuparse del pequeño Simon. Fui a encargarle el cuidado de Simon a una de las doncellas de la casa y baje de inmediato para poder descubrir qué era lo que había visto Russell.

Al entrar en la alcoba me lo encontré bastante despierto, y recé para mis adentros para que no hubiese visto a Simon.

—Buenos días, ¿cómo se encuentra hoy? —dije sin poder esbozar una sonrisa.

Era verle y el día se iluminaba al instante. Hace semanas que me dijo que en cada ocasión que entrase en su alcoba se esforzaría en hacerme sonreír, y desde entonces ninguna había fallado. De hecho, ahora ya sonreía con solo verle.

—Ahora sí son buenos. Pero todavía podrían serlo más.

—¿Le duele la pierna? —pregunté.

—No, la pierna está cada día mejor, pero me preguntaba si podríamos desayunar juntos.

—Es usted todo un galán, pero recuerde, soy su médico.

—Llevas recordándomelo desde que abrí los ojos, Emma, y yo no dejaré de insistir en que una mujer tan joven merece un hombre a su lado, y yo creo que podría hacerte feliz.

—Siempre está usted con lo mismo, haré traer su desayuno —le dije y salí de la alcoba a toda prisa con el corazón latiendo desbocado.

No podía negar que me gustaba todo lo que me decía, pero lo que empezó como algo sin preocupaciones, estaba cogiendo el ritmo a algo muy peligroso.

—Un momento, hoy escuché un niño, hubiese jurado que hablaba contigo.

—Creo que lleva usted demasiado tiempo encerrado entre las paredes de esta mansión.

—No sé cómo lo haces, me empeño en tutearte, y en cambio tú continuas como si de nada nos conociéramos.

—Tan solo eres el amigo de Oliver, de poco más te conozco como para no hacerlo.

—Pues yo creo que mientes —al decir aquello me estremecí.

—¿Por qué dices eso? ¿Recuerdas algo más que te haya podido confundir?

—No, no estoy confundido, sé que nos conocemos más de lo que dices, y en cada ocasión que pregunto al resto de personas de la casa evitan sin disimulo responder mis preguntas, lo que desconozco todavía es el motivo por el que te empeñas en alejarme de tu lado sin descanso.

—Bobadas, desayunemos juntos como desea señor Baxter.

No supe qué hacer para que dejase de pensar en un nosotros, porque estaba segura de que si continuaba por ese camino, al final lo descubriría todo.

Hice llamar al servicio y lo acomodaron en la silla. Cuando estuvo listo fui yo misma la que empujaba la silla de ruedas con su ayuda, y antes de llegar al salón donde estaba preparado todo, Baxter pidió que por favor sacasen a los jardines nuestro desayuno.

No sé si estaba irreconocible, o tan solo había permanecido lejos de él mucho tiempo como para saber quien era el verdadero Russell Baxter. Todo me apuntaba a que había juzgado a un

hombre por lo que veía desde fuera. Empezando por el error de creer que en mi casa de Norfolk se alejaba con una mujer, después cuando intentaba cortejarme estando prometido por la imposición de su madre con Felicity, todos y cada uno de mis errores me habían hecho llegar hasta allí, y ahora aún sabiendo que lo que sentía por él era algo que a ciencia cierta jamás podría sentir por otro hombre, todo me decía a gritos que cada segundo que transcurría estaba más cerca del final.

—¿Algo te preocupa? —dijo apoyando su mano sobre la mía en la mesa.

—No, solo intentaba recordar cuando fue la última vez que desayuné fuera.

—¿Tu marido nunca desayunaba contigo disfrutando de los jardines?

—No, George nunca desayunaba conmigo, él salía temprano a la universidad de Edimburgo, no esperaba a nadie.

Me sentí un poco vacía al tener que pronunciar que mi esposo no me acompañaba en los desayunos, pero era cierto que George y yo no éramos un matrimonio unido por el amor, solo nos unía un trato.

—Disculpa de nuevo, otra vez haciéndote recordar... —Se golpeó la cabeza con la palma de su mano—. Le propongo algo.

—Soy toda oídos.

—Le echo una carrera, el que gane puede hacerle una petición al otro.

Ahí estaba Russell Baxter, él y sus peticiones, él y sus artimañas para engatusar a las mujeres. Era posible que hubiese perdido la memoria, pero estaba más que claro que seguía siendo el mismo de siempre.

—Trato hecho, le reto a una carrera desde donde estamos hasta donde terminan los campos de lavandas.

Él me miró con una gran sonrisa en su rostro y me ofreció la mano para sellar el trato.

Me iba a descalzar para correr más rápido, pero entonces recordé que Russell iba en silla de ruedas, así es que no iba a ser necesario esforzarme mucho para llegar antes que él al lugar.

—Preparados, listos, ya... —gritó aquellas tres palabras y mientras yo me arremangaba las enaguas y el vuelo de la bata que descansaba sobre mi camión, él se puso de pie apoyando sus brazos fuertes sobre la silla, y dando grandes zancadas alternando la pata coja y apoyando levemente la pierna mala, se puso por delante de mí.

—Detente, estás loco, podrías estropearlo todo, para, Russell, para de una vez, maldita sea.

No dejaba de gritarle mientras intentaba alcanzarle.

Al llegar a donde supuestamente se encontraba la meta, se dejó caer y se estiró para llenar

los pulmones de aire. Yo llegué a los pocos segundos, y desde mi posición de pie, le miraba enfadada y le continuaba diciendo lo irresponsable de su comportamiento.

—Estoy bien, no te preocupes tanto. Además si algo sucediera tú podrías arreglarlo —dijo guiñándome un ojo.

—Eres idiota, esto no es como arreglar una puerta o una ventana que han dejado de hacer bien su función, se trata de tu pierna, podrías perderla si algo sucediera.

—Y yo te repito que mientras tú estés aquí yo me siento seguro.

—Sigues siendo un egoísta y un irresponsable, creí que eras un hombre diferente, pero ahí dentro está el Baxter de siempre.

—Sabía que me conocías más de lo que decías, ¿qué escondes Emma?

Baxter aprovechó un descuido mío y agarrando mi pierna con fuerza me hizo caer al suelo, sobre la hierba, justo a su lado.

Me enfadé aún más de lo que estaba y le arremetí un duro puñetazo sobre su hombro, pero antes de que pudiera alejar el brazo de él, me lo agarró con fuerza obligándome a acercarme aún más.

—Dime todo lo que deba de saber, dime lo que antes había entre nosotros. Y no me vengas con eso de que solo soy el mejor amigo de tu cuñado —Baxter me apretaba con fuerza.

—Me haces daño, suéltame, nunca te diré nada.

—¿Era un hombre malo? ¿Me porté mal contigo en el pasado? ¿Me odias como para no querer recordarlo?

—Si soy sincera me odio más a mí, pero tenerte cerca no arregla nada.

Aflojó su agarre y pude alejarme de él, me puse en pie, y espolsé mi bata, la que se había llenado de millones de hebras de hierba. Iba a dejarlo ahí tirado sobre el verde manto del suelo, pero finalmente le ofrecí mi mano para que se levantara y ayudarle a regresar a la silla.

—No creo que te hiciera nada malo, si fuera así no estarías aquí ahora —decía mientras se apoyaba ligeramente en mí y caminaba hasta la silla de ruedas.

—¿Quién mide el dolor que puede recibir una persona? ¿Quién mide el dolor que es aceptable y el que ya no se puede soportar? —susurré.

Un largo silencio nos acompañó hasta el final del camino, y cuando se colocó en su silla, antes de que me retirase yo, él se atrevió a pronunciar.

—He ganado la carrera, me debes algo.

—Tú dirás.

—Un baile, quiero un baile contigo.

—¿No te cansas de pedirme siempre lo mismo?

—Lo sabía, ya en el pasado intentaba cortejarte, y por lo visto tú no eres esa mujer que se deja cortejar con facilidad, eh.

—Olvídalo, no habrá tal baile, además estoy pensando que puedes regresar a tu casa ya, estás más recuperado de lo que creía.

—No no, todavía me duele mucho, ¿qué ocurrirá si me despierto en la noche con un severo dolor?

—Te proporcionaré calmantes, no es un problema, y en cuanto a las curas también haré llamar para que te las limpien. Sí, estás listo para la vida normal. Iré a buscar a tu madre.

Para empeorar las cosas fui en busca de la vizcondesa, y en cada uno de los pasos caminados pensaba en todo lo que le había dicho a Russell, tenía motivos más que suficientes y datos que antes no sabía como para ir haciendo preguntas, y para empeorarlo todo, al llegar frente a su madre y decirle que podían marcharse, me hizo una pregunta y se me encogió el alma.

—Está bien, Emma, ¿le has dicho ya que tiene un hijo? Por que no me iré de aquí sin que lo sepa.

—Está en todo su derecho, lo sabes —dijo Oliver que se encontraba tratando temas de negocios junto a la duquesa.

—Está bien, esta noche se lo contaré todo, pero después, si fuera necesario me marcharé de aquí con mi hijo, nadie me lo robará.

—No te preocupes por eso querida, jamás permitiré que mi hijo haga algo tan horroroso como lo que tú hiciste.

El silencio reinó durante uno segundos, y después, Oliver rebajó el ambiente volviendo a los asuntos que antes de que yo llegase trataban.

Capítulo 30

Año 1820, Londres



El día estaba siendo cálido, pero de repente, sin esperarlo comenzó a caer una fina llovizna, y sin darnos cuenta se transformó en una dura tormenta, recordándonos a todos los que allí estábamos en la fatídica noche del accidente de Russell.

Todos nos reunimos en el salón informal de arriba, la cena se estaba retrasando así es que dio lugar para conversar un rato.

—¿Creéis que la señora Prottington aceptará que su hija se case con el joven Joseph? —dijo Jane.

—No veo cual es el problema como para no dejarles —respondió Eliza.

—Pues sinceramente no es lo mismo que tu hija se case con un vizconde a que lo haga con un caballero que no goza título.

Jane no estuvo muy avispada en ese momento, y cuando dijo vizconde, miró a Russell, así es que él ya se pudo hacer una idea de que se referían a él mismo.

—Esperen, la tal lady Prottington, ¿yo estaba prometido con ella? —hizo un alto en la conversación.

—Lo estuviste, pero semanas antes del accidente te devolvió el anillo de compromiso y te abofeteó en público. Bueno eso es lo que dicen las lenguas que pudieron estar presentes aquella noche.

—Entonces yo estaba prometido con una mujer. —Se quedó pensativo.

—Amigo, no te esfuerces en recordar a Felicity, es mejor que no te acuerdes de cómo era, su carácter agrio, su voz estridente...

Oliver se reía después de hacer una burda imitación.

—No sé por qué, pero creí que antes del accidente a quien yo cortejaba incansablemente era a Emma.

Me miró, y un fuego abrasador me cubrió las mejillas al momento. El silencio gracias a Dios se vio interrumpido con la entrada de los platos al salón, y unas cuantas miradas se clavaron en mí de forma casi permanente.

—¿Les ha dicho ya su hermana que me debe un baile? —anunció Baxter en mitad de la

cena.

Eliza escupió un pedazo de carne que acababa de meter en su boca, y Jane escupió toda el agua que había sorbido de su copa.

—Eso no es cierto, hiciste trampas —le dije.

—¿Cómo se pueden hacer trampas en una carrera? Además de que te ganó un cojo tullido.

—Si te concedo ese baile será para que de una vez por todas terminemos con esto.

—Pues bailemos —me propuso.

—¿Ahora? —Miré extrañada al resto de la mesa.

—¿Y qué importa cuando y donde sea? —dijo divertido.

—Oh sí un baile, organicemos un baile ahora mismo, haré llamar a músicos, y también invitados, muchos invitados.

—Eliza, son más de las nueve de la noche, no creo que puedas encontrar muchos invitados que no se tomen tu invitación como un insulto a su descanso.

—Aburridos —espetó.

—Prefiero un baile más íntimo, ella y yo a solas, no somos niños ninguno de los dos, y no haré nada deshonesto —Miró a Oliver que en este caso era el más mayor de todos en la familia.

—Está bien terminemos con esta pantomima, iré a mi alcoba para prepararme, después bajaré al salón de baile, allí te esperaré para tres bailes, ni uno más, luego no digas que no te lo advertí. Y bueno, ya me explicarás como vas a hacerlo en silla de ruedas.

Salí del saloncito y me dirigí a mi alcoba, no iba a cambiar mis ropas, ni mucho menos, solo tenía que buscar las palabras con las que comenzaría ese discurso que iba a cambiarlo todo.

Lo siento, me di cuenta de que esperaba un hijo tuyo y decidí escondértelo en Edimburgo...

Tengo un hijo, se llama Simon y es tu hijo...

Te he mentado durante casi tres años, tenemos un hijo...

Daba igual como comenzase, lo que dijera, las palabras que usase, todo sonaba igual, sonaba a engaño, a maldad, humillación, venganza.

Así es que no lo pensé por más tiempo, bajé al salón de baile y esperé a que él llegase.

Decenas de butacas arrimadas en las paredes de todo el salón, vacías claro estaba, todas vacías, porque en aquel baile los únicos que iban a ocupar ese salón éramos nosotros.

Me senté pacientemente a esperar a Russell Baxter, había pasado tantos nervios antes imaginando qué era lo que pudiera ocurrir después de revelar todo, que ahora mi cuerpo se encontraba como una balsa de aceite, tranquilo, descansado.

La puerta del salón se abrió, y lejos de ver aparecer una silla de ruedas arrastrando el cuerpo de Russell, lo vi en pie, con un bastón apoyando el peso de su cuerpo sobre él.

Ya no recordaba lo alto que era, y verlo allí erguido me impactó. En ese momento quise acercarme para colocarme frente a él, pero controlé mis impulsos y tan solo me puse en pie esperando a que él se acercase a mí.

Los primeros pasos fueron un poco torpes, que hasta tuve la intención de ir en su ayuda, pero él me detuvo levantando una mano.

Los pasos que dio después ya fueron más seguros, y en unos cuantos se colocó frente a mí.

—Eres más bonita todavía vista desde arriba.

—Y tú eres un charlatán.

Baxter sonrió de manera pícara. Yo le miré con expresión desvalida. Y después de nuestras miradas que expresaban lo que cada uno quería conseguir en ese momento, empezó todo.

Si él deseaba ser pícaro para continuar cortejarme, no era la ocasión, y si yo quería darle pena para que tuviese indulgencia conmigo, también estaba equivocada.

—Antes de nada, tengo que decirte algo. —Así empecé.

—Espero que sea muy importante, porque yo lo que quiero es bailar contigo.

Pues no iba a bailar, de eso estaba bien segura, porque en el momento en el que escuchara todo lo que guardaba, lo último que desearía sería estar cerca de mí.

—Russell, nosotros hace tres años tuvimos un... —Me costaba pronunciar algo tan vergonzoso como era aquello—, intimamos.

—Odio no poder recordar eso. —Russell parecía sincero.

—Yo deseaba con todas mis fuerzas marchar a Escocia para conseguir mis sueños, y tú, digamos que tú, no fuiste todo lo delicado que yo esperaba en el momento en el que... ya sabes. —Mi rostro se habría tornado ya del color del vino más tinto.

—Lo siento. —Se lamentaba mientras frotaba su rostro con la mano.

—Yo no sé qué hubiera ocurrido si no me hubiera ido, no sé qué hubiera hecho de estar aquí, quizá hubiera sido mucho más fácil todo, pero no estaba aquí sino allí, y lo que hice sé que es imperdonable. Sé que no hay hombre en el mundo que pueda pasar por alto una cosa así, pero debes de saberlo igualmente.

De repente la música comenzó a sonar. Parecía provenir de detrás de la puerta, seguramente Jane había conseguido arrastrar a algunos músicos para que disfrutásemos de nuestro esperado baile. Aunque el baile jamás fuera a realizarse.

—¿Qué es eso tan espantoso de lo que hablas? —dijo y después hizo un intento de agarrarme la mano.

Me solté rápidamente del tacto de su piel, incluso di un paso atrás, porque después de contarle todo, no quería estar demasiado cerca de él, no quería ver su rostro, ni escuchar su ira. Lo diría y me marcharía.

—Russell, me quedé embarazada de ti.

Tuve que respirar profundamente, no podía hablar a la vez que mantener el flujo de aire en mis pulmones.

—¿Qué ocurrió después? —Su rostro ya había cambiado.

Entre abrí la boca para decirle que tenía un hijo, pero antes de hacer sonar ni una palabra, las puertas que estaban a sus espaldas, por las mismas que él minutos antes había entrado al salón, volvieron a abrirse y la música ensordeció de pronto todo.

Vi como Jane corría detrás de él, y al pasar junto a los músicos estos se detuvieron de golpe.

Simon había logrado entrar al salón, mi hermana corría tras él, Russell me miraba todavía, pero su cuerpo ya comenzaba a girarse para descubrir que era lo que había interrumpido nuestra conversación.

—Mamá mamá, hay un monstruo debajo de mi cama —gritaba—, ven a sacarlo.

—¿Mamá? —Russell preguntó y después abrió mucho los ojos.

Capítulo 31

Año 1820, Londres



Para cuando Russell se había dado la vuelta por completo, él ya había llegado a mis brazos, y Jane también se encontraba junto a nosotros.

—¿Simon? —dijo Russell sorprendiéndonos.

—Simon Chals, señor Russell —respondió mi pequeño ofreciendo su manita desde mis brazos.

—Lo lamento, Emma, no sé cómo ocurrió, es muy escurridizo —pedía perdón Jane.

—No te preocupes, Jane, puedes retirarte —le dije con voz suave.

Nadie tenía la culpa de lo que estaba ocurriendo en ese momento, solo yo de lo que había hecho en el pasado, les había ocultado a todos la existencia de Simon y no podía continuar así ahora.

—¿Puedo? —dijo Russell abriendo su brazo, pues el otro lo apoyaba en el bastón.

Dejé a Simon en el suelo, y me acerqué hasta una de las sillas que había junto a la pared del salón. La coloqué detrás de él para que tomase asiento, y después puse al pequeño Simon sobre su regazo.

—¿Yo ya sabía de él? Recordaba su nombre...

—Justo antes de tu accidente supiste de su existencia, creo que después te marchaste a beber para digerir mi engaño, así fue como sucedió todo. Saliste a caballo en mitad de la tormenta, perdiste el control del animal y como consecuencia quedaste atrapado.

—¿Y él, sabe él...? —Russell dijo aquello mirando de reojo a Simon, para averiguar si él conocía quien era.

—No, aún no, porque primero necesitaba que tú lo supieras todo.

Russell me miró, le miró, después volvió a clavar sus ojos en mí, y por más que intentase buscar rabia, ira, o dolor, lo único que veía era lástima.

—Pequeño, ¿quieres dar un paseo subido en una silla de ruedas? Va muy rápido, tendrías que sujetarte fuerte a mí —le preguntó a Simon.

—Sí sí sí sí sí, ¿puedo mamá? —la emoción lo inundó.

—Creo que sí.

—Pero tú siempre dices que no puedo ir con extraños —dijo Simon de repente.

—Él no es un extraño.

—¿No? —preguntó curioso.

—Ahora cuando te vayas con Russell te dirá quién es él.

—¿Puedo? —preguntó temeroso Russell.

—Yo no voy a impedírtelo, ya he actuado mal en el pasado, y ahora no pienso seguir haciéndolo.

—Iré a llamar al servicio para que te acerquen la silla.

Salí del salón con el corazón en un puño. No sabía lo que vendría a continuación, pero algo ya se veía venir, si Russell le decía a Simon que era su padre, necesitarían estar tiempo juntos. Russell ya no necesitaba estar en la mansión, podía regresar a Hertfordshire cuando quisiera, con lo cual era cuestión de esperar a que me comunicasen la marcha. Y ahí sería cuando empezarían las pesadillas. No iba a dejar que nadie separase a Simon de mi lado, aunque solo fuese por un tiempo. Yo conocía lo mal que había obrado en el pasado, pero eso no justificaba que ahora fuese yo quien tuviese que soportar estar sin Simon.

Al poco rato Jane subió a mi alcoba. Solo quería comprobar que me encontraba bien, y no era así. ¿Cómo iba a estar bien?

Se quedó a mi lado todo el tiempo que Russell permaneció con Simon, y se lo agradecí, porque de no ser así habría enloquecido.

Dos horas, eso fue lo que duró el paseo que dieron juntos. Al finalizar el tiempo Russell me hizo llamar.

Me moví incómoda durante un rato por mi habitación, después me armé de valor y bajé para enfrentarme a él.

Esperaba ver a Simon a su lado, pero no fue así, solo estaba él y su bastón.

—Has hecho un gran trabajo con el muchacho —me dijo nada más verme.

No supe qué responder, porque de haber dicho algo habría sido una ofensa ya que George había sido el encargado en su educación, yo solo me divertía junto a él.

—Gracias —dije escueta.

—Creo que tiene tu energía, y tu inteligencia sin duda.

—¿A qué te refieres? —pregunté frunciendo el ceño ligeramente.

—Emma, estoy decidido a no pelearme contigo —dijo con aire generoso.

Sin querer, o casi sin poder evitarlo mejor dicho, sus palabras me arrancaron una carcajada.

—¿Apostamos? —preguntó.

—No quiero apostar. Las mujeres no apostamos nunca, así es que deja de decir sandeces, sé de sobra que querrás llevarlo contigo y tu madre, pero juro por Dios, y sabes que soy creyente, que jamás lo permitiré.

—El color de tus mejillas está subiendo de manera considerable, y debo decirte que todavía resalta más el tono de tus ojos.

Vi cómo daba un paso hasta llegar a mí, solo un paso bastó para quedarse con su rostro pegado al mío.

—Si la tormenta de cumplidos es una estrategia, creo que no le va a funcionar, Russell Baxter.

—Me temo que me ha descubierto —dijo de manera imperceptible y acercando su boca a la mía lentamente.

—¿Se puede saber qué es lo que pretende? —Casi no podía hablar debido al ritmo que mi corazón había alcanzado.

No respondió, solo besó mis labios, y yo no negaré que lo estaba deseando desde que lo ví en pie horas antes.

Russell rozó mi nariz con la punta de la suya, y pude notar que no le pasó desapercibido el modo en el que yo me estremecí al notar la ligera caricia.

—¿Decía? —Se atrevió incluso a burlarse.

—Le decía... le decía que... hablábamos de... —balbuceé.

Russell mordisqueó el lóbulo de mi oreja dulcemente, y el latido de mi corazón se alojó sin permiso en mi sexo. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y después otro al sentir como su mano se colocaba en mi espalda.

Mi respiración sonaba cada vez más agitada, y me atrevería a decir que él al escucharme también sentía mayor excitación.

—Lo recuerdo todo, Emma, recuerdo cada beso de tu boca, recuerdo aquella noche casi a la perfección, perdóname. Recuerdo lo que me dijiste cuando regresaste de Edimburgo, recuerdo tu motivo para alejarte de mí.

Tragué saliva, me enderecé de inmediato y me separé de él.

—Está bien, ¿entonces, qué ocurrirá ahora? —pregunté.

—No puedo hacer que recuperemos esos años que decidiste alejarte de mí, no te diré que no me duele que me hayas ocultado todo este tiempo a Simon, pero te amo, Emma, siempre lo he hecho, y saber que tenemos un hijo, hace que todo lo que siempre he deseado se convierta en realidad. Te amo.

Mis labios se entreabrieron voluntariamente, y después le susurré:

—¿Me estás diciendo que no habrá represalias? —pregunté.

Russell movió la cabeza negando y me respondió:

—Mucho me temo que te amo tanto que sería imposible impartir un castigo que te causase dolor.

Nos miramos unos segundos y después levanté mi mano para acariciar su rostro y le dije:

—Yo también te amo, lord Baxter.

Con un gesto delicado me atrajo hasta él y me volvió a besar con dulzura en los labios.

De repente sentí algo que jamás había sentido, en ninguno de los besos anteriores a este, y él también debió de sentir algo similar, porque dio un gruñido en ese momento y me apretó más aún contra sí mismo, me obligó a abrir más la boca. Incapaz de controlarse comenzó a recordarme a aquella vez en la que todo se estropeó, pero en lugar de guardar silencio, esta vez me separé para mirarle a los ojos.

—Más delicado, más despacio —supliqué.

Entonces Russell me levantó por la cintura y al vuelo me colocó sobre una mesa de madera del salón, se alejó de mí con pasos torpes sin la ayuda del bastón y cerró la puerta con apremio para después regresar a mi lado.

Yo solté de un tirón el lazo que se anudaba en su cuello para después ir desabrochando los botones de su camisa blanca, esa que en otro momento le hubiese resaltado más que ahora por el tono dorado que acostumbraba a lucir. Menos ahora que por culpa del reposo su tez estaba más pálida que de costumbre.

Las manos de Russell paseaban por mis senos, después su boca mordisqueaba cada centímetro de mi piel, me acarició los pezones con tanta delicadeza que sentí que el mayor de los éxtasis estaba a punto de alcanzar.

—Paremos —me dijo.

—No, no deseo detener nada que pueda hacer junto a ti, no te detengas, necesito sentir como me haces el amor, borrar ese recuerdo doloroso que se instaló en mí y me hizo cometer el

error más grande mi vida.

Y así fue lo que decidió a Russell Baxter comenzar a retirar sus ropas a la misma vez que también me quitaba las mías, nos besábamos, nos acariciábamos, lamíamos nuestros cuerpos, yo enredaba mis dedos entre sus cabellos suaves y medio largos.

Russell se detuvo justo antes de entrar con su erecto pene en mi cuerpo, apretó su pecho en un abrazo junto al mío, me besó, apartó su boca de mala gana y después apoyó su frente con la mía.

—¿Sabes qué? —susurró en un tono que me erizaba la piel.

Yo que todavía tenía la respiración acelerada, negué en silencio.

—No sé cómo he podido sobrevivir sin ti durante estos años.

Después de aquello le besé sus labios, él posó sus dos manos sobre mis pechos, los miraba, los besaba, después me miraba a mí haciéndome arder en deseo, y segundos después me pidió que me relajase. Volvió a quedarse pegado a mi cuerpo, colocó mis piernas que colgaban de la mesa donde me había subido, y me hizo rodearle la cintura.

Agarró su miembro con una mano, y cuando miré me asusté al verlo tan grande y erecto. Después me pidió que no apartase la mirada de sus ojos, y así lo hice.

—Avisame si duele, Emma —me dijo entre jadeos.

Sentí como el deseo crecía a medida que su miembro entraba en mí, y en un momento de alto éxtasis levanté mis posaderas de la mesa y me clavé en él sin más dilación.

Su gruñido fue aquello que me hizo arquear mi espalda, sus manos a cada lado de mi cintura me daban la fuerza para realizar los movimientos exactos que me daban mayor placer, al rato levanté mi cuerpo de la madera y me colgué de su cuello, Russell me propinaba embestidas lentas y profundas, hasta que colocando mis manos en sus nalgas le exigí más rapidez.

—Oh, Emma, te quiero —repetía sin dejar de besarme.

—Russell, Russell... —pronuncié casi sin aliento.

Al poco, los dos nos precipitamos al abismo. Sacudidas recorrían nuestros cuerpos casi a la vez.

Epílogo

Año 1840, Londres

Hertfordshire



—Si compran ese telar mecánico muchos hombres y mujeres se quedarán sin empleo, ya sabes lo que eso supondría para muchas familias, padre —dijo Simon mostrando su desacuerdo.

—No puedes luchar en contra de la revolución industrial, hijo —respondió Russell.

—Dejad ese tema de una vez y sentaos a la mesa, la comida se enfría.

Veinte años habían pasado desde que Russell Baxter me perdonase sin dudarlo ni un segundo, y estaban siendo los más felices de nuestras vidas, salvo por la muerte de su madre que acababa de suceder recientemente hacía un año, por lo demás eran todo alegrías.

Nuestra hija Chase iba a debutar ese mismo año ante la sociedad, y a pesar de no parecerse en mí a nada, compartíamos al menos las diferencias de aquella estricta y poco favorable para la mujer que era nuestra sociedad británica.

Mientras tanto Simon continuaba los pasos de su padre, negocios por todo el país, y sobre todo tratando de no prescindir del pueblo obrero, o por el contrario acabarían pobres y en las calles.

—Me dijo Mercy que ayer operaste a su madre, mamá creía que ya habías dejado de meterte en líos —me regañó Chase.

—Ah, eso, una tontería de nada —dije restando importancia al asunto.

Nuestra sociedad continuaba negándose a que la mujer pudiera ocupar trabajos que solo los hombres desarrollaban, mientras eso ocurría solo podíamos más que ocuparnos en las tareas del hogar. Y si no tenía cuidado, me podría enfrentar a problemas tanto legales como social, además de arruinar mi vida y la de mi familia.

—Prometiste no volver a hacerlo —frunció el ceño Russell.

—A partir de hoy prometo no meterme en líos —dije.

—No, mamá, debes de prometer no volver a operar a nadie —suplicó Chase.

—Está bien solo atenderé que a mujeres que estén de parto y necesiten mi ayuda.

—Así se habla madre, no podemos dejarnos intimidar por la sociedad injusta que nos rodea.

Y es que era cierto, muchas mujeres morían todos los años por no poder ser atendidas por un buen doctor cuando su parto se complicaba. Tan solo las más adineradas eran tratadas con sumo cuidado, y ni con esas se salvaban en ocasiones.

—Y hablando de todo —dijo Russell para desviar el tema—, ¿este año tampoco nos alegrarás a tu madre y a mí con tu compromiso?

—Nunca se sabe, empiezo a estar cansado de siempre lo mismo —Miró rápido a Chase—, y con esto me refiero a bailar con las mismas mujeres, y aburrirme notoriamente en el bar de siempre. Esta temporada será mi última.

—Ya, ya, ¿entonces este año tendremos el honor de verte en compañía? —preguntó su hermana en mitad de una gran sorpresa.

—Aún no me lo creo —dije yo para no hacerme demasiadas ilusiones al respecto.

—Pues si esto es verdad tengo que decírselo a todas mis amigas, estarán encantadas con la noticia —dijo retirando la silla y levantándose a la carrera.

—¡Quieta! Ninguna niñata de esas es mujer para mí —dijo poniéndole la zancadilla.

—Mejor —dijo sujetándose a la mesa evitando caerse al suelo—, porque ninguna de ellas te soportaría. Ni tan siquiera la pobre Lisa Benedict.

En ese momento pude ver como los ojos de mi propio hijo se abrieron de par en par al escuchar el nombre de la joven Lisa. Era la sirvienta de los Herbert, recientemente había llegado a esa casa al fallecer el conde Pembroke, quien enviudó de la peor de las maneras. El mismo día que sostuvo a su hijo entre sus brazos se quedaba sin su adorable esposa. Y desde entonces no es que haya sido un padre ejemplar, más bien se desatendió bastante del niño, dejándolo crecer casi sin normas y haciendo lo que le venía en gana. Así es que ahora, al morir Herbert, el servicio creció sin motivo se comentaba, pero Lisa pronto comenzó a servir en ese hogar, imaginamos que para ocuparse de las más que inaceptables peticiones del recién nombrado conde de Pembroke, Lucius Pembrokee, uno de los amigos de nuestro hijo Simon, y es por eso que él sabe quien es Lisa Benedict.

Y al parecer va a ser la mujer que Simon Baxter intente atrapar en su última temporada, como él mismo se atreve a decir.

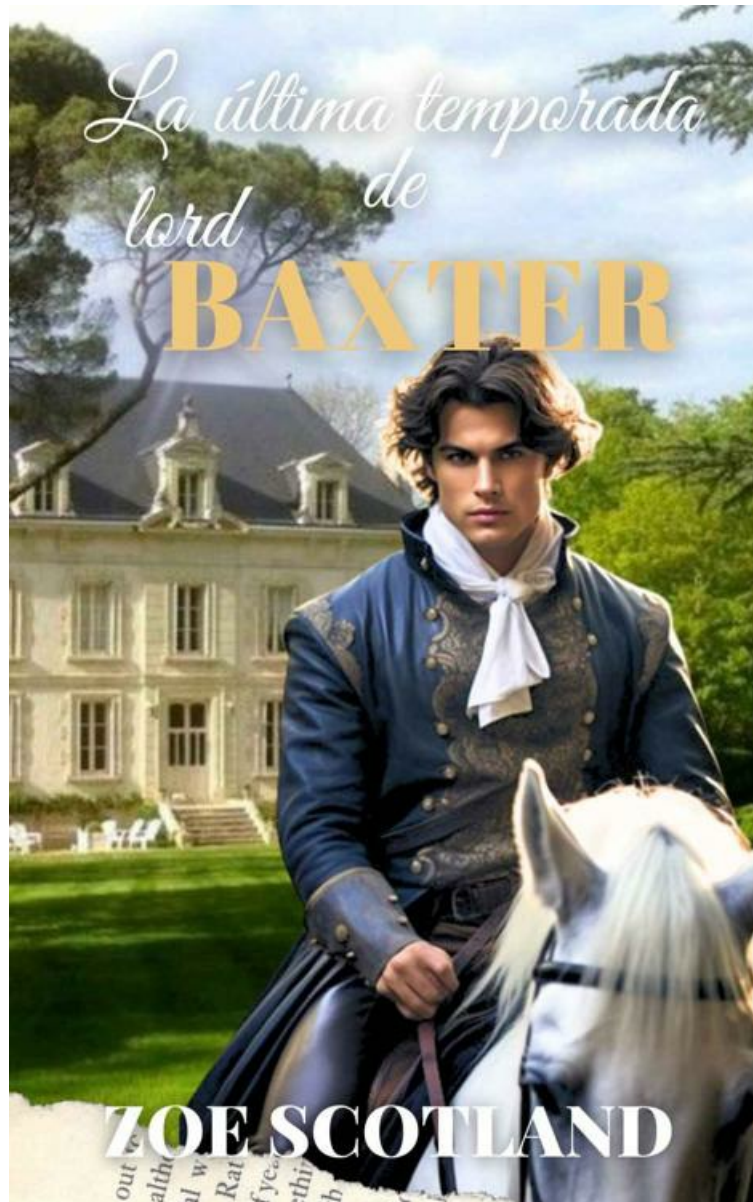
Nota de la autora

Poco me queda por revelarte después de que hayas leído ese epílogo. Y es que el joven Simon Chals es un hombre entusiasta, comprometido con la causa de ayudar al pueblo y veremos que un tanto enamoradizo, aunque la mujer a la que ha elegido no le resulte la más dócil y mansa para cortejar.

Gracias de todo corazón por seguir aquí, como ya he dicho antes un escritor son lectores no tiene lugar. Así es que sí, de nuevo, gracias.

Si te ha gustado la historia de Emma te pido que le des estrellitas en Amazon, si además quieres hacer algún comentario, eso sería fascinante.

Y ahora si has llegado hasta aquí, te voy a enseñar el secreto mejor guardado, la portada de La última temporada del lord Baxter.



Books In This Series

LAS LAWSON

Tres hermanas han quedado huérfanas de padre y madre recientemente, y su tía se hará cargo de ellas sometiéndolas a las normas y convenciones sociales británicas.

Una esposa para el barón

"Bajé el primer tramo de escaleras muy rápido, apenas tocaba los escalones, volaba. Después frené la carrera cuando quedaban pocos peldaños que descender y me erguí, respiré profundamente, me coloqué la cinturilla del vestido en su sitio, recogí los mechones de pelo que lucían sueltos y tapaban mi rostro y que tanto odiaba tía Rose, y comencé a descender lentamente hasta llegar al hall, donde todos charlaban animadamente.

Al notar mi presencia tía Rose endureció su rostro y clavó en mí su mirada.

—Muy buenas tardes —pronuncié haciendo una ligera reverencia.

—Es preciosa, nadie nos dijo que gozase de tal belleza. —La voz de una mujer que suavemente levantaba mi rostro con su mano me sorprendió. De nuevo estaban tratándome como al ganado. Tan solo les faltó abrirme la boca para ver mi mordida.

—Ya dije que las hijas de mi difunta hermana eran todas y cada una de ellas dignas esposas de nobles —le respondió Rose.

Más de cinco cabezas, todas mujeres se acercaron hasta mí, miraban cada resquicio de mi cuerpo, si hubieran tenido valor para ello estoy segura de que me hubiesen pedido que me despojara de mis ropas.

De repente las cabezas fueron abriendo espacio entre ellas, al parecer ya me habían inspeccionado al detalle. Fue en ese preciso momento cuando un rostro apareció frente al mío. Y un escalofrío me recorrió en ese instante la espalda hasta llegar a la nuca."

Obligada a casarse con el duque

Respiré más fuerte de lo habitual, y tía Rose levantó su vista antes fijada en el pañuelo de seda que bordaba incansablemente durante algo más de una hora, la misma hora que yo me pasé mirando al techo de nuestro nada humilde salón de lectura. Ese en el que estaba prohibido que leyese ninguno de los libros que habitaban en cada una de las estanterías, porque según ella me podrían llenar la cabeza de pájaros y de falsas ilusiones. Como si ella no se encargase de hacerlo a cada poco.

—¿Ocurre algo de lo que me deba preocupar? —dijo tía Rose levantando su ceja al escuchar mi suspiro.

—Nada, tía, es solo que se me hace eterno este momento.

—Te dije que cosieras. —Giró su cabeza para señalar el lugar donde me había dejado aquellas agujas e hilos tiempo atrás—, en cambio, tú elegiste el aburrimiento.

Como si la costura no fuese algo tedioso, pensé.

El verdadero motivo de mi suspiro era otro, se acercaba la fecha de compromiso con el duque de Summerfield y aún no sabía como era él. Después del matrimonio que la tía acababa de arreglar con el barón para mi hermana Eliza lo normal era que me preocupase.

Books By This Author

[Cenizas en las Highlands](#)

Arya McWallace es tan solo una joven muchacha que deberá enfrentarse a un viaje, el que la llevará a las sucias manos del mismo demonio, Duncan McDougal, un highlander del clan enemigo.

Puede que esta historia creas conocerla, pero no como deberías, pues esta joven que luchará contra guerreros, sufrirá a manos de un ser despiadado, y encontrará a su príncipe, deberá ayudar también a un hombre que viaja en el tiempo para sanar un corazón despedazado.

Amor y pasión, lucha y engaños, viajes en el tiempo, son algo de lo que vas a encontrar en este maravilloso inicio de saga.